





Sor Juana Inés de la Cruz

**Poesía y prosa. Antología**

*Leer para lograr en grande*

Colección Letras  
*Clásicos Mexiquenses*

# Sor Juana Inés de la Cruz

Poesía y Prosa. Antología

COMPILACIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS

*Javier García González*



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Ana Lilia Herrera Anzaldo  
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Ana Lilia Herrera Anzaldo,  
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego  
Luis Alejandro Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio  
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

*Sor Juana Inés de la Cruz. Poesía y prosa. Antología*

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2016

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Javier García González, compilación, introducción y notas

© Jorge Sánchez Hernández, por pinturas

ISBN: 978-607-495-506-4

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración  
Pública Estatal CE: 205/01/24/16

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

## Introducción

EN MÉXICO TODO MUNDO SABE QUIÉN ES SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. Si preguntamos a gente de a pie, inmediatamente nos responderá: “Nuestra décima musa”, “nuestra grande poetisa de Nepantla”, “la monja poeta de San Jerónimo”. Si seguimos preguntando qué conocen de ella, casi todos recitarán el inicio de las redondillas satíricas: “Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón”... y aquí se frenará la mayoría. Algunos más informados seguirán con el soneto a un retrato: “Este, que ves, engaño colorido, / que del arte ostentando los primores, /” y también aquí concluirá la carrera que había iniciado sonriente y prometedora. Los más afortunados habrán escuchado en preparatoria o quizá en los primeros años de la universidad el comentario sobre alguna de sus obras, por ejemplo, de la comedia *Los empeños de una casa* y, como excepción a toda regla, quizá alguien les habrá mencionado el auto sacramental *El Divino Narciso*. Pero es preferible no rascar mucho la superficie porque enseguida tocaremos piedra de ignorancia.

Y es obligado preguntarse qué dicen los eruditos. Aquí la respuesta es entusiasta y muy informada. Escuchemos a uno de los más agudos, Octavio Paz:

Desde hace más de cincuenta años la vida y obra (de sor Juana Inés de la Cruz) no dejan de intrigar y apasionar a los eruditos, a los críticos y a los simples lectores: ¿por qué escogió, siendo joven y bonita, la vida monjil?; ¿cuál fue la verdadera índole de sus inclinaciones afectivas y eróticas?; ¿cuál es la significación y el lugar de su poema Primero sueño en la historia de la poesía?; ¿cuáles fueron sus relaciones con la jerarquía eclesiástica?; ¿por qué renunció a las pasiones de toda su vida, las letras y el saber?; ¿esa renuncia fue el resultado de una conversión o de una abdicación?<sup>1</sup>

Otro gran intelectual, Francisco de la Maza, buen conocedor de sor Juana, escribió un volumen de todo respeto: *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia*, en el que recogió lo que han escrito diversos autores sobre la poetisa, desde 1667 —ya en vida de ella, cuando apenas tenía dieciséis años, sus sonetos aparecían en antologías—:

Si utilizáramos un diagrama de los juicios críticos que se han dicho sobre sor Juana Inés de la Cruz desde hace tres siglos, veríamos con sorpresa que es un esquema mixtilíneo, con curvas y rectas, como una moldura barroca. Comienza con la curva ascendente del aplauso de sus contemporáneos y baja después, en el siglo XVIII, para hacerse una recta, la de la indiferencia o

<sup>1</sup> En Prólogo, “Historia, vida, obra”, en *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, FCE, 1983, p. 13.

la cita de paso, interrumpida por las curvas y picos de algunas egregias excepciones; baja aún más, en curva descendente, la de la incomprensión y el insulto, en el siglo XIX, para luego volver a surgir en altura, en otra curva ascendente, parabólica, hasta ahora incontenible, que se inicia en el mismo siglo XIX y continúa en el siglo XX.<sup>2</sup>

Podemos decir que sor Juana es una de las pocas plumas que ha llegado a formar parte del imaginario afectivo de los mexicanos y de nuestro común patrimonio cultural, sea por vía de prontuarios y antologías o de exposiciones plásticas de pintura o escultura, sea incluso por vía cinematográfica y digital. Y aun podemos añadir que si para un italiano Dante es su primer autor por antonomasia y para un español el Manco de Lepanto, Cervantes, de igual modo para un mexicano sor Juana es la primera e imprescindible amiga desde sus más tiernos años escolares.

Sor Juana admiró y asombró en su tiempo hasta el punto de que sus contemporáneos se preguntaran si su saber era infuso o adquirido; nosotros añadimos no sólo su saber, también nos maravillan sus versos y escritos de diversa índole. En nuestro tiempo, siglos XX y XXI, sigue siendo quizá la autora más estudiada. Allí está, por ejemplo, la acuciosa investigación de Alberto Pérez-Amador Adam, *La ascendente estrella. Bibliografía de los estudios dedicados a sor Juana Inés de la Cruz en el siglo XX*.<sup>3</sup> La compilación incluye 2 mil 592 entradas de libros, estudios, artículos y canciones desde 1900 hasta 2005. ¿Cuál es la razón de este general interés de la cultura de México por sor Juana

<sup>2</sup> En *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia*. (Biografías antiguas. *La Fama* de 1700, Noticias de 1667 a 1892). México, UNAM, 1980.

<sup>3</sup> Toda esta bibliografía está disponible en internet en: <http://dnb.ddb.de>

Inés de la Cruz? La respuesta está en su vida y, sobre todo, en su obra.

## Perfil biográfico

El perfil biográfico de sor Juana es muy sencillo, ya que su vida se desarrolló dentro de un espacio que va de Nepantla a la ciudad de México, 75 kilómetros, o, si medimos desde Amecameca y Panoaya a la capital de la Nueva España, 61 kilómetros. No conoció el mar —del que tanto habló en sus poemas— ni las tierras del interior del país. Dentro de estas coordenadas de tiempo y lugar transcurrieron los días de sor Juana Inés de la Cruz. Aunque los límites de su vida sean más bien reducidos, lo que da interés, dramatismo, densidad, significación a su aventura humana es, sobre todo, el espesor de su inteligencia, los quilates de su sensibilidad, la grandeza de su espíritu. Y aquí sí nos encontramos con un espíritu gigante, de mil facetas de extraordinario brillo.

Juana Inés de Asuaje y Ramírez de Santillana nace en la alquería de San Miguel Nepantla, el 12 de noviembre de 1651. Alberto G. Salcedo propone como fecha de su nacimiento el 12 de noviembre de 1648, es decir, tres años antes de la fecha comúnmente admitida, basado en una presunta acta de bautismo encontrada en la parroquia de Chimalhuacán en la que aparece bautizada el 2 de diciembre de 1648. Sin embargo, la mayoría de los autores mantiene la fecha de 1651.<sup>4</sup> El gran

<sup>4</sup> Cf. Alberto G. Salcedo, "El acta de bautismo de Sor Juana Inés de la Cruz", en *Ábside XVI*, México, enero-marzo, 1952.

sorjuanista Alejandro Soriano Vallès afirma que “la fecha más aceptable es la de 1651, porque una de las hermanas de sor Juana, Josefa María, habría sido dada a luz el 19 de marzo de 1649, resultando imposible que Juana Inés naciera en noviembre de 1648”.<sup>5</sup>

## Infancia

Nepantla en náhuatl significa “en-medio-de”, quizá por estar situado en medio de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl, que dan origen a un microclima templado. A los tres años aprende a leer en la Amiga o escuela del pueblo y desde entonces seguirá leyendo toda la vida. Nos cuenta que desde que “le rayó la primera luz de la razón, fue siempre vehemente y poderosa (en ella) la inclinación a las letras”.<sup>6</sup> Y que a los seis o siete años “mataba a su madre con instantes e importunos ruegos para, vestida de varón, la enviase a Méjico, para cursar la universidad”.<sup>7</sup> Fueron sus padres el vizcaíno Pedro Manuel de Asuaje y Vargas Machuca, de Vergara (Guipuzcoa) y la criolla Isabel Ramírez de Santillana, originaria de Yecapixtla. Pasa la infancia entre Nepantla, Amecameca, Yecapixtla y Panoaya, donde su abuelo tenía una hacienda. Como Juanita se había encariñado con su abuelo, se fue a vivir con él, a Panoaya. Allí aprende náhuatl con los indios y peones de la hacienda; frecuentemente deja los juegos infantiles para esconderse a leer alguno de los muchos libros de su abuelo. Hacia los ocho años compone una loa al Santísimo

<sup>5</sup> *Sor Juana Inés de la Cruz, doncella del Verbo*, México, Garabatos, 2010, pp. 51-56.

<sup>6</sup> Cf. *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, pp. 188-190.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 239-248, ad sensum.

Sacramento, para la procesión del *Corpus*, obteniendo en premio su tesoro favorito, un libro. Poco después, hacia los diez años, la llevan a la capital de la Nueva España, a vivir en casa de sus tíos, Juan y María Mata, para que desarrolle sus excepcionales talentos. Allí el bachiller Martín Oliva, único maestro que tuvo en su vida, le enseñó en veinte lecciones la gramática latina, dándole la llave de la cultura clásica de la antigüedad.

## En la corte

Cuando Juana cumple quince años los Mata la presentaron a los virreyes, don Antonio Sebastián de Toledo Molina, marqués de Mancera, y doña Leonor María Carreto. La inteligencia, la gracia, quizá el desamparo de la joven, impresionaron a los virreyes, sobre todo a la virreina al punto que fue invitada a su compañía “donde entró con título de muy querida de la Señora Virreina”.<sup>8</sup> En palacio vive Juanita entre fiestas y fastos, en los que ella aporta su belleza, su ingenio, su cultura, su viveza y su alegría. La vida le sonrío, Juanita se adapta rápidamente al ambiente cortesano, a los saraos y representaciones teatrales de la corte. Le piden declamar sus versos y Juanita lo hace con gracia y espontaneidad. Un día, el virrey organiza un entretenimiento singular, una suerte de examen a la joven Juanita. Para ello convoca a los 40 letrados más renombrados de Nueva España a fin de que le formulen preguntas cada uno desde su especialidad; la joven Juana Inés de Asuaje responde

<sup>8</sup> Cf. “Aprobación del reverendísimo padre Diego Calleja, de la Compañía de Jesús”, en Antonio Alatorre, *Sor Juana a través de los siglos (1668-1910)*, t. I (1668-1852), México, El Colegio de México / UNAM, 2007, p. 241.

con rapidez y precisión. El virrey Antonio Sebastián de Toledo cuenta 10 años después, ya en España, a su amigo, el padre Diego Calleja, para expresar su asombro, que “a la manera que un galeón real se defendería de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, cada uno en su clase, la propusieron”.<sup>9</sup>

## En el convento

Pero a Juana Inés no le satisfacía la vida de oropeles en la corte, aunque ella “era de mi patria toda / el objeto venerado / de aquellas adoraciones / que forma el común aplauso”.<sup>10</sup> En su perspicacia, inteligencia y sensibilidad religiosa ella querría algo trascendente y duradero, pues la vida de la corte la dejaba interiormente vacía. Aconsejada por su confesor, el jesuita Antonio Núñez de Miranda, un día deja la corte y viste la saya de carmelita descalza en el austero convento de San José el 14 de agosto de 1667. A los tres meses enferma y deja el convento el 18 de noviembre de 1667. Tres meses después, el 24 de febrero de 1668, ingresa en el convento de San Jerónimo a los 17 años y recibe el nombre de religión de sor Juana Inés de la Cruz. Después de un año de noviciado, profesa en la orden de San Jerónimo.

Aquí surge uno de los enigmas de la vida de sor Juana. ¿Por qué se hizo monja, cuando tenía a toda la sociedad novo-

<sup>9</sup> L.c. p. 242.

<sup>10</sup> Cf. *Los empeños de una casa*, vv. 298-301, en Sor Juana Inés de la Cruz (en adelante SJIC), *Obras completas*, t. IV, Comedias, sainetes y prosa, ed. de Alberto G. Salceda, México, FCE, 2001.

hispana a sus pies? Algunos sorjuanistas han dicho que fue por desengaño amoroso o por incapacidad física o psicológica para el matrimonio o por conveniencia y astucia al no tener un apellido linajudo y carecer de ducados para un buen enlace matrimonial. Ateniéndonos a su testimonio explícito en varios textos, Juana Inés buscó en la vida retirada del convento dos cosas: asegurar la salvación de su alma y un ambiente adecuado para estar con sus libros, es decir, para leer, pensar y escribir.<sup>11</sup> Quien en verdad quiera conocer las razones por las cuales sor Juana prefirió el convento a la corte, puede leer un documento claro, más allá de interpretaciones subjetivas, *El testamento y renuncia de bienes de Juana Inés de la Cruz, novicia del Convento de San Jerónimo. 23 de febrero de 1669*:

En el nombre de Dios Nuestro Señor todopoderoso; y de su bendita madre la Virgen María, Nuestra Señora, concebida sin mancha de pecado original, en quien como abogada, guarda y amparo de pecadores, tengo puesta mi esperanza. Sea notorio a los que el presente vieren cómo yo, Juana Inés de la Cruz, novicia de este convento de mi Padre San Jerónimo, que en el siglo me llamaba doña Juana Ramírez de Asbaje [...] considerando la brevedad de esta vida; cuán llena está de trabajos y peligros; y que la honra del mundo es breve, mudable y precedera, y sus placeres falsos, y transitoria su bienaventuranza; y que todos los que pasan su carrera y mar tempestuoso, es con muchos riesgos y peligros y, finalmente, que van más seguros los que van mirando el norte de la religión, que asegura más la llegada a tomar puerto de salvación; y porque siempre he sido inclinada al estado de religiosa, y

<sup>11</sup> En *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, *Ibidem*, pp. 446-447.

cercana a hacer mi profesión en este dicho convento, y ser ésta mi determinada voluntad, permanecer en dicho estado [...]<sup>12</sup>

El estilo y las ideas son eco de los predicadores y escritores espirituales de la época. Sor Juana tiene en ese momento 18 años y no podría hablar con el reposo ni la sobriedad de una religiosa madura por experiencia y vivencias ascéticas; pero es indudable que en estas palabras está expresando convicciones que ha hecho suyas en la substancia, pues posee una inteligencia aguda y profunda más allá de sus años.

En efecto, el 29 de febrero de 1669 hace sor Juana Inés de la Cruz su profesión religiosa en pobreza, castidad, obediencia y clausura. E inicia, como monja de velo y coro, la vida conventual en San Jerónimo. Su vida se desarrolla entre cantos litúrgicos en el coro, convivencia con sus hermanas de comunidad y clases de música a las niñas del colegio interno adjunto; años más tarde, también deberá atender los asuntos de la administración del convento; también dedica buenos tiempos a la lectura de sus queridos amigos, los libros, mientras va formando su famosa biblioteca; saca también tiempos para pintar —ella misma refiere que pintó un retrato de la virreina María Luisa Manrique de Lara y un autorretrato que también dedica a la misma virreina—. Por encargo y por mandato o espontáneamente, también va componiendo poemas de diversos metros para sus amigos, en especial para los virreyes de la Laguna. Desarrolla una más íntima amistad con la virreina doña María Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes. Son notables las series de villancicos que le piden y ella

<sup>12</sup> Enrique A. Cervantes, *Testamento de Sor Juana Inés de la Cruz y otros documentos*, México, edición de autor, 1949, p. 16.

realiza para ser cantados en las catedrales de México, Puebla y Antequera, en los que la genial monja va plasmando la fe religiosa y las letras y sones del pueblo; en los 150 villancicos no se sabe qué admirar más, si la sencilla piedad o los ritmos populares, frescos y desenfadados de que están transidos.

De tiempo en tiempo la visitan los virreyes, algunos religiosos, sacerdotes, profesores y sabios de Nueva España, como don Carlos de Sigüenza y Góngora, matemático, historiador y cartógrafo del virreinato; el jesuita de Trento Eusebio Kino, explorador, geógrafo y astrónomo, a su paso por México camino de Sonora y las Californias, o visitantes ilustres de Nueva Granada. La visita también su amigo y admirador, el obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz. Ella los atiende a todos con cortesía y cordialidad sin descuidar su vida comunitaria de la que era tan observante.

## Últimos años y muerte

Hacia 1693, en una de las inundaciones periódicas del Valle de México, hubo hambruna entre el pueblo pobre y entre los indígenas. Sor Juana, de corazón sensible y compasivo, llamó a uno de sus amigos, el canónigo José de Lombeyda, y le pidió que vendiera los cuatro mil libros de su biblioteca y llevara el dinero al arzobispo Aguiar y Seijas, gran limosnero, para que éste lo distribuyera entre los pobres.<sup>13</sup> Pero los males no vienen solos: las inundaciones y la falta de higiene provocan epide-

<sup>13</sup> Ver *Testamento de José de Lombeyda*, Archivo General de la Nación, "Bienes Nacionales" (014), vol. Exp. 44. 44, F. 3V, fechado el 15 de julio de 1695.

mias, y una de las más temidas es la peste. El virus exantemático se extiende por la capital de la Nueva España, entra en el convento de San Jerónimo y 10 monjas, tocadas por la epidemia, han de guardar cama. Sor Juana se prodiga entre ellas, prestándoles su servicio a pesar de la advertencia de la priora; el amor y la compasión de sor Juana hacia sus hermanas enfermas es más fuerte que el temor al riesgo de contagio. Pronto también sor Juana cae víctima de la peste. Ella arrostra serenamente el terrible mal y aguarda en paz la muerte que se acerca; cuando llega, contra lo que suele suceder a otros enfermos de peste que pierden el conocimiento o la razón, la encuentra lúcida. Con ánimo sereno y con una sonrisa en los labios, sor Juana entrega su alma al Creador, la noche del 17 de abril de 1695; tenía 44 años.

## Panorama de su obra

De la obra de sor Juana queremos subrayar tres aspectos, la versatilidad, el tono lírico y el dominio de la lengua española.

### *Versatilidad*<sup>14</sup>

La creatividad de sor Juana también se manifiesta en la variedad de géneros, de campos, de estilo, de metros. Hace teatro en comedias y sainetes, como *Los empeños de una casa*, con algo de autobiográfico, o en *Amor es más laberinto*; en autos sacra-

<sup>14</sup> Capacidad de adaptarse con facilidad y rapidez a diversas funciones: es la segunda acepción del DRAE.

mentales como *El Divino Narciso*, de exquisita concepción, a la vez espiritual y lírica, y de rara perfección formal. Monta también escenografías mitológicas como el arco de triunfo *Nep- tuno alegórico*, dedicado al virrey Tomás de la Cerda en su toma de posesión del cetro de la Nueva España. Tiene obras en las que se dan la mano belleza y gracia líricas, como el conjunto de más de 150 villancicos para las laudes matutinas para ser cantados en las catedrales de México, Puebla y Antequera. Asimismo tiene obras filosóficas en inspirados versos como el “Primero sueño” —heroico esfuerzo por interpretar toda la “máquina del mundo” como lo llama—, con el solo poder de la razón. La *Carta atenagórica* y los numerosos villancicos que adelantan el dogma de la Inmaculada Concepción de María o el de su Asunción a los cielos. Obras espirituales en prosa como los *Ejercicios de Encarnación*, el *Ofrecimiento para el rosario de quince misterios de los dolores*; o escritos como la *Docta explicación del misterio y voto de defender la Purísima Concepción de María*, etcétera.

Y no carece nuestra polifacética escritora de una gallarda autobiografía, en la que nos desvela los secretos de sus afanes como poetisa, en *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*. Otra faceta de la versatilidad de sor Juana es la variedad de metros y estrofas de que hace gala con naturalidad y maestría, como son los romances, silvas, décimas, octavas, redondillas, coplas para ser cantadas, endechas, epigramas o sonetos. Prácticamente no hay metro ni forma poética castellana que no haya practicado la poetisa de Nepantla. Veamos algunos ejemplos.

Un caballero del Perú, contemporáneo de sor Juana, comentando la admiración que la lectura de las obras de la poetisa mexicana le produjera, escribe

Sabed, pues, que vuestras Obras  
 a mis manos han venido,  
 al modo que la fortuna  
 suele venirse al indigno.  
 Léílas, volviendo a leerlas,  
 con gana de repetirlo  
 tercera vez y trescientas,  
 del fin volviendo al principio,

hallando tal novedad  
 en lo propio que he leído,  
 que me parece otra cosa,  
 aunque me suene a lo mismo.<sup>15</sup>

La poetisa responde con igual y superior donaire, confesando que no debiera responderle:

[...] pero el diablo del romance  
 tiene, en su oculto artificio,  
 en cada copla una fuerza  
 y en cada verso un hechizo.<sup>16</sup>

Construye en su respuesta uno de los romances más graciosos y brillantes.

Si tomamos el género de los sonetos, los tiene casi perfectos; por ejemplo, puede verse el poema 152 dedicado a la esperanza: “Verde embeleso de la vida humana” o aquel otro más conocido: “Este, que ves, engaño colorido” (poema 145).

<sup>15</sup> Poema 49 bis, en SJIC, *op. cit.*, t. 1, p. 212.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 217.

## Tono lírico

Otra característica de la pluma de sor Juana es el tono lírico que imprime a todos sus poemas. Hay de poetas a poetas, poetas a los que se les ve el oficio y la disciplina aprendida; y poetas que han nacido con ángel, para quienes la poesía es un aura que los envuelve, un resplandor que brota, natural, del venero de su corazón y su espíritu, que viven en estado de inspiración como quien respira el aire que nos da la vida. Sor Juana vive toda ella inmersa en luz de poesía. De sí misma dirá que le pasa lo que a Ovidio que, conminado por su padre a no escribir más versos, exclamó: “*Iuro iuro, pater, nunquam componere versos*”, construyendo al punto un hexámetro (“¡Perdóname, padre!, puedo jurar / que nunca volveré a versificar”). Sor Juana añade otra cita sobre el poeta de Sulmona: *Quod tentabam dicere versus erat*<sup>17</sup> (“Lo que intentaba decir me salía en verso”). Sor Juana, al escribir su *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, tiene que hacerse violencia para no redactarla en ritmo consonante.<sup>18</sup> Claro que la poesía no es sólo verso, sino soplo, ritmo, luz y tono de inspiración; en la admirable monja de San Jerónimo se dan éstos en su expresión más fresca hasta en el modo de iniciar algunos sonetos o romances: “Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba” (poema 164 de la selección de Alfonso Méndez Plancarte) o el primer verso del poema 146: “En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?”. ¡Qué fresca espontaneidad al trazar, de prisa y corriendo, la dedicatoria de su primer volumen, cuando la diligencia parte y el barco que lleva sus papeles hacia España está a punto de zarpar!:

<sup>17</sup> Ovidio, *Tristia*, IV, X, 26. Sor Juana cita de memoria y equivoca las palabras literales de Ovidio y, en cambio, escribe: “*Quidquid conabar dicere, versus erat*”.

<sup>18</sup> Cf. *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, líneas 1218-1220.

Estos versos, lector mío,  
 que a tu deleite consagro,  
 y sólo tienen de buenos  
 conocer yo que son malos,<sup>19</sup>

Y el último poema que se encontró después de su muerte, para agradecer a los autores de Europa que con elogios hicieron sus obras mayores de lo que en eran (poema 7 de esta antología):

¿Cuándo, númenes divinos,  
 dulcísimos cisnes, cuándo  
 merecieron mis descuidos  
 ocupar vuestros cuidados?<sup>20</sup>

O adoptando los aires y ritmos populares, cuando llega el estío y se realiza la trilla o la carda, así entra en escena sor Juana (poema 9 de esta antología):

A Belilla pinto  
 (tengan atención),  
 porque es de la carda,  
 por el cardador.

Del pelo el esquilmo,  
 mejor que Absalón,  
 se vende por oro,  
 con ser de vellón,

<sup>19</sup> SJIC, *op. cit.*, t. I, p. 3.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 224.

En su frente lisa  
Amor escribió,  
y dejó las cejas  
a plana renglón.

Los ojos rasgados  
de *ábate que voy*,  
y luego unas niñas  
de *líbrenos Dios*.<sup>21</sup>

En fin, hay tonos líricos festivos, “esquerzosos”, que nos desvelan la otra cara de sor Juana, juguetona y traviesa, como aquellos versos en los que responde al romance que un caballero recién venido a la Nueva España le escribe elogiándola subidamente (poema 5 de esta antología):

¡Válgate Apolo por hombre!  
no acabo de santiguarme  
(más que vieja cuando Jove  
dispara sus triquitraques)  
de tan paradoja idea,  
de tan remoto dictamen;  
sin duda que éste el autor  
es de los *Extravagantes*.<sup>22</sup>

Y versos más adelante, ridiculizando a quienes pretenden hacer de ella el Ave Fénix, en el mismo poema, escribe:

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 268.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 202. Cánones que quedaron sueltos, fuera del código de derecho canónico.

“¡Cómo! ¿Eso se querían,  
 tener al Fénix de balde?  
 ¿Para qué tengo yo pico,  
 sino para despícarame?

¡Qué dieran los saltimbancos  
 a poder, por agarrarme  
 y llevarme, como monstruo,  
 por esos andurriales

de Italia y Francia, que son  
 amigas de novedades  
 y pagaran por ver  
 la cabeza del gigante,

diciendo: “Quien ver el Fénix  
 quisiere, dos cuartos pague,  
 que lo muestra maese Pedro  
 en la posada de Jaques”!

¡Aquesto no! No os veréis  
 en ese Fénix, bergantes,  
 que por eso está encerrado  
 debajo de treinta llaves.<sup>23</sup>

Difícilmente se encontrará otro poeta tan versátil que combine tonos reflexivos o pensamientos místicos, con jácaras y chirigotas tan sabrosas y llenas de ingenio. De sí misma reconoce Sor Juana la facilidad. Y todos constatamos la irisación de

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 208.

imágenes, las alusiones mitológicas, la asombrosa erudición y cultura. Escribe el grande crítico literario, poeta él mismo y premio Nobel de México, Octavio Paz:

La obra de Sor Juana Inés de la Cruz resume gracia y frescura. Nada hay en ella forzado, todo viene a su pluma con naturalidad, como el agua que brota de la fuente, fresca y cantarina. Ella decía de sí misma que los versos acudían a su mente más rápido de lo que la pluma era capaz de escribir. Añadimos nosotros que el prodigio estaba en el caudal y en la calidad con que nacían. Impresiona también la fantasía de la monja de San Jerónimo y su portentosa erudición. De su lírica se podría elaborar un manual de mitología, de medicina, de música, de astronomía, de filosofía, de psicología femenina, de teología. Por otro lado, en su poesía todo camina con paso elegante, con ritmo, rima y garbo tales que dan un toque de señorío a cuanto ella escribe. Hay también en la obra poética de Sor Juana riqueza y dominio admirable de la lengua española en ella, en la humilde monja mexicana, como en Cervantes, en Fray Luis de León, en Quevedo o en Góngora, la lengua de Castilla toca cimas de propiedad y belleza.<sup>24</sup>

Más no se puede decir.

### *Dominio de la lengua española*

Tomando pie de las últimas palabras de Octavio Paz, destacaremos otra nota de la escritora de Nepantla, su dominio de la lengua española. Llama la atención a quien se adentra

<sup>24</sup> Octavio Paz, *op. cit.*, p. 18.

en la selva de su producción literaria, la riqueza y propiedad de nombres y substantivos, adjetivos, verbos y acciones verbales, modismos y términos técnicos. Sor Juana, junto con los grandes escritores del siglo de oro español, pero también con las plumas más fecundas y brillantes de los siglos xx y xxi, Ortega y Gasset, Gabriel García Márquez o Mario Vargas Llosa, es uno de los autores que echa mano del mayor número de vocablos de la lengua española. Usa con precisión palabras que pertenecen a diversos campos de medicina, música, herboristería, cetrería, arquitectura, filosofía, derecho, teología, angelología, Sagrada Escritura, arte culinario, etcétera. Véase, por ejemplo, el romance sobre su método musical, que ella expone jocosamente a la virreina María Luisa Manrique, pero que supone un caudal no pequeño de términos y usos del arte musical: allí encontramos los términos más diversos y precisos de una composición musical, como consonancia, disonancia, armonía, conciertos, arte de composición, reglas, cifras, proporciones, cantidades, intervalos, puntos, líneas sismas, comas, tonos semitonos, diatesarón, temple, punto de alteración, segunda, máxima, longa, áltera, tripla, diapasón, diapente, armónico, geométrico, aritmético, mensura, canto llano, compás, notas (ut, re, mi, fa, sol), sesquioctava, sesquisona, enarmónica, teclas, calderones, guiones, claves, puntos, melodía (poema 2 de esta antología).

Y el lenguaje va al paso con la profundidad de contenidos. Jamás hay superficialidad en lo que escribe sor Juana en temas existenciales (*cf.* el poema 145), en temas morales y sociales (*cf.* el poema 92), en temas religiosos (*cf.* *El Divino Narciso*), los villancicos a la Eucaristía, al nacimiento del Salvador, a la Inmaculada Concepción de María; en temas de filosofía, como el “Primero Sueño”, en temas antropológicos como el soneto

a la esperanza (poema 151); en argumentos de introspección (poema 146).

Pero a la profundidad del fondo no le hace desmerecer la perfección de la forma, como el uso apropiado y flexible de la lengua, la abundancia de verbos y adjetivos calificativos, la precisión, audacia, novedad y belleza de las imágenes, la alusión mitológica. Cuando escribe en prosa, como en la *Carta atenagórica*, sor Juana se pone el birrete de maestro y echa mano de un lenguaje escolástico. Cuando describe la variedad de las criaturas que alaban a su creador, parece que estuviéramos ante un san Bernardo que canta las glorias de María (cf. *Ejercicios de la Encarnación*, día tercero, meditación, en SJIC, *Obras completas*, t. IV, p. 481). En su *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* hay gracia, erudición, variedad y amplitud de pensamiento que va de la antropología a la teología, de la astronomía a la escritura; y en su lírica palpita siempre auténtica inspiración que brota del venero de su alma y de la sensibilidad de la poetisa sor Juana Inés de la Cruz, que vibra ante lo que ve y siente.

La presente antología nos permite adentrarnos en los prados floridos de su poesía y en la selva sorprendente de su prosa. Quede esta colección de textos de sor Juana como cala del sabor de su obra, como prueba de su actualidad, como invitación a conocerla en su totalidad.

Javier García, L.C.

Cotija de la Paz, Michoacán; 12 de noviembre de 2015

En los 361 años del nacimiento de sor Juana Inés de la Cruz

## BIBLIOGRAFÍA

- Alatorre, Antonio, *Sor Juana a través de los siglos (1668-1910)*, 2 tomos, El Colegio de México / UNAM, México, 2007.
- Archivo General de la Nación, *Testamento de José de Lombeyda*, “Bienes Nacionales” (014), vol. Exp. 44. 44, F. 3V, fechado el 15 de julio de 1695
- Cervantes A., Enrique, *Testamento de Sor Juana Inés de la Cruz y otros documentos*, edición del autor, México, 1949.
- Cruz, sor Juana Inés de la, *Antología de Sor Juana Inés de la Cruz*, Ediciones Lectorum, México, 2013.
- , *Antología poética*, Selección e introducción de José Miguel Oviedo, Alianza Editorial, Madrid, 2010.
- , *Carta de Serafina de Cristo (1691)*, edición facsimilar, intr. y transcripción paleográfica de Elías Trabulse, IMC, Toluca, 1996.
- , *El Sueño*, edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte, UNAM, México, 1989.
- , *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer*, ed. y estudio de Antonio Alatorre, El Colegio de México, México, 1994.
- , *Fama y obras posthumas*, Introducción del Doctor Don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, Imprenta de Manuel Ruiz de Murga, Madrid, 1700.
- , *Inundación Castálida de la única poetisa, Musa Dezima, Soror Juana Inés de la Cruz*, ed. D. Juan Camacho Gayna, Juan García Infanzón, Madrid, 1689.
- , *Inundación Castálida. Sor Juana Inés de la Cruz* (edición facsimilar), Introducción de Fredo Arias de la Canal, ed. Frente de afirmación hispanista, A.C., México, 1995.
- , *INVNDACION CASTALIDA, de la vnica poetisa, musa dezima, SOROR JVANA INES de la Crvz, Religiosa Professa en el Monasterio de San Geronimo de la Imperial Ciudad de Mexico. Que en varios metros, idiomas, y*

- estilos, Fertiliza varios assumptos: con elegantes, svtiles, claros, ingeniosos, vtiles versos, para enseñanza, recreo y admiracion. Dedicalos a la Excel. ma Señora. Señora D. MARIA Luisa GonzagaManrique de Lara, Condesa de Paredes, Marquesa de la Laguna*, Juan García Infanzón, edición facsimilar, edición de Juana Camacho Gayna, Madrid, 1689.
- , *Obras completas*, t. I, *Lírica personal*, ed. de Alfonso Méndez Plancarte, FCE, México, 1951.
- , *Obras completas*, t. I, *Lírica personal*, ed., intr. y notas de Antonio Alatorre, FCE, México, 2009.
- , *Obras completas*, t. II, *Villancicos y letras sacras*, ed. de Alfonso Méndez Plancarte, FCE, México, 1952.
- , *Obras completas*, t. III, *Autos y loas*, ed. de Alfonso Méndez Plancarte, FCE, México, 1955.
- , *Obras completas*, t. IV, *Comedias, sainetes y prosa*, ed. de Alberto G. Salceda, FCE, México, 1957.
- , *Obra Selecta*, Tomos I y II, selección y prólogo de Margo Glantz; *Cronología y bibliografía* de María Dolores Bravo Arriaga, Fundación Bolivariana Ayacucho, Caracas, 1994.
- , *Segundo Tomo de las Obras de Sor Juana Inés de la Cruz y La Segunda Celestina* (edición facsimilar), Introducción de Fredo Arias de la Canal, Prólogo de Guillermo Schmidhuber de la Mora, Frente de afirmación hispanista, México, 1995.
- , *Sonetos completos*, Veracruz (Zona de tesoros) / Interzona, Veracruz, 2013.
- , *Villancicos*, Selección de Luis Téllez-Tejeda, la Diéresis Editorial artesanal, México, 2014.
- De la Maza, Francisco, *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia. Biografías antiguas. La Fama de 1667*, UNAM / Preámbulo, México, 1980.
- Paz, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, FCE, México, 1985.

Pérez-Amador, Alberto, *La ascendente estrella. Bibliografía de los estudios dedicados a sor Juana Inés de la Cruz en el siglo xx*, Iberoamericana / Vervuert Verlag, Madrid, 2007.

Soriano Vallés, Alejandro, *Sor Juana Inés de la Cruz. Doncella del Verbo*, Edición, introducción, estudio liminar y notas, Editorial Garabatos, Hermosillo, 2010.



# Lírica personal



*En la hacienda de Panoayán*, Jorge Sánchez Hernández (1926)

Óleo sobre tela | 95 x 75 cm | 1976

# 1

Finjamos que soy feliz,  
triste Pensamiento, un rato;  
quizá podréis persuadirme,  
aunque yo sé lo contrario:

que pues sólo en la aprehensión  
dicen que estriban los daños,  
si os imagináis dichoso  
no seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento  
alguna vez de descanso,  
y no siempre esté el ingenio  
con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones  
de pareceres tan varios,  
que lo que el uno que es negro,  
el otro prueba que es blanco.

A unos sirve de atractivo  
lo que otro concibe enfado;  
y lo que éste por alivio,  
aquél tiene por trabajo.

El que está triste, censura  
al alegre de liviano;  
y el que está alegre, se burla  
de ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos  
bien esta verdad probaron:  
pues lo que en el uno risa,  
causaba en el otro llanto.<sup>1</sup>

Célebre su oposición  
ha sido por siglos tantos,  
sin que cuál acertó, esté  
hasta agora averiguado;

antes, en sus dos banderas  
el mundo todo alistado,  
conforme el humor le dicta,  
sigue cada cual el bando.

Uno dice que de risa  
sólo es digno el mundo vario;  
y otro, que sus infortunios  
son sólo para llorados.

Para todo se halla prueba  
y razón en que fundarlo;

<sup>1</sup> Se está refiriendo a Heráclito y Demócrito, que consideran respectivamente todo digno de llanto o de risa.

y no hay razón para nada,  
de haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces;  
y siendo iguales y varios,  
no hay quien pueda decidir  
cuál es lo más acertado.

Pues, si no hay quien lo sentencie,  
¿por qué pensáis vos, errado,  
que os cometió Dios a vos  
la decisión de los casos?

¿O por qué, contra vos mismo  
severamente inhumano,  
entre lo amargo y lo dulce  
queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento,  
¿por qué siempre he de encontrarlo  
tan torpe para el alivio,  
tan agudo para el daño?

El discurso es un acero  
que sirve por ambos cabos:  
de dar muerte, por la punta;  
por el pomo, de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro,  
queréis por la punta usarlo,

¿qué culpa tiene el acero  
del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer  
discursos sutiles vanos;  
que el saber consiste sólo  
en elegir lo más sano.

Especular las desdichas  
y examinar los presagios,  
sólo sirve de que el mal  
crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros,  
la atención, sutilizando,  
más formidable que el riesgo  
suele fingir el amago.

¡Qué feliz es la ignorancia  
del que, indoctamente sabio,  
halla de lo que padece,  
en lo que ignora, sagrado!<sup>2</sup>

No siempre suben seguros  
vuelos del ingenio osados,  
que buscan trono en el fuego  
y hallan sepulcro en el llanto.

<sup>2</sup> Acogerse a sagrado equivale a huir de una dificultad o peligro acogiéndose a una determinada protección. Sor Juana aquí emplea la expresión metafóricamente.

También es vicio, el saber,  
que, si no se va atajando,  
cuanto menos se conoce  
es más nocivo el estrago;

y si el vuelo no le abaten,  
en sutilezas cebado,  
por cuidar de lo curioso  
olvida lo necesario.

Si culta mano no impide  
crecer al árbol copado,  
quita la substancia al fruto  
la locura de los ramos.

Si andar a nave ligera  
no estorba lastre pesado,  
sirve el vuelo de que sea  
el precipicio más alto.

En amenidad inútil,  
¿qué importa al florido campo,  
si no halla fruto el otoño,  
que ostente flores el mayo?

¿De qué le sirve al ingenio  
el producir muchos partos,  
si a la multitud se sigue  
el malogro de abortarlos?

Y a esta desdicha, por fuerza  
ha de seguirse el fracaso  
de quedar, el que produce,  
si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego:  
que, con la materia ingrato,  
tanto la consume más  
cuanto él se ostenta más claro.

Es de su propio señor  
tan rebelado vasallo,  
que convierte en sus ofensas  
las armas de su resguardo.

Este pésimo ejercicio,  
este duro afán pesado,  
a los hijos de los hombres  
dio Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambición nos lleva  
de nosotros olvidados?  
Si es para vivir tan poco,  
¿de qué sirve saber tanto?

¡Oh, si como hay de saber,  
hubiera algún seminario  
o escuela donde a ignorar  
se enseñaran los trabajos!

¡Qué felizmente viviera  
el que, flojamente cauto,  
burlara las amenazas  
del influjo de los astros!

Aprendamos a ignorar,  
Pensamiento, pues hallamos  
que cuanto añadido al discurso,  
tanto le usurpo a los años.

## 2

Después de estimar mi amor,  
excelsa, bella María,  
el que en la divina vuestra  
conservéis memorias mías;

después de haber admirado  
que, en vuestra soberanía,  
no borrada, de mi amor  
se mantenga la noticia,

paso a daros la razón  
que a no obedecer me obliga  
vuestro precepto, si es que hay  
para esto disculpa digna.

De la música un cuaderno  
pedís, y es cosa precisa

que me haga a mí disonancia  
que me pidáis armonías.

¿A mí, señora, conciertos,  
cuando yo en toda mi vida  
no he hecho cosa que merezca  
sonarme bien a mí misma?

¿Yo, arte de composiciones,  
reglas, caracteres, cifras,  
proporciones, cantidades,  
intervalos, puntos, líneas,

quebrándome la cabeza  
sobre cómo son las *sismas*,  
si son cabales las *comas*,  
en qué el tono se divida;

si el *semitono* incantable  
en número impar estriba,  
a Pitágoras sobre esto  
revolviendo las cenizas;

si el *diatessarón* ser debe  
por consonancia tenida,  
citando una extravagante<sup>3</sup>  
en que el papa Juan lo afirma;

<sup>3</sup> Se llaman “extravagantes” las constituciones pontificias que se hallan recogidas y puestas al final del cuerpo de derecho canónico, después de los cinco libros de las Decretales y Clementinas.

si el *temple* en un instrumento,  
al hacerlo, necesita  
de hacer participación  
de una *coma* que hay perdida;

si el *punto de alteración*  
a la *segunda* se inclina,  
más por que ayude a la letra  
que por que a las notas sirva;

si el modo mayor perfecto  
en la *máxima* consista,  
y si el menor toca al *longo*;  
cuál es *áltera* y cuál *tripla*;

si la imperfección que causa  
a una nota, otra más chica,  
es total, o si es parcial,  
esencial o advenediza;

si la voz que, como vemos,  
es cantidad sucesiva,  
valga sólo aquel respecto  
con que una voz de otra dista;

si el *diapasón* y el *diapente*  
el ser perfectos, consista  
en que ni menos ni más  
su composición admita;

si la *tinta* es a las notas  
quien todo el valor les quita,  
siendo así que muchas hay  
que les da valor la *tinta*;

lo que el *armónico* medio  
de sus dos extremos dista,  
y del *geométrico* en qué,  
y *aritmético*, distinga;

si a dos mensuras es toda  
la música reducida,  
la una que mide la voz  
y la otra que el tiempo mida;

si la que toca a la voz,  
o ya intensa, o ya remisa,  
subiendo o bajando, el canto  
llano sólo la ejercita,

mas la exterior, que le toca  
al tiempo en que es proferida,  
mide el compás, y a las notas  
varios valores asigna;

si la proporción que hay  
del *ut* al *re* no es la misma<sup>4</sup>

<sup>4</sup> “Del ut al re”, es decir, del “do al re”: *ut*, es el antiguo nombre que al solfear se daba al *do* en la terminología de Guido D’Arezzo.

que del *re* al *mi*, ni el *fa sol*  
lo mismo que el *sol la* dista:

que aunque es cantidad tan tenue  
que apenas es percibida,  
*sesquioctava* o *sesquinona*  
son proporciones distintas;

si la *enarmónica* ser  
a práctica reducida  
puede, o si se queda en ser  
cognición intelectual;

si lo *cromático* el nombre  
de los colores reciba  
de las teclas, o lo vario  
de las voces añadidas?

Y en fin, andar recogiendo  
las inmensas baratijas  
de calderones, guiones,  
claves, reglas, puntos, cifras,

pide otra capacidad  
mucho mayor que la mía,  
que aspire en las catedrales  
a gobernar las capillas.

Y más si es porque en él, là  
bella doña Petronila<sup>5</sup>  
a la música, en su voz,  
nueva añada melodía.

¿Enseñar música a un ángel?  
¿Quién habrá que no se ría  
de que la rudeza humana  
las inteligencias rija?

Mas si he de hablar la verdad,  
eslo que yo, algunos días,  
por divertir mis tristezas  
di en tener esa manía,

y empecé a hacer un *Tratado*  
para ver si reducía  
a mayor facilidad  
las reglas que andan escritas.

En él, si mal no me acuerdo,  
me parece que decía  
que es una línea espiral,  
no un círculo, la armonía;

y por razón de su forma  
revuelta sobre sí misma,  
le intitulé *Caracol*,  
porque esa revuelta hacía.

<sup>5</sup> Doña Petronila, una cantante profesional.

Pero éste está tan informe,  
que no sólo es cosa indigna  
de vuestras manos, mas juzgo  
que aun le desechan las mías.

Por esto no os le remito;  
mas como el Cielo permita  
a mi salud más alientos  
y algún espacio a mi vida,

yo procuraré enmendarle,  
porque teniendo la dicha  
de ponerse a vuestros pies,  
me cause gloriosa envidia.

De don Martín y don Pedro  
no podéis culpar de omisas  
las diligencias, que juzgo  
que aun excedieron de activas.

Y mandadme; que no siempre  
ha de ser tal mi desdicha,  
que queriendo obedeceros,  
con querer no lo consiga.

Y al gran marqués, mi señor,  
le diréis, de parte mía,  
que aun en tan muertas distancias  
conservo memorias vivas;

que no olvido de su mano  
sus mercedes recibidas:  
que no son ingratos todos  
los que, al parecer, se olvidan;

que si no se lo repito,  
es por la razón ya dicha  
de excusar que lo molesta  
ostente lo agradecida;

que no le escribo porquè,  
siendo alhaja tan baldía  
la de mis letras, no intento  
que de embarazo le sirva;

que el carácter de crecer  
el número a su familia,  
le tengo impreso en el alma  
si no sale a las mejillas;

y que ya que mi desgracia  
de estar a sus pies me priva,  
le serviré en pedir sólo  
a Dios la vuestra y su vida.

### 3

El soberano Gaspar  
par es de la bella Elvira:

vira de Amor más derecha,  
hecha de sus armas mismas.

Su ensortijada madeja  
deja, si el viento la enriza,  
riza tempestad, que encrespa  
crespa borrasca a las vidas.

De plata bruñida plancha,  
ancha es campaña de esgrima;  
grima pone el ver dos marcos,  
arcos que mil flechas vibran.

Tiros son, con que de enojos,  
ojos que al alma encamina,  
mina el pecho que, cobarde,  
arde en sus hermosas iras.

Árbitro, a su parecer,  
ser la nariz determina:  
termina dos confinantes,  
antes que airados se embistan.

De sus mejillas el campo  
ampo es, que con nieve emprima  
prima labor, y la rosa  
osa resaltar más viva.

De sus labios, el rubí  
vi que color aprendía;

prendía, teniendo ensartas  
sartas dos de perlas finas.

Del cuello el nevado torno  
horno es, que incendios respira;  
pira en que Amor, que renace,  
hace engaños a la vista.

Triunfos son, de sus dos palmas,  
almas que a su sueldo alista;  
lista de diez alabastros:  
astros que en su cielo brillan.

En lo airoso de su talle  
halle Amor su bizarría;  
ría de que, en el donaire,  
aire es todo lo que pinta.

Lo demás, que bella oculta,  
cultura imaginaria admira;  
mira, y en lo que recata,  
ata el labio, que peligra.

4<sup>6</sup>

Madre que haces chiquitos  
(no es pulla, no) a los más grandes,

<sup>6</sup> Se trata de un romance que un caballero recién llegado a la Nueva España le dedicó a la madre Juana Inés.

pues que pones en cuclillas  
los ingenios más gigantes:

A ti van aquestos versos,  
madre sin poder ser madre,  
aunque más me cante Ovidio  
lo de *mittere ad hunc carmen*.<sup>7</sup>

Yo, el menor de los poetas,  
el mínimo (sin ser fraile)  
de los que a Aganipe chupan<sup>8</sup>  
y de su caudal se valen,

di en decir que no había Fénix,<sup>9</sup>  
siguiendo autores de clase:  
porque vivir de morir  
es la vida perdurable.

Las Musas, como soplonas,  
denuncian al dios de Dafne<sup>10</sup>  
mi calvinista opinión,  
mi luterano dictamen.<sup>11</sup>

Enojado el dios de Delos,  
despacha con un mensaje

<sup>7</sup> Enviar al poeta Severo un poema era “añadirle ramas al bosque”.

<sup>8</sup> Aganipe, una de las fuentes de la poesía.

<sup>9</sup> Fénix, ave mitológica que de sus cenizas renace.

<sup>10</sup> El dios de Dafne y de Delos es Apolo.

<sup>11</sup> Sería una herejía poética no creer en la existencia del Ave Fénix.

al corredor de los dioses,<sup>12</sup>  
volador, y aun triquitraque.

Mándame, por un decreto,  
que no le suba ni baje  
a aquel monte de dos frentes<sup>13</sup>  
a quien guardan nueve jaques;

y que jura, por la Estigia,<sup>14</sup>  
que no ha de desenojarse  
si al ave que está de nones  
*parces* no le pido a pares.<sup>15</sup>  
Inquiriendo vericuetos,  
examinando andurriales,  
siendo hijo de los montes,  
siendo de los yermos padre,

más peregrino que el Fénix,  
partí en busca de esta ave  
que se hace mosca muerta  
y entre cenizas renace.

“¿Quién sabe —decía a gritos—  
de un pájaro cuya carne  
es tostada con canela,  
aunque es poco confortante?

<sup>12</sup> Mercurio, tan veloz como cohete.

<sup>13</sup> El monte Parnaso.

<sup>14</sup> Estigia, laguna del infierno mitológico.

<sup>15</sup> El Ave Fénix, siendo única, “siempre está de nones” y, por estarlo, nunca pide perdón “a los que son pares”.

¿De aquel que, si tiene sed,  
de perlas se satisface,  
y se harta de calabaza  
si es que le aprieta la hambre;

con quien son niños de teta  
los de más luengas edades:  
Néstor aún trae metedero,  
y Matusalem pañales?”<sup>16</sup>

Lo mismo era decir esto  
en Egipto, que en Getafe;  
tanto sabía del Fénix  
Nilo, como Manzanares.<sup>17</sup>

Con mi palo y mi esclavina,  
calabaza y alpargates,  
hecho un Tobías sin peje,  
hecho un san Roque sin landre,

dando al diablo al dios Apolo,  
daba la vuelta a mis lares,  
a pata y sin matalote,  
solo y sin matalotaje,

cuando me sale al camino  
el dios de los caminantes,<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Néstor y Matusalem, los viejos por antonomasia. Metedero, “pañó de lienzo que se pone a los niños debajo del pañal” (Diccionario de Autoridades).

<sup>17</sup> Manzanares, río de Madrid.

<sup>18</sup> Mercurio, dios de los caminantes.

aquel que está hecho droga,  
el que es amigo de Arasies.<sup>19</sup>

De parte del dios a quien  
no le es nuevo lo flamante,<sup>20</sup>  
del que en quitarse las barbas  
nunca ha gastado dos reales,

compadecido de verme  
hecho un don Pedro el Infante,  
más cansado que diez necios,  
rendido que quince amantes,

dice que hacia donde él muere  
aqueste prodigio nace:  
que el oriente de esta perla  
hacia el Occidente cae;

que dé a América la vuelta  
y a sus más nobles lugares,  
y que, si hallarlo quiero,  
la Ceca y la Meca ande.

Con estos apuntamientos,  
viendo ya claros los vates,  
metí piernas a mis pies  
y espoleé mis carcañales.

<sup>19</sup> Arasies, enigma para los intérpretes.

<sup>20</sup> El dios flamante o "llameante" es Apolo.

Llegué hasta aquí, con más  
trabajos y más percances  
que el otro desuellacaras<sup>21</sup>  
de nemeos animales.

Descansando aquella noche  
que llegué a aqueste paraje,  
tu *Sueño* me despertó  
de mi letargo ignorante.

Empecé a leerlo, y dije:  
“Cierto que soy gran salvaje.  
Si hay noche en que Apolo luce,  
¿que haya Fénix, no es más fácil?”

Proseguí, y dije admirado:  
“¿Que haya físico vinagre  
que, para huir de los pasmos,  
subir a México mande?”

Acabé diciendo: “¡Víctor,  
victor mil veces! Más vale  
sola una hoja de Juana,  
que quince hojas de Juanes”.<sup>22</sup>

Vive Apolo, que será  
un lego quien alabare

<sup>21</sup> Hércules, que mató y desolló al León de Nemea.

<sup>22</sup> Juanes, famoso fabricante de espadas.

desde hoy a la Monja Alférez,<sup>23</sup>  
sino a la Monja Almirante.

Gracias a Dios que llegó  
el *Laus Deo* del viaje,<sup>24</sup>  
la meta de los trabajos,  
de los peligros el saque;

hallé la Fénix que bebe  
las perlas de más quilates  
en los conceptos más altos  
de los poetas más graves;

la más única y más rara  
que hay desde Etiopia a Flandes:  
no hable Córdoba palabra;<sup>25</sup>  
calle Mantua, Sulmo calle.<sup>26</sup>

¿Qué Fénix vivirá más  
que tu fama, en los anales,  
pues acabarse ella, es  
cuento de nunca acabarse?

Duerme más que aquellos Siete<sup>27</sup>  
que durmieron a millares:

<sup>23</sup> La Monja Alférez era la española Catalina de Erauso quien, vestida de hombre, peleó bravíamente contra los indios de Chile.

<sup>24</sup> *Laus Deo*, el "¡Alabado sea Dios!", al término de un viaje.

<sup>25</sup> Córdoba, donde nacieron los dos Sénecas, Lucano, Juan de Mena y Góngora.

<sup>26</sup> Mantua, donde nació Virgilio; Sulmo o Sulmona, por Ovidio.

<sup>27</sup> Alusión a la leyenda de los *Siete durmientes* de Éfeso.

que quien tal fama ha cobrado,  
a dormir bien puede echarse.

Perdona mi negación;  
y el no conocerte antes,  
hoy me valga por disculpa.  
Y si esto no vale, *Vale*.<sup>28</sup>

5<sup>29</sup>

¡Válgate Apolo por hombre!  
No acabo de santiguarme  
(más que vieja cuando Jove  
dispara sus triquitraques)

de tan paradoja idea,  
de tan remoto dictamen;  
sin duda que éste el autor  
es de los *Extravagantes*.<sup>30</sup>

Buscando dice que viene  
a aquel pájaro que nadie  
(por más que lo alaben todos)  
ha sabido a lo que sabe;

<sup>28</sup> Vale, ¡Adiós!

<sup>29</sup> Ésta es la respuesta que sor Juana da al caballero que le había escrito el romance anterior, que inicia: "Madre que haces chiquitos...".

<sup>30</sup> Extravagantes, cánones que quedaron sueltos y no fueron incluidos en el código de derecho canónico de la época.

para quien las cetrerías  
se inventaron tan de balde,  
que es un gallina el halcón  
y una mandria el girifalte,

el azor un avechucho,  
una marimanta el sacre,  
un cobarde el tagarote<sup>31</sup>  
y un menguado el gabilane;

a quien no se le da un bledo  
de que se prevenga el guante,  
pihuelas y capirote,<sup>32</sup>  
con todos los demás trastes,

que, bien miradas, son unos  
trampantojos boreales,<sup>33</sup>  
que inventó la golosina  
para alborotar el aire;

de cuyo antojo quedaron,  
por mucho que lo buscasen,  
Sardanapalo en ayunas,<sup>34</sup>  
Heliogábalo con hambre.

<sup>31</sup> Mandria, tonto; girifalte, halcón grande; marimanta, espantajo para asustar niños; sacre y tagarote, subespecies del halcón.

<sup>32</sup> Pihuelas, correas para guarnecer y asegurar las patas de los halcones; capirote, caperuza que se pone a las aves.

<sup>33</sup> Trampantojos, enredo para engañar; boreales, de zona del extremo norte de Europa.

<sup>34</sup> Sardanapalo y Heliogábalo, glotones famosos de la antigüedad.

De éste, el pobre caballero  
dice que viene en alcance,  
revolviendo las provincias  
y trasegando los mares;

que, para hallarlo, de Plinio<sup>35</sup>  
un itinerario trae,  
y un mandamiento de Apolo,  
con las señas de *rara avis*.

¿No echas de ver, peregrino,  
que el Fénix sin semejante  
es de Plinio la mentira  
que de sí misma renace?

En fin, hasta aquí es nonada,  
pues nunca falta quien cante  
*daca el Fénix, toma el Fénix*,  
en cada esquina de calle.

Lo mejor es que es a mí  
a quien quiere encenizarme,  
o enfenizarme, supuesto  
que allá uno y otro se sale;

dice que yo soy la Fénix  
que, burlando las edades,

<sup>35</sup> Plinio, el Viejo, escritor romano polifacético, del siglo I de nuestra era, alude también a la leyenda del Ave Fénix.

ya se vive, ya se muere,  
ya se entierra, ya se nace;

la que hace de cuna y tumba  
diptongo tan admirable,  
que la mece renacida  
la que la guardó cadáver;

la que en fragantes incendios  
de las gomas más süaves,  
es parecer consumirse  
volver a vivificarse;

la mayorazga del Sol,  
que cuando su pompa esparce,  
le engasta Ceilán el pico,  
le enriza Ofir el plumaje;<sup>36</sup>

la que mira con zafiros,  
la que vuela con diamantes,  
la que pica con rubíes  
y respira suavidades;

la que Átropos y Laquesis<sup>37</sup>  
es de su vital estambre,  
pues es la que corta el hilo  
y la que vuelve a enhebrarle;

<sup>36</sup> La región de Ceilán produce zafiros; la de Ofir, oro.

<sup>37</sup> Átropos y Laquesis, nombre de dos Parcas.

que yo soy, jurado Apolo,  
 la que vive de portante,  
 y en la vida, como en venta,  
 ya se mete, ya se sale;

que es Arabia la feliz  
 donde sucedió a mi madre  
 mala noche y parir hija,  
 según dicen los refranes

(refranes dije, y es què  
 me lo rogó el consonante,  
 y porque hay regla que dice:  
*pro singulari plurale*);<sup>38</sup>

en fin, donde le pasó  
 la rota de Roncesvalles,<sup>39</sup>  
 aunque quien nació de nones  
 non debiera tener Pares;

que yo soy la que andar suele  
 en símiles elegantes,  
 abultando los renglones  
 y engalando romances.

Él lo dice, y de manera  
 eficaz lo persüade,

<sup>38</sup> *Pro singulari plurale*, “plural en vez de singular”.

<sup>39</sup> La derrota de Roncesvalles alude a Carlo Magno y los Doce Pares de Francia.

que casi estoy por creerlo,  
y de afirmarlo por casi.

¿Que fuera, que fuera yo,  
y no lo supiera antes?  
¿Pues quién duda que es el Fénix  
el que menos de sí sabe?

Por Dios, yo lo quiero ser,  
y pésele a quien pesare;  
pues de que me queme yo,  
no es razón que otro se abraze.

Yo no pensaba en tal cosa;  
mas si él gusta gradüarme  
de Fénix, ¿he de echar yo  
aqueste honor en la calle?

¿Qué mucho que yo lo admita,  
pues nadie puede espantarse  
de que haya quien se enfenice  
cuando hay quien se ensalamandre?

Y de esto segundo, vemos  
cada día los amantes  
al incendio de unos ojos  
consumirse sin quemarse.

Pues luego no será mucho,  
ni cosa para culparme,

si hay salamandras barbadas,  
que haya Fénix que no barbe.

Quizá por eso nací  
donde los rayos solares  
me mirasen de hito en hito,  
no bizcos, como a otras partes.

Lo que me ha dado más gusto  
es ver que, de aquí adelante,  
tengo solamente yo  
de ser todo mi linaje.

¿Hay cosa como saber  
que ya dependo de nadie,  
que he de morirme y vivirme  
cuando a mí se me antojare;

que no soy término ya  
de relaciones vulgares,  
ni ha de cansarme el pariente  
ni molestarme el compadre;

que yo soy toda mi especie  
y que a nadie he de inclinarme,  
pues cualquiera debe sólo  
amar a su semejante;

que al médico no he de ver  
hacer juicio de mi achaque,

pagándole el que me cure  
tanto como el que me mate;

que mi tintero es la hoguera  
donde tengo de quemarme,  
supliendo los algodones  
por aromas orientales;

que las plumas con que escribo  
son las que al viento se batan,  
no menos para vivirme  
que para resucitarme;

que no he de hacer testamento,  
ni cansarme en *ítem más*<sup>40</sup>  
ni inventario, pues yo misma  
he de volver a heredarme?

Gracias a Dios que ya no  
he de moler chocolate,  
ni me ha de moler a mí  
quien viniere a visitarme;

ya, con estas buenas nuevas,  
de hoy más tengo de estimarme,  
y de etiquetas de Fénix  
no he de perder un instante;

<sup>40</sup> En lenguaje notarial, cuando se añade un nuevo párrafo a un mismo asunto, se inicia con *ítem más*.

ni tengo ya de sufrir  
que en mí los poetas hablen,  
ni ha de verme de sus ojos  
el que no me lo pagare.

¡Cómo! ¿Eso se querían,  
tener al Fénix de balde?  
¿Para qué tengo yo pico,  
sino para despícarme?

¡Qué dieran los saltimbancos  
a poder, por agarrarme  
y llevarme, como monstruo,  
por esos andurriales

de Italia y Francia, que son  
amigas de novedades  
y que pagaran por ver  
la cabeza del gigante,

diciendo: “Quien ver el Fénix  
quisiere, dos cuartos pague,  
que lo muestra maese Pedro  
en la posada de Jaques”!

¡Aquesto no! No os veréis  
en ese Fénix, bergantes;  
que por eso está encerrado  
debajo de treinta llaves.

Y supuesto, caballero,  
que a costa de mil afanes,  
en la invención de la Cruz  
vos la del Fénix hallasteis,

por modo de privilegio  
de inventor, quiero que nadie  
pueda, sin vuestra licencia  
a otra cosa compararme.

## 6

Allá va, aunque no debiera,  
incógnito señor mío,  
la respuesta de portante  
a los versos de camino.

No debiera: porque cuando  
se oculta el nombre, es indicio  
que no habéis querido ser  
hombre de nombre conmigo;

por lo cual fallamos què  
fuera muy justo castigo,  
sin perdonaros por pobre,  
dejaros por escondido.

Pero el diablo del romance  
tiene, en su oculto artificio,

en cada copla una fuerza  
y en cada verso un hechizo;

tiene un agrado tirano,  
que, en lo blando del estilo,  
el que suena como ruego  
apremia como dominio;

tiene una virtud, de quien  
el vigor penetrativo  
se introduce en las potencias,  
sin pasar por los sentidos;  
tiene una altiva humildad,  
que con estruendo sumiso  
se rinde, para triunfar  
con las galas de rendido;

tiene qué sé yo qué hierbas,  
qué conjuros, qué exorcismos,  
que ni las supo Medea<sup>41</sup>  
ni Tesalia las ha visto;<sup>42</sup>

tiene unos ciertos sonsaques,  
instrumentos atractivos,  
garfios del entendimiento  
y del ingenio gatillos,

<sup>41</sup> Medea, famosa hechicera de la antigüedad.

<sup>42</sup> Tesalia, tierra de hechicería.

que al raigón más encarnado  
del dictamen más bien fijo  
que haya, de callar, harán  
salir la muela y el grito.

Por esto, como forzada,  
sin saber lo que me digo,  
os respondo, como quièn  
escribe sin albedrío.

Vi vuestro romance, y  
una vez y otras mil visto,  
por mi fe jurada, què  
juzgo que no habla conmigo:

porque yo bien me conozco,  
y no soy por quien se dijo  
aquello de haber juntado  
milagros y basiliscos.<sup>43</sup>

Verdad es que acá a mis solas,  
en unos ratos perdidos,  
a algunas vueltas de cartas  
borradas, las sobre-escribo,

y para probar las plumas,  
instrumentos de mi oficio,

<sup>43</sup> Milagros y basiliscos, quizá juntar cosas dispares y prodigiosas, como si dijéramos milagro que sana; basilisco, monstruo que mata.

hice versos, como quièn  
hace lo que hacer no quiso.

Pero esto no pasó dè  
consultar acá conmigo  
si podré entrar por fregona  
de las madamas del Pindo,<sup>44</sup>

y si beber merecía  
de los cristales nativos  
castalios, que con ser agua<sup>45</sup>  
tienen efectos de vino,

pues luego al punto levantan  
unos flatos tan nocivos  
que, dando al seso vaivenes,  
hacen columpiar el juicio,

de donde se ocasionaron  
los traspieses que dio Ovidio,  
los tropezones de Homero,  
los váguidos de Virgilio

y de todos los demás  
que, fúnebres o festivos,  
conforme les tomó el numen,  
han mostrado en sus escritos.

<sup>44</sup> Fregona de las madamas del Pindo, ayudante de cocina en el palacio de las Musas.

<sup>45</sup> Castalio, de la fuente Castalia, consagrada a las Musas.

Entre cuyos jarros yo  
busqué, por modo de vicio,  
si les sobraba algún trago  
del alegre bebedizo,

y (si no me engaño) hallé  
en el asiento de un vidrio,  
de una mal hecha infusión  
los polvos mal desleídos.

No sé sobras de quién fueron;  
pero, según imagino,  
fueron de un bribón aguado,  
pues hace efectos tan fríos.

Versifico desde entonces  
y desde entonces poetizo,  
ya en demócritis risadas,  
ya en heráclitos gemidos.

Consulté a las Nueve Hermanas,  
que con sus flautas y pitos  
andan, de una en otra edad,  
alborotando los siglos.

Híceles mi invocación,  
tal cual fue Apolo servido,  
con necesitadas plagas  
y con clamores mendigos;

y ellas, con piedad de verme  
tan hambrienta de ejercicios,  
tan sedienta de conceptos  
y tan desnuda de estilos,

ejercitaron las obras,  
que nos pone el catecismo,  
de misericordia, viendo  
que tanto las necesito.

Diome la madama Euterpe  
un retazo de Virgilio,  
que cercenó desvelado  
porque lo escribió dormido;

Talía me dio unas nesgas  
que sobraron de un corpiño  
de una tabernaria escena,  
cuando la ajustó el vestido;

Melpómene, una bayeta  
de una elegía que hizo  
Séneca, que a Héctor sirvió  
de funesto frontispicio;

Urania, musa estrellera,<sup>46</sup>  
un astrolabio, en que vido

<sup>46</sup> Euterpe, la musa bucólica; Talía, musa dramática; Melpómene, musa elegíaca o trágica; Urania, musa estrellera o de astronomía; Nesga, triángulo de tela que se intercala en una ropa para darle el vuelo preciso.

las maulas de los planetas<sup>47</sup>  
y las tretas de los signos;  
y así, todas las demás  
que, con pecho compasivo,  
vestir al soldado pobre  
quisieron jugar conmigo.

Ya os he dicho lo que soy,  
ya he contado lo que he sido;  
no hay más que lo dicho, si  
en algo vale mi dicho.

Conque se sigue que no  
puedo ser objeto digno  
de los tan mal empleados  
versos, cuanto bien escritos.

Y no es humildad, porque  
no es mi genio tan bendito  
que no tenga más filaucia<sup>48</sup>  
que cuatrocientos Narcisos;

mas no es tan desbaratado,  
aunque es tan desvanecido,  
que presuma que merece  
lo que nadie ha merecido.

<sup>47</sup> Maula, treta.

<sup>48</sup> Filaucia, amor propio o vana complacencia en las propias dotes.

De vuestra alabanza objeto  
no encuentro, en cuantos he visto,  
quien pueda serlo, si ya  
no se celebrare él mismo.

Si Dios os hiciera humilde  
como tan discreto os hizo,  
y os ostenterais de claro  
como campáis de entendido,

yo en mi lógica vulgar  
os pusiera un silogismo  
que os hiciera confesar  
que ése fue solo el motivo,

y que cuando en mí empleáis  
vuestro ingenio peregrino,  
es manifestar el vuestro  
más que celebrar el mío.

Conque quedándose en vos  
lo que es sólo de vos digno,  
es una acción inmanente  
como verbo intransitivo;

y así, yo no os lo agradezco,  
pues sólo quedo, al oíros,  
deudora de lo enseñado,  
pero no de lo aplaudido.

Y así, sabed que no estorba  
el curioso laberinto  
en que Dédalo escribano<sup>49</sup>  
vuestro nombre ocultar quiso:

pues aunque quedó encerrado,  
tiene tan claros indicios,  
que si no es el *Mino Tauro*,  
se conoce el *Paulo minus*.

Pues si la combinatoria,  
en que a veces kirkerizo,<sup>50</sup>  
en el cálculo no engaña  
y no yerra en el guarismo,

uno de los anagramas  
que salen con más sentido,  
de su volumosa suma  
que ocupara muchos libros,

dice... ¿Dirélo? Mas temo  
que os enojaréis conmigo,  
si del título os descubro  
la fe, como del bautismo.

<sup>49</sup> Dédalo escribano. Como Dédalo trazó el laberinto de Creta con muros, este anónimo autor lo trazó con líneas escritas; aquél encerraba al Minotauro, de la fábula, éste al *Paulo Minus* o al “Poco menos”; doble juego de palabras de sor Juana.

<sup>50</sup> Kirkerizar, verbo acuñado por sor Juana, que significa seguir la combinación de sílabas y números que enseña el padre Anastasio Kircher o *Kirkerius* en latín, autor muy leído y admirado por la monja.

Mas ¿cómo podré callarlo,  
 si ya he empezado a decirlo,  
 y un secreto ya revuelto  
 puede dar un tabardillo?<sup>51</sup>

Y así, para no tenerle,  
 diré lo que dice, y digo  
 que es el *Conde de la Granja*.  
*Laus Deo*. Lo dicho, dicho.

## 7

¿Cuándo, númenes divinos,  
 dulcísimos cisnes, cuándo<sup>52</sup>  
 merecieron mis descuidos  
 ocupar vuestros cuidados?

¿De dónde a mí tanto elogio?  
 ¿De dónde a mí encomio tanto?  
 ¿Tanto pudo la distancia  
 añadir a mi retrato?

¿De qué estatura me hacéis?  
 ¿Qué coloso habéis labrado,

<sup>51</sup> Tabardillo, virus o tifus exantemático.

<sup>52</sup> Númenes... cisnes, se refiere a los poetas y escritores de Europa que han alabado los poemas de sor Juana. Poco después de su muerte (1695), varios de ellos escriben poemas, aprobaciones e incluso una primera biografía, como lo vemos en *Fama y obras posthumas*, editada por don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, Madrid, en 1700.

que desconoce la altura  
del original lo bajo?

No soy yo lo que pensáis,  
si no es que allá me habéis dado  
otro ser en vuestras plumas  
y otro aliento en vuestros labios,

y diversa de mí misma  
entre vuestras plumas ando,  
no como soy, sino como  
quisisteis imaginarlo.

A regiros por informes,  
no me hiciera asombro tanto,  
que ya sé cuánto el afecto  
sabe agrandar los tamaños.

Pero si de mis borrones  
visteis los humildes rasgos,  
que del tiempo más perdido  
fueron ocios descuidados,

¿qué os pudo mover a aquellos  
mal merecidos aplausos?  
¿Así puede a la verdad  
arrastrar lo cortesano?

¿A una ignorante mujer,  
cuyo estudio no ha pasado

de ratos, a la precisa  
ocupación mal hurtados;

a un casi rústico aborto  
de unos estériles campos  
que el nacer en ellos yo  
los hace más agostados;

a una educación inculta,  
en cuya infancia ocuparon  
las mismas cogitaciones  
el oficio de los ayos,

se dirigen los elogios  
de los ingenios más claros  
que en púlpitos y en escuelas  
el mundo venera sabios?

¿Cuál fue la ascendente estrella  
que, dominando los astros,  
a mí os ha inclinado, haciendo  
lo violento voluntario?

¿Qué mágicas infusiones  
de los indios herbolarios  
de mi patria, entre mis letras  
el hechizo derramaron?

¿Qué proporción de distancia,  
el sonido modulando

de mis hechos, hacer hizo  
cónsono lo destemplado?

¿Qué siniestras perspectivas  
dieron aparente ornato  
al cuerpo compuesto sólo  
de unos mal distintos trazos?

¡Oh cuántas veces, oh cuántas,  
entre las ondas de tantos  
no merecidos loores,  
elogios mal empleados;

oh cuántas, encandilada  
en tanto golfo de rayos,  
o hubiera muerto Faetonte  
o Narciso peligrado,<sup>53</sup>

a no tener en mí misma  
remedio tan a la mano  
como conocerme, siendo  
lo que los pies para el pavo!<sup>54</sup>

Vergüenza me ocasionáis  
con haberme celebrado,  
porque sacan vuestras luces  
mis faltas más a lo claro.

<sup>53</sup> Personajes mitológicos: Faetonte, que sucumbre por su temeridad y soberbia; Narciso, que muere ahogado cuando por vanidad abraza la propia imagen en un lago.

<sup>54</sup> El pavo se engríe por su plumaje espléndido, pero se siente humillado por sus patas toscas, como se narra en la fábula de Fedro.

Cuando penetrar el sol  
intenta cuerpos opacos,  
el que piensa beneficio  
suele resultar agravio:

porque densos y groseros,  
resistiendo en lo apretado  
de sus tortuosos poros  
la intermisión de los rayos,

y admitiendo solamente  
el superficial contacto,  
sólo de ocasionar sombras  
les sirve lo iluminado.

Bien así, a la luz de vuestros  
panegíricos gallardos,  
de mis oscuros borrones  
quedan los disformes rasgos.

Honoríficos sepulcros  
de cadáveres helados,  
a mis conceptos sin alma  
son vuestros encomios altos:

elegantes panteones,  
en quienes el jaspe y mármol  
regia superflua custodia  
son de polvo inanimado.

Todo lo que se recibe  
no se mensura al tamaño  
que en sí tiene, sino al modo  
que es del recipiente vaso.

Vosotros me concebisteis  
a vuestro modo, y no extraño  
lo grande: que esos conceptos  
por fuerza han de ser milagros.

La imagen de vuestra idea  
es la que habéis alabado;  
y siendo vuestra, es bien digna  
de vuestros mismos aplausos.

Celebrad ese, de vuestra  
propia aprehensión, simulacro,  
para que en vosotros mismos  
se vuelva a quedar el lauro.

Si no es que el sexo ha podido  
o ha querido hacer, por raro,  
que el lugar de lo perfecto  
obtenga lo extraordinario;

mas a esto solo, por premio  
era bastante el agrado,  
sin desperdiciar conmigo  
elogios tan empeñados.

Quien en mi alabanza viere  
 ocupar juicios tan altos,  
 ¿qué dirá, sino que el gusto  
 tiene en el ingenio mando?...

## 8

Lámina sirva el cielo al retrato,  
 Lísida, de tu angélica forma;<sup>55</sup>  
 cálamos forme el sol de sus luces;  
 sílabas las estrellas compongan.

Cárceles tu madeja fabrica:  
 Dédalo que sutilmente forma  
 vínculos de dorados Ofires,<sup>56</sup>  
 Tíbares de prisiones gustosas.

Hécate, no triforme, mas llena,<sup>57</sup>  
 pródiga de candores asoma;  
 trémula no en tu frente se oculta,  
 fúlgida su esplendor desemboza.

Círculo dividido en dos arcos,  
 pérsica forman lid belicosa;

<sup>55</sup> Lísida, uno de los nombres de cariño que da sor Juana a la virreina María Luisa, junto con Lysi, Lisis, Filis, etcétera, como se hacía en la poesía pastoril.

<sup>56</sup> Tíbar, región que producía oro muy fino. Tíbar, tierra famosa por su oro, citada varias veces en la Escritura: 1 Cr 29, 4; Job 22,24; Sal 45,9.

<sup>57</sup> Hécate, la luna, "triforme", por sus fases, pero tratándose de Lísida, siempre llena.

áspides que por flechas disparas,  
víboras de halagüeña ponzoña.

Lámparas, tus dos ojos, febeas<sup>58</sup>  
súbitos resplandores arrojan:  
pólvora que, a las almas que llega,  
tórridas, abrasadas transforma.

Límite de una y otra luz pura,  
último, tu nariz judiciosa,  
árbitro es entre dos confinantes,  
máquina que divide una y otra.

Cátedras del Abril, tus mejillas,  
clásicas dan a Mayo, estudiosas,  
métodos a jazmines nevados,  
fórmula rubicunda a las rosas.

Lágrimas del aurora congela,  
búcaro de fragancias, tu boca:  
rúbrica con carmines escrita,  
cláusula de coral y de aljófár.

Cóncavo es, breve pira, en la barba,  
pórfido en que las almas reposan:  
túmulo les eriges de luces,  
bóveda de luceros las honra.

<sup>58</sup> Febeas, de Febo, el sol.

Tránsito a los jardines de Venus,  
 órgano es de marfil, en canora  
 música, tu garganta, que en dulces  
 éxtasis aun al viento aprisiona.

Pámpanos de cristal y de nieve,  
 cándidos tus dos brazos, provocan  
 Tántalos, los deseos ayunos:<sup>59</sup>  
 míseros, sienten frutas y ondas.

Dátiles de alabastro tus dedos,  
 fértiles de tus dos palmas brotan,  
 frígidos si los ojos los miran,  
 cálidos si las almas los tocan.

Bósforo de estrechez tu cintura,  
 cingulo ciñe breve por zona;  
 rígida, si de seda, clausura,  
 músculos nos oculta ambiciosa.

Cúmulo de primores tu talle,  
 dóricas esculturas asombra:  
 jónicos lineamientos desprecia,  
 émula su labor de sí propia.

Móviles pequeñeces tus plantas,  
 sólidos pavimentos ignoran;

<sup>59</sup> Tántalo, personaje mitológico condenado al hambre de la manzana y a la sed de la fuente, que nunca puede satisfacer aunque estén al alcance de su mano.

mágicos que, a los vientos que pisan,  
tósigos de beldad inficionan.

Plátano tu gentil estatura,<sup>60</sup>  
flámula es, que a los aires tremola:  
ágiles movimientos, que esparcen  
bálsamo de fragantes aromas.

Índices de tu rara hermosura,  
rústicas estas líneas son cortas;  
cítara solamente de Apolo  
méritos cante tuyos, sonora.

## 9

A Belilla pinto  
(tengan atención),  
porque es de la carda,  
por el cardador.<sup>61</sup>

Del pelo el esquilmo,  
mejor que Absalón,  
se vende por oro,  
con ser de vellón.

En su frente lisa  
Amor escribió,

<sup>60</sup> Plátano, árbol alto y frondoso de Europa.

<sup>61</sup> Cardador, el que carda la lana. Carda, varias significaciones: ritmo del romancillo o endecha, acción de cardar o también cuadrilla de pícaros.

y dejó las cejas  
a plana renglón.

Los ojos rasgados,  
de *ábate que voy*,<sup>62</sup>  
y luego unas niñas  
de *librenos Dios*.

Con tener en todo  
tan grande sazón,  
sólo las mejillas  
se quedan en flor.

Ámbar es y algalia<sup>63</sup>  
la respiración,  
y así las narices  
andan al olor.

De los lacticinios  
nunca se guardó,  
pues siempre en su cuello  
se halla requesón.

Es tan aseada  
que, sin prevención,  
en sus manos siempre  
está el almidón.

<sup>62</sup> Ábate que voy, "Quítate que voy", como en los juegos de niños.

<sup>63</sup> Ámbar y algalia, perfumes exquisitos.

Talle más estrecho  
que la condición  
de cierta persona  
que conozco yo.

Pie a quien de tan poco  
sirve el calzador,  
que aun el poleví<sup>64</sup>  
tiene por ramplón.

Éste, de Belilla  
no es retrato, no;  
ni bosquejo, sino  
no más de un borrón.

## 10

Agrísima Gila,  
que en lugar de dar  
confites al gusto,  
dentera le das:

por San Juan de Lima  
te quiero pintar,  
por que entre tus agros  
tengas éste más.

<sup>64</sup> Poleví, palabra de origen francés para indicar tacón elegante cubierto de piel que usaban damas de alcurnia.

El ámbar y mirra  
 en tu pelo está  
 derretido: mira  
 si amargo será.

Tu frente el jazmín  
 pretende afectar,  
 pero al fin se sale  
 con ello el azahar.

La tinta a tus cejas  
 el color les da,  
 con que a alcaparrosa  
 y agallas sabrán.<sup>65</sup>

Son aceitunados  
 tus ojos, y están  
 bien aderezados  
 de orégano y sal.

Quiso a tus mejillas  
 teñir un lagar;  
 mas, como eres niña,  
 se quedó en agraz.

El carmín más vivo  
 en tu boca está,  
 a la vista hermoso  
 y amargo al gustar.

<sup>65</sup> Alcaparrosa y agallas, ingredientes de la tinta.

Tu cándido cuello  
tan nevado está,  
que sobre el limón  
se puso la sal.

De cuajada leche  
tus manos serán,  
de la que al sereno  
se pasó a acedar.

Al coturno de oro  
los ojos se van,  
mas se experimenta  
píldora al tragar.

Si este tu retrato  
muy agro no está,  
ponle tú la hiel  
de tu natural.

## 11

Me acerco y me retiro:  
¿quién sino yo hallar puedo  
a la ausencia en los ojos,  
la presencia en lo lejos?

Del desprecio de Filis,<sup>66</sup>  
 infelice, me ausento.  
 ¡Ay de aquel en quien es  
 aun pérdida el desprecio!

Tan atento la adoro  
 que, en el mal que padezco,  
 no siento sus rigores  
 tanto como el perderlos.

No pierdo, al partir, sólo  
 los bienes que poseo,  
 si en Filis, que no es mía,  
 pierdo lo que no pierdo.

¡Ay de quien un desdén  
 lograba tan atento,  
 que por no ser dolor  
 no se atrevió a ser premio!

Pues viendo, en mi destino,  
 preciso mi destierro,  
 me desdeñaba más  
 por que perdiera menos.

¡Ay! ¿Quién te enseñó, Filis,  
 tan primoroso medio:

<sup>66</sup> Filis, otro nombre de cariño que sor Juana da a la virreina María Luisa Manrique de Lara.

vedar a los desdenes  
el traje del afecto?

A vivir ignorado  
de tus luces, me ausento,  
donde ni aun mi mal sirva  
a tu desdén de obsequio.

## 12

Con los héroes a Elvira  
mi amor retrata,  
para que la pintura  
valiente salga.

Ulises es su pelo,  
con Alejandro:<sup>67</sup>  
porque es sutil el uno,  
y el otro largo.

Un Colón es su frente  
por dilatada,  
porque es quien su imperio  
más adelanta.

A Cortés y Pizarro  
tiene en las cejas,

<sup>67</sup> Ulises, por lo sutil y delgado, Alejandro (Magno), por lo generoso y "largo".

porque son sus divisas  
medias esferas.

César son y Pompeyo  
sus bellos ojos,  
porque hay guerras civiles  
del uno al otro.

Es su proporcionada  
nariz hermosa  
Anibal, porque siempre  
se opone a Roma.

Alencastro y Ayorque<sup>68</sup>  
son sus mejillas,  
porque mezcladas rosas  
son sus divisas.

A su boca no hay héroe,  
porque no encuentro  
con alguno que tenga  
tan buen aliento.

Es su bien torneado  
cándido cuello,  
Hércules, pues él solo  
sustenta el cielo.

<sup>68</sup> Alencastro y Ayorque aluden a la guerra británica de las dos rosas, la roja de la casa de Lancaster y la blanca, de York.

De Scévola las manos,<sup>69</sup>  
aunque nevadas,  
son: pues en ellas siempre  
tiene las brasas.

Los pies, si es que los tiene,  
nunca los vide;  
y es que nunca a un valiente  
los pies le sirven.

### 13

Divino dueño mío:  
si, al tiempo de apartarme,  
tiene mi amante pecho  
alientos de quejarse,  
oye mis penas, mira mis males.

Aliéntese el dolor,  
si es que puede alentarse;  
y, a vista de perderte,  
mi corazón exhale  
llanto a la tierra, quejas al aire.

Apenas de tus ojos  
quise al sol elevarme,  
cuando mi precipicio  
da, en sentidas señales,  
venganza al fuego, nombre a los mares.

<sup>69</sup> Cayo Mucio Scévola tomó las brasas en la mano para castigarla por no haber dado muerte al rey de Etruria, Porsena, que asediaba a Roma.

Apenas tus favores  
quisieron coronarme,  
dichoso más que todos,  
felice como nadie,  
cuando los gustos fueron pesares.

Sin duda el ser dichoso  
es la culpa más grave,  
pues mi fortuna adversa  
dispone que la pague  
con que a mis ojos tus luces falten.

¡Ay, dura ley de ausencia!,  
¿quién podrá derogarte,  
si adonde yo no quiero  
me llevas, sin llevarme,  
con alma muerto, vivo cadáver?

Será de tus favores  
sólo el corazón cárcel,  
por ser aun el silencio,  
si quiero que los guarde,  
custodio indigno, sigilo frágil.

Y puesto que me ausento,  
por el último *vale*  
te prometo, rendido,  
con fe y amor constante,  
siempre quererte, nunca olvidarte.

14

Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis:

si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
¿por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia  
y luego, con gravedad,  
decís que fue liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo:

Queréis, con presunción necia,  
hallar a la que buscáis,  
para pretendida, Thais,  
y en la posesión, Lucrecia.<sup>70</sup>

¿Qué humor puede ser más raro  
que el que, falto de consejo,

<sup>70</sup> Thais, cortesana fácil; Lucrecia, matrona recatada.

él mismo empaña el espejo,  
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual,  
quejándoos si os tratan mal,  
burlándoos si os quieren bien.

Opinión, ninguna gana;  
pues la que más se recata,  
si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis  
que, con desigual nivel,  
a una culpáis por crüel  
y a otra por fácil culpáis.

Pues *¿cómo* ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata, ofende,  
y la que es fácil, enfada?

Mas, entre el enfado y pena  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere,  
y quejáos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas  
a sus libertades alas,

y después de hacerlas malas  
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada:  
la que cae de rogada,  
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga:  
la que peca por la paga,  
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?  
Queredlas cual las hacéis  
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,  
y después, con más razón,  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa e instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.

## 15

Cogióme sin prevención  
 Amor, astuto y tirano:  
 con capa de cortesano  
 se me entró en el corazón.  
 Descuidada la razón  
 y sin armas los sentidos,  
 dieron puerta, inadvertidos;  
 y él, por lograr sus enojos,  
 mientras suspendió los ojos  
 me salteó los oídos.

Disfrazado entró y mañoso;  
 mas ya que dentro se vio  
 del Paladión, salió<sup>71</sup>  
 de aquel disfraz engañoso;  
 y, con ánimo furioso,  
 tomando las armas luego,  
 se descubrió astuto griego  
 que, iras brotando y furores,  
 matando los defensores,  
 puso a toda el Alma fuego.

Y buscando sus violencias  
 en ella al Príamo fuerte,<sup>72</sup>  
 dio al Entendimiento muerte,  
 que era rey de las potencias;

<sup>71</sup> Paladión, el caballo de Troya.

<sup>72</sup> Príamo, rey de Troya.

y sin hacer diferencias  
de real o plebeya grey,  
haciendo general ley  
murieron a sus puñales  
los discursos racionales,  
porque eran hijos del rey.

A Casandra su fiereza<sup>73</sup>  
buscó, y con modos tiranos,  
ató a la Razón las manos,  
que era del Alma princesa.  
En prisiones su belleza  
de soldados atrevidos,  
lamenta los no creídos  
desastres que adivinó,  
pues por más voces que dio  
no la oyeron los sentidos.

Todo el palacio abrasado  
se ve, todo destruido;  
Deifobo allí mal herido,  
aquí Paris maltratado.  
Prende también su cuidado  
la modestia en Policena;<sup>74</sup>  
y en medio de tanta pena,  
tanta muerte y confusión,

<sup>73</sup> Casandra, Hermana de Héctor e hija de Príamo, a la que Apolo había agraciado con el don de la profecía.

<sup>74</sup> Deifobo, Paris y Polixena, hijos de Príamo.

a la ilícita afición  
sólo reserva en Elena.<sup>75</sup>

Ya la ciudad, que vecina  
fue al cielo, con tanto arder,  
sólo guarda de su ser  
vestigios, en su ruina.  
Todo el Amor lo extermina;  
y con ardiente furor,  
sólo se oye, entre el rumor  
con que su crueldad apoya:  
“Aquí yace un Alma Troya.  
¡Victoria por el Amor!”

## 16

Tersa frente, oro el cabello,  
cejas arcos, zafir ojos,  
bruñida tez, labios rojos,  
nariz recta, ebúrneo cuello;  
talle airoso, cuerpo bello,  
cándidas manos en qué  
el cetro de Amor se ve,  
tiene Fili;<sup>76</sup> en oro engasta  
pie tan breve, que no gasta  
ni un pie.

<sup>75</sup> Elena, amante de Paris y causa de la guerra de Troya.

<sup>76</sup> Fili, otro de los nombres cariñosos que sor Juana da a la virreina María Luisa, al estilo de las poesías bucólicas.

## 17

Inés, cuando te riñen por *bellaca*,  
para disculpas no te falta *achaque*,  
porque dices que traque y que *barraque*,<sup>77</sup>  
con que sabes muy bien tapar la *caca*.

Si coges la parola, no hay *urraca*  
que así la gorja de mal año *saque*;  
y con tronidos, más que un *triquitraque*,  
a todo el mundo aturdes cual *matraca*.

Ese bullicio todo lo *trabuca*,  
ese embeleso todo lo *embeleca*;  
mas aunque eres, Inés, tan mala *cuca*,

sabe mi amor muy bien lo que se *peca*:  
y así con tu afición no se *embabuca*,  
aunque eres zancarrón, y yo de *Meca*.<sup>78</sup>

## 18

Inés, yo con tu amor me *refocilo*,  
y viéndome querer me *regodeo*;

<sup>77</sup> Que traque y que barraque, dicho popular para significar “a todo tiempo y motivo”.

<sup>78</sup> Hay un juego de conceptos y de palabras de sor Juana en esta poesía de travesura: Aunque eres zancarrón, es decir, un hueso por lo flaca; pero se sobreentendía en aquella época también “el zancarrón de Mahoma”; yo de Meca alude a la meca musulmana y a su pueblo de Amecameca.

en mirar tu hermosura me *recreo*,  
y cuando estás celosa me *reguilo*;<sup>79</sup>

si a otro miras, de celos me *aniquilo*,  
y tiemblo de tu gracia y tu *meneo*;  
porque sé, Inés, que tú con un *voleo*  
no dejarás humor ni aun para *quilo*.

Cuando estás enojada no *resuello*,  
cuando me das picones me *refino*,<sup>80</sup>  
cuando sales de casa no *reposito*;  
y espero, Inés, que entre esto y entre *aquello*,

tu amor, acompañado de mi *vino*,  
dé conmigo en la cama o en el *coso*.<sup>81</sup>

## 19

Aunque presumes, Nise, que soy *tosco*  
y que, cual palomilla, me *chamusco*,  
yo te aseguro que tu luz no *busco*,  
porque ya tus engaños *reconozco*.

y así, aunque en tus enredos más me *embosco*,  
muy poco viene a ser lo que me *ofusco*,

<sup>79</sup> Reguilo, me regodeo o también tiemblo como reguilete.

<sup>80</sup> Picones, de "dar pique" o picar para provocar envidias.

<sup>81</sup> En la cama, por enfermo o en el coso, en la plaza de toros por borracho y valentón.

porque, si en el color soy algo *fusco*,<sup>82</sup>  
soy en la condición mucho más *hosco*.

Lo que es de tus picones, no me *rasco*;  
antes estoy con ellos ya tan *fresco*,  
que te puedo servir de helar un *frasco*:

que a darte nieve sólo me *entenezco*;  
y así, Nise, no pienses darme *chasco*,  
porque yo sé muy bien lo que me *pesco*.

## 20

Que no me quiera Fabio, al verse amado,  
es dolor sin igual en mi sentido;  
mas que me quiera Silvio, aborrecido,<sup>83</sup>  
es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado  
si siempre le resuenan al oído  
tras la vana arrogancia de un querido  
el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,  
a Fabio canso con estar rendida;  
si de éste busco el agradecimiento,

<sup>82</sup> Fusco, color moreno u oscuro.

<sup>83</sup> Fabio y Silvio, más que personas concretas, personificaciones en la poesía de sor Juana; aquel posible amante que no corresponde; éste, amante aborrecido.

a mí me busca el otro agradecida:  
 por activa y pasiva es mi tormento,  
 pues padezco en querer y en ser querida.

## 21

Amor empieza por desasosiego,  
 solicitud, ardores y desvelos;  
 crece con riesgos, lances y recelos;  
 susténtase de llantos y de ruego;

doctrínanle tibiezas y despego;  
 conserva el ser entre engañosos velos,  
 hasta que con agravios o con celos  
 apaga con sus lágrimas su fuego.

Su principio, su medio y fin es éste;  
 pues ¿por qué, Alcino, sientes el desvío  
 de Celia, que otro tiempo bien te quiso?<sup>84</sup>

¿Qué razón hay de que dolor te cueste?:  
 pues no te engañó Amor, Alcino mío,  
 sino llegó ya el término preciso.

<sup>84</sup> Alcino y Celia, personificación o ejemplificación para hablar racionalmente de los celos.

22

Mueran contigo, Laura, pues moriste,<sup>85</sup>  
los afectos que en vano te desean,  
los ojos a quien privas de que vean  
la hermosa luz que un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta en que influiste  
ecos, que lamentables te vocean,  
y hasta estos rasgos mal formados sean  
lágrimas negras de mi pluma triste.

Muévase a compasión la misma Muerte  
que, precisa, no pudo perdonarte;  
y lamente el Amor su amarga suerte,  
pues si antes, ambicioso de gozarte,  
deseó tener ojos para verte,  
ya le sirvieran sólo de llorarte.

23

¿Ves, caminante? En esta triste pira  
la potencia de Jove está postrada;  
aquí Marte rindió la fuerte espada;  
aquí Apolo rompió la dulce lira;

<sup>85</sup> Laura, nombre poético que sor Juana da a la virreina Leonor María Carreto que acaba de morir; ella la había invitado a vivir en palacio como dama de compañía.

aquí Minerva triste se retira,<sup>86</sup>  
 y, la luz de los astros eclipsada,  
 toda está en la ceniza venerada  
 del excelso Colón, que aquí se mira.

Tanto pudo la fama encarecerlo  
 y tanto las noticias sublimarlo,  
 que sin haber llegado a conocerlo

llegó con tanto extremo el reino a amarlo,  
 que muchos ojos no pudieron verlo,  
 mas ningunos pudieron no llorarlo.

## 24

El hijo que la esclava ha concebido,  
 dice el Derecho que le pertenece  
 al legítimo dueño que obedece  
 la esclava madre, de quien es nacido.

El que retorna el campo agradecido,  
 opimo fruto, que obediente ofrece,  
 es del señor, pues si fecundo crece,  
 se lo debe al cultivo recibido.

<sup>86</sup> Júpiter, Marte, Apolo y Minerva simbolizan, respectivamente, la Autoridad, la Milicia, el Arte y las Ciencias.

Así, Lisi divina, estos borrones<sup>87</sup>  
que hijos del alma son, partos del pecho,  
será razón que a ti te restituya;

y no lo impidan sus imperfecciones,  
pues vienen a ser tuyos de derecho  
los conceptos de un alma que es tan tuya.

## 25

La compuesta de flores maravilla,  
divina protectora americana,  
que a ser se pasa rosa mexicana,  
apareciendo rosa de Castilla;

la que en vez del Dragón (de quien humilla  
cerviz rebelde en Patmos), huella ufana,  
hasta aquí inteligencia soberana,  
de su pura grandeza pura silla;<sup>88</sup>

ya el Cielo, que la copia misterioso,  
segunda vez sus señas celestiales  
en guarismos de flores claro suma:  
pues no menos le dan traslado hermoso  
las flores de tus versos sin iguales,  
la maravilla de tu culta pluma.

<sup>87</sup> Lisi, María Luisa Manrique de Lara, marquesa de la Laguna, exvirreina de México, a quien sor Juana envía a España “sus papeles”, pues ella es su Mecenas.

<sup>88</sup> Pura silla, el ángel sobre el que pisa la Virgen le hace de silla de su pura grandeza.

## 26

Firma Pilatos la que juzga ajena  
sentencia, y es la suya. ¡Oh caso fuerte!  
¿Quién creará que, firmando ajena muerte,  
el mismo juez en ella se condena?

La ambición, de sí tanto le enajena,  
que con el vil temor, ciego, no advierte  
que carga sobre sí la infausta suerte  
quien al Justo sentencia a injusta pena.

¡Jueces del mundo, detened la mano!  
¡Aún no firméis! Mirad si son violencias  
las que os pueden mover, de odio inhumano.

Examinad primero las conciencias:  
¡mirad no haga el Juez recto y soberano  
que, en la ajena, firméis vuestras sentencias!

## 27

Si un pincel, aunque grande, al fin humano,  
pudo hacer tan bellísima pintura,  
que aun vista perspicaz en vano apura  
tus luces (o admirada, si no en vano),

el Autor de tu alma soberano,  
proporcionado campo a más hechura,

¿qué gracia pintaría, qué hermosura,  
el lienzo más capaz, mejor la mano?

¿Si estará ya en la esfera luminoso  
el pincel, de lucero gradüado,  
porque te amaneció, divina aurora?

¡Y cómo que lo está! Pero, quejoso,  
dice que ni aun la costa le han pagado:  
que gastó en ti más luz que tiene ahora.

## PRIMERO SUEÑO

(Fragmento)

Piramidal, funesta, de la tierra<sup>89</sup>  
nacida sombra, al cielo encaminaba  
de vanos obeliscos punta altiva,  
escalar pretendiendo las estrellas;  
si bien sus luces bellas,  
exentas siempre, siempre rutilantes,  
la tenebrosa guerra  
que con negros vapores le intimaba  
la pavorosa sombra fugitiva  
burlaban tan distantes,  
que su atezado ceño<sup>90</sup>  
al superior convexo aun no llegaba

<sup>89</sup> Piramidal... sombra que proyecta la Tierra hacia arriba teniendo debajo el sol.

<sup>90</sup> Atezado, oscuro.

del orbe de la diosa  
 que tres veces hermosa<sup>91</sup>  
 con tres hermosos rostros ser ostenta,  
 quedando sólo dueño  
 del aire que empañaba  
 con el aliento denso que exhalaba;  
 y en la quietud contenta  
 de imperio silencioso,  
 sumisas sólo voces consentía  
 de las nocturnas aves,  
 tan oscuras, tan graves,  
 que aun el silencio no se interrumpía.  
 Con tardo vuelo y canto, del oído  
 mal, y aun peor del ánimo admitido,  
 la avergonzada Nictimene acecha<sup>92</sup>  
 de las sagradas puertas los resquicios,  
 o de las claraboyas eminentes  
 los huecos más propicios  
 que capaz a su intento le abren brecha,  
 y sacrílega llega a los lucientes  
 faroles sacros de perenne llama  
 que extingue, si no infama,  
 el licor claro, la materia crasa  
 consumiendo; que el árbol de Minerva<sup>93</sup>  
 de su fruto, de prensas agravado,  
 congojoso sudó y rindió forzado.

<sup>91</sup> La diosa tres veces hermosa, la luna en sus tres fases, creciente, plenilunio y menguante.

<sup>92</sup> Nictimene, doncella de Lesbo, transformada en lechuza por haber profanado el lecho de su padre.

<sup>93</sup> El árbol de Minerva, el olivo.

Y aquellas que su casa  
campo vieron volver, sus telas hierba,  
a la deidad de Baco inobedientes<sup>94</sup>  
—ya no historias contando diferentes,  
en forma sí afrentosa transformadas—,  
segunda forman niebla,  
ser vistas aun temiendo en la tiniebla,  
aves sin plumas aladas:  
aquellas tres oficiosas, digo,  
atrevidas hermanas,  
que el tremendo castigo  
de desnudas les dio pardas membranas,  
Alas tan mal dispuestas  
que escarnio son aun de las más funestas.  
Éstos, con el parlero  
ministro de Plutón un tiempo, ahora<sup>95</sup>  
supersticioso indicio al agorero,  
solos la no canora  
componían capilla pavorosa,  
máximas, negras, longas entonando,  
y pausas más que voces, esperando  
a la torpe mensura perezosa  
de mayor proporción tal vez, que el viento  
con flemático echaba movimiento,  
de tan tardo compás, tan detenido,  
que en medio se quedó tal vez dormido.  
Este, pues, triste son intercadente

<sup>94</sup> A la deidad de Baco inobedientes, las tres hijas de Mineas transformadas en murciélagos por desobedecer al dios.

<sup>95</sup> El parlero ministro de Plutón, Ascálafo, convertido en búho por delatar a Proserpina, hija de Ceres.

de la asombrada turba temerosa,  
 menos a la atención solicitaba  
 que al sueño persuadía;  
 antes sí, lentamente,  
 su obtusa consonancia espaciada  
 al sosiego inducía  
 y al reposo los miembros convidaba,  
 el silencio intimando a los vivientes  
 (uno y otro sellando labio obscuro  
 con indicante dedo),  
 Harpócrates, la noche, silencioso;<sup>96</sup>  
 a cuyo, aunque no duro,  
 si bien imperioso  
 precepto, todos fueron obedientes.  
 El viento sosegado, el can dormido,  
 Éste yace, aquél quedo  
 los átomos no mueve,  
 con el susurro hacer temiendo leve,  
 aunque poco, sacrílego ruído,  
 violador del silencio sosegado.

[...]

El conticinio casi ya pasando<sup>97</sup>  
 iba, y la sombra dimidiaba, cuando  
 de las diurnas tareas fatigados  
 —y no sólo oprimidos  
 del afán ponderoso

<sup>96</sup> Harpócrates, dios egipcio que intimaba silencio llevándose el índice a la boca.

<sup>97</sup> Conticinio, hora de la noche en que todo está en silencio, de 2:40 a 4:50 horas, según Américo Carralde en *El eclipse del Sueño de Sor Juana*, p. 53.

del corporal trabajo, mas cansados  
del deleite también (que también cansa  
objeto continuado a los sentidos,  
aun siendo deleitoso:  
que la naturaleza siempre alterna  
ya una, ya otra balanza,  
distribuyendo varios ejercicios  
ya al ocio, ya al trabajo destinados,  
en el fiel infiel con que gobierna  
la aparatosa máquina del mundo)—;  
así pues, de profundo  
sueño dulce los miembros ocupados  
quedaron los sentidos  
del que ejercicio tienen ordinario  
(trabajo en fin, pero trabajo amado,  
si hay amable trabajo),  
si privados no, al menos suspendidos,  
y cediendo al retrato del contrario  
de la vida, que, lentamente armado,  
cobarde embiste y vence perezoso  
con armas soñolientas,  
desde el cayado humilde al cetro altivo,  
sin que haya distintivo  
que el sayal de la púrpura discierna,  
pues su nivel, en todo poderoso,  
gradúa por exentas  
a ningunas personas,  
desde la de a quien tres forman coronas  
soberana tñara,  
hasta la que pajiza vive choza;  
desde la que el Danubio undoso dora,

a la que junco humilde, humilde mora;  
y con siempre igual vara.  
(como, en efecto, imagen poderosa  
de la muerte) Morfeo  
el sayal mide igual con el brocado,  
El alma, pues, suspensa  
del exterior gobierno —en que, ocupada  
en material empleo,  
o bien o mal da el día por gastado—,  
solamente dispensa  
remota, si del todo separada  
no, a los de muerte temporal opresos  
lánguidos miembros, sosegados huesos,  
los gajes del calor vegetativo,  
el cuerpo siendo, en sosegada calma,  
un cadáver con alma,  
muerto a la vida y a la muerte vivo,  
de lo segundo dando tardas señas  
el de reloj humano  
vital volante que, si no con mano,  
con arterial concierto, unas pequeñas  
muestras, pulsando, manifiesta lento  
de su bien regulado movimiento.  
Este, pues, miembro rey y centro vivo  
de espíritus vitales,  
con su asociado respirante fuelle  
—pulmón, que imán del viento es atractivo,  
que en movimientos nunca desiguales.  
o comprimiendo ya, o ya dilatando  
el musculoso, claro arcaduz blando,  
hace que en él resuelle

el que le circunscribe fresco ambiente  
que impele ya caliente,  
y él venga su expulsión haciendo, activo,  
pequeños robos al calor nativo,  
algún tiempo llorados,  
nunca recuperados,  
si ahora no sentidos de su dueño  
(que, repetido, no hay robo pequeño)—;  
estos, pues, de mayor, como ya digo,  
excepción, uno y otro fiel testigo,  
la vida aseguraban,  
mientras con mudas voces impugnaban  
la información, callados, los sentidos,  
con no replicar solo defendidos;  
y la lengua que, torpe, enmudecía,  
con no poder hablar los desmentía.  
Y aquella del calor más competente  
centrífica oficina,  
próvida de los miembros despensera,  
que avara nunca y siempre diligente,  
ni a la parte prefiere más vecina  
ni olvida a la remota,  
y en ajustado natural cuadrante  
las cantidades nota  
que a cada cual tocarle considera,  
del que alambicó quilo el incesante<sup>98</sup>  
calor, en el manjar que, medianero  
piadoso, entre él y el húmedo interpuso

<sup>98</sup> Quilo incesante, substancia resultante de los alimentos, después de pasar por el alambique del calor nativo.

su inocente substancia,  
 pagando por entero  
 la que, ya piedad sea o ya arrogancia,  
 al contrario voraz, necio, la expuso  
 (merecido castigo, aunque se excuse,  
 al que en pendencia ajena se introduce);  
 ésta, pues, si no fragua de Vulcano,  
 templada hoguera del calor humano,  
 al cerebro enviaba  
 húmedos, mas tan claros, los vapores  
 de los atemperados cuatro humores,  
 que con ellos no sólo no empañaba  
 los simulacros que la estimativa  
 dio a la imaginativa  
 y aquésta, por custodia más segura,  
 en forma ya más pura  
 entregó a la memoria (que, oficiosa,  
 grabó tenaz y guarda cuidadosa),  
 sino que daban a la fantasía  
 lugar de que formase  
 imágenes diversas.

[...] muestras de apetecer el movimiento  
 con tardos esperezos  
 ya daban, extendiendo  
 los nervios, poco a poco, entumecidos.  
 y los cansados huesos  
 aun sin entero arbitrio de su dueño  
 volviendo al otro lado,  
 a cobrar empezaron los sentidos.  
 dulcemente impedidos

del natural beleño,  
su operación, los ojos entreabriendo.  
Y del cerebro, ya desocupado.  
las fantasmas huyeron  
y, como de vapor leve formadas,  
en fácil humo, en viento convertidas  
su forma resolvieron.  
(Así linterna mágica, pintadas  
representa fingidas  
en la blanca pared varias figuras,  
de la sombra no menos ayudadas  
que de la luz: que en trémulos reflejos  
los competentes lejos  
guardando de la docta perspectiva,  
en sus ciertas mensuras  
de varias experiencias aprobadas,  
la sombra fugitiva,  
que en el mismo esplendor se desvanece,  
cuerpo finge formado,  
de todas dimensiones adornado,  
cuando aun ser superficie no merece.)  
En tanto, el padre de la luz ardiente,  
de acercarse al Oriente  
ya el término prefijo conocía,  
y al antípoda opuesto despedía  
con transmontantes rayos:  
que, de su luz en trémulos desmayos,  
en el punto hace mismo su Occidente,  
que nuestro Oriente ilustra luminoso.  
Pero de Venus, antes, el hermoso  
apacible lucero

rompió el albor primero,  
 y del viejo Titán la bella esposa,<sup>99</sup>  
 amazona de luces mil vestida,  
 contra la noche armada,  
 hermosa si atrevida,  
 valiente aunque llorosa,  
 su frente mostró hermosa  
 de matutinas luces coronada,  
 aunque tierno preludio, ya animoso  
 del planeta fogoso,  
 que venía las tropas reclutando  
 de bisoñas vislumbres  
 (las más robustas, veteranas lumbres  
 para la retaguardia reservando)  
 contra la que, tirana usurpadora  
 del imperio del día,  
 negro laurel de sombras mil ceñía  
 y con nocturno cetro pavoroso  
 las sombras gobernaba,  
 de quien aun ella misma se espantaba.  
 Pero apenas la bella precursora  
 signífera del sol, el luminoso  
 en el Oriente tremoló estandarte,  
 tocando al alma todos los süaves  
 si bélicos clarines de las aves,  
 diestros. aunque sin arte  
 trompetas sonorosos,  
 cuando —como tirana al fin, cobarde,  
 de recelos medrosos

<sup>99</sup> Titán es Titón, el anciano marido de la Aurora siempre joven.

embarazada, bien que hacer alarde  
intentó de sus fuerzas, oponiendo  
de su funesta capa los reparos,  
breves en ella de los tajos claros  
heridas recibiendo  
(bien que, mal satisfecho su denuedo,  
pretexto mal formado fue del miedo)—,  
su débil resistencia conociendo,  
a la fuga ya casi cometiendo  
más que a la fuerza el medio de salvarse,  
ronca tocó bocina  
a recoger los negros escuadrones  
para poder en orden retirarse,  
cuando de más vecina  
plenitud de reflejos fue asaltada,  
que la punta rayó más encumbrada  
de los del mundo erguidos torreones.  
Llegó, en efecto, el sol cerrando el giro  
que esculpió de oro sobre azul zafiro.  
De mil multiplicados  
mil veces puntos, flujos mil dorados,  
líneas, digo, de luz clara, salían  
de su circunferencia luminosa,  
pautando al cielo la cerúlea plana;  
y a la que antes funesta fue tirana  
de su imperio, atropadas embestían:  
que sin concierto huyendo presurosa,  
en sus mismos horrores tropezando,  
su sombra iba pisando,  
y llegar al ocaso pretendía  
con el sin orden ya, desbaratado

ejército de sombras, acosado  
de la luz que el alcance le seguía.  
Consiguió, al fin, la vista del ocaso  
el fugitivo paso,  
y en su mismo despeño recobrada,  
esforzando el aliento en la ruína,  
en la mitad del globo que ha dejado  
el sol desamparada,  
segunda vez rebelde, determina  
mirarse coronada,  
mientras nuestro hemisferio la dorada  
ilustraba del sol madeja hermosa,  
que con luz judiciosa  
de orden distributivo, repartiendo  
a las cosas visibles sus colores  
iba, y restituyendo  
entera a los sentidos exteriores  
su operación, quedando a luz más cierta  
el mundo iluminado, y yo despierta.



# Villancicos y letras sacras



*El principio del Sueño*, Jorge Sánchez Hernández (1926)

Óleo sobre tela | 1.50 m x 90 cm | 1977

*Estribillo*

¡Aparten! ¿Cómo, a quién digo?  
 ¡Fuera, fuera! ¡Plaza, plaza,  
 que va la Jacarandina  
 como que *No, sino al Alba!*

—¡Vaya de jacaranda, vaya, vaya,  
 que si corre María con leves plantas,  
 un corrido es lo mismo que una jácara!

*Coplas*

¡Allá va, fuera, que sale  
 la Valiente de aventuras,  
 Deshacedora de tuertos,  
 Destrozadora de injurias!

Lleva de rayos del Sol  
 resplandeciente armadura,  
 de las Estrellas el yelmo,  
 los botines de la Luna;

y en un escudo luciente  
 con que al Infierno deslumbra,  
 un monte con letras de oro  
 en que dice: *Tota Pulchra.*

La celebrada de hermosa<sup>1</sup>  
y temida por sañuda,  
Bradamante en valentía,  
Angélica en hermosura;

La que si desprende al aire  
la siempre madeja rubia,  
tantos Roldanes la cercan<sup>2</sup>  
cuantos cabellos la inundan;

La que deshizo el encanto  
de aquella Serpiente astuta,  
que con un conjuro a todos  
nos puso servil coyunda;

La que venga los agravios,  
y anula leyes injustas,  
asilo de los pupilos,  
y amparo de las viudas;

La que libertó los presos  
de la Cárcel donde nunca,  
a no intervenir su aliento,  
esperaran la soltura;

La de quien tiembla el Infierno  
si su nombre se pronuncia,

<sup>1</sup> Bradamante y Angélica, damas valerosas como las de la novela de caballerías de Orlando.

<sup>2</sup> Roldanes, como Roldán, serían caballeros andantes, famosos por su valentía.

y dicen que las vigalias  
los mismos Reyes le ayunan;

La que nos parió un León  
con cuya rugiente furia  
al Dragón encantador  
puso en vergonzosa fuga;

la más bizarra Guerrera  
que, entre la alentada turba,  
sirviendo al Imperio sacro  
mereció corona augusta;

la Paladina famosa  
que con esfuerzo e industria  
conquistó la Tierra Santa,  
donde para siempre triunfa:

Ésta, pues, que a puntapiés  
no hay demonio que la sufra,  
pues en mirando sus plantas,  
le vuelve las herraduras,

coronada de blasones  
y de hazañas que la ilustran,  
por no caber ya en la tierra,  
del mundo se nos afufa,

y Andante de las Esferas,  
en una nueva aventura,

halla el Tesoro Escondido  
que tantos andantes buscan,

donde, con cierta virtud  
que la favorece oculta,  
de vivir eternamente  
tiene manera segura.

¡Vaya muy en hora buena,  
que será cosa muy justa,  
que no muera como todas  
quien vivió como ninguna!

## 2

### *Introducción* Jura

A la aclamación festiva  
de la Jura de su Reina  
se juntó la Plebe humana  
con la Angélica Nobleza.  
Y como Reina es de todos,  
su Coronación celebran,  
y con majestad de voces  
dicen en canciones Regias:

Coplas  
Reina

Ángeles y hombres, Señora,  
os juramos, como veis,  
con que Vos os obliguéis  
a ser nuestra Protectora.

Y os hacemos homenaje  
de las vidas; y así, Vos  
guardad los fueros que Dios  
le dió al humano linaje.

Vos habéis de mantenernos  
en paz y justicia igual,  
y del contrario infernal  
con aliento defendernos.

Con esto, con reverencia,  
conformes en varios modos,  
por los Evangelios todos  
os juramos la obediencia.

*Prosigue la Introducción*

No faltó en tanta grandeza,  
donde nada es bien que falte,  
quien con donaires y chistes  
tanta gloria festejase.

Porque dos Negros, al ver  
misterios tan admirables,  
Heráclito uno, la llora;  
Demócrito otro, la aplaude.

### Negrillos<sup>3</sup>

1. Cantemo, pilico,  
que se va las Reina,  
y dalemu turo  
una noche buena.

2. Iguale yolale,  
Flacico, de pena,  
que nos deja ascula  
a turo las Negla.

1. Si las Cielo va  
y Dioso la lleva,  
¿pala qué yolá,  
si Eya sa cuntenta?

<sup>3</sup> Negrillos, obvia versión de su chapurreo: Cantemos, Perico, / que se va la Reyna, / y démosle todos / una noche Buena. / Igual es llorar, / Blasico, de pena: / que a todos los Negros / a oscuras nos deja / Si al Cielo se va / y Dios se la lleva, / ¿para qué llorar?, / si Ella está contenta? / muy linda estará / Vestida de seda, / contemplando el Sol, / pisando la Estrella. / Déjame llorar. / Blasico, por Ella: / se va, y a nosotros / al Obraje deja. / ¡Calla, que está siempre / mirando a la iglesia! / Mira a la Española, / que se queda prieta. / Bien dices, Blasico: / toda esta suspensa; / si tú quieres, demos / una cantaleta. / ¡Noble de mi Dios, / que es cosa tan buena! / Ahora, Perico, / que nos mira atenta! / ¡Ah, ah, ah.! / ¡que la Reyna se nos va! / ¡Uh, uh, uh, / que no es blanca como tú, / ni Española, que no es buena; / que Ella dice: Soy Morena / por qué el Sol mirado me ha!

Sará muy galana,  
 vitita ri tela,  
 milando la Sole,  
 pisando la Streya.

2. Déjame yolá,  
 Flacico, pol Eya,  
 que se va, y nosotlo  
 la Oblaje nos deja.

1. Caya, que sa siempre  
 milando la Iglesia;  
 mila las Pañola,  
 que se quela plieta.

2. Bien dici, Flacico:  
 tura sa suspensa;  
 si tú quiele, demo  
 unas cantaleta.

1. ¡Nombre de mi Dioso,  
 que sa cosa buena!  
 Aola, Pilico,  
 que nos mila atenta:

*Estribillo*

—¡Ah, ah, ah,  
 que la Reina se nos va !

—¡Uh, uh, uh,  
que non blanca como tú,  
nin Pañó que no sa buena,  
que Eya dici: So molena  
con las Sole que mirá!

—¡Ah, ah, ah,  
que la Reina se nos va!

*Prosigue la Introducción*

Los Mejicanos alegres  
también a su usanza salen,  
que en quien campa la lealtad  
bien es que el aplauso campe;

y con las cláusulas tiernas  
del Mejicano lenguaje,  
en un Tocatín sonoro  
dicen con voces süaves: [...]

**3**

*Coplas*

Un herbolario extranjero  
que es todo Sabiduría,  
para curar de venenos  
muestra una Hierba bendita.

Él por su mano la planta,  
que de ninguno la fía,  
y porque salga con gracia  
le bendice la semilla.

Hace con ella milagros  
de curas tan peregrinas,  
que es Hierba *Sánalo-todo*,  
según a todo se aplica.

Dicen que es la *Hierba-Buena*  
los que de espacio la miran;  
pero Él por nombre le ha puesto  
la *Hierba Santa-María*.

Otros, que es la *Hierba-Santa*  
dicen, que sola se libra  
de la infición que de Adán  
nos hizo la manzanilla.

Otros, que es la *Celidonia*,  
por lo que aclara la vista;  
y otros dicen que es la *Salvia*,  
porque la lengua habilita.

Otros, por su gran virtud,  
que será *Romero* afirman;  
y otros, por la incorrupción,  
dicen que es la *Siempre-Viva*.

Ella, aunque es como ninguna  
y a ninguna parecida,  
nace de la *Mejor-Ana*  
y así a su lado se cría.

Es tan contra la ponzoña,  
que la mordedura antigua  
del más nocivo Dragón  
en un punto se la quita.

Tal virtud secreta encierra,  
que la Serpiente nociva  
quiere rendirse a su fama  
por no morir a su vista.

Todos los hombres la busquen,  
pues todos la necesitan,  
que aun de Ángeles la Ciudad  
*yerba de la Puebla* cría.

Manuel es el Extranjero:  
a Él vaya quien la codicia;  
que también se da de gracia  
La que en Gracia es Concebida.

*Estribillo*

Nadie tema ponzoña, de hoy más, Mortales,  
pues con tal Contrayerba, ninguna es grande;  
y aunque lo tenga en el seno,  
ninguno tema el veneno:

que Ella es la dulce Triaca<sup>4</sup>  
que todo el veneno saca  
y cura de todos males.

¡Nadie tema ponzoña, Mortales!

## 4

### *Estribillo*

¡Oigan, miren, atiendan  
lo que se canta,  
que hoy la Música viene  
de mucha gracia!

Pero hablando de veras  
y en puridad,  
en breve ha de decirles  
una verdad.

### *Coplas*

Antes que todas las cosas  
érase una hermosa Niña  
de los ojos del Criador,  
graciosamente prevista.

Que habiendo de ser de un Dios  
Humanado, Madre digna,

<sup>4</sup> La dulce Triaca, remedio contra la mordedura de animales venenosos.

fué razón que ni un instante  
se apartase de su vista.

Para ser de los Mortales  
la defensa, fué escogida,  
siendo la pura Azucena  
de la hoja blanca y limpia.

Contra la Serpiente astuta  
que ocasionó la rüina  
de todo el género humano,  
siempre estuvo prevenida;

siempre armada y vigilante;  
y tanto, que al embestirla,  
con linda gracia le dió  
en la cabeza una herida.

Jamás pudo ni aun tocarla  
la Sierpe; y así, corrida,  
en escuchando su Nombre,  
bramando se da a Patillas.

Para estas empresas, tanta  
gracia Dios le comunica,  
que siendo pura criatura,  
Mujer parece Divina.

Sin la mancha de la culpa  
se concibe, de Adán hija,

porque en un lunar no fuese  
a su padre parecida.

Del tributo universal  
el Sacro Poder la libra,  
previendo que había de ser  
nuestra Reina sin caída.

De Ésta, pues, a quien los fieles  
invocan Madre benigna,  
es la fiesta, y es el canto  
de esta mi Jacarandina.

## 5

—¡Plaza, plaza, que sube vibrando rayos!  
—¿Cómo? ¿Qué? —¡Aparten digo, y háganle campo!  
¡Ábate allá, que viene, y a puntillazos  
le sabrá al Sol y Luna romper los cascós!

### Jácara

Aquella Mujer valiente,  
que a Juan retirado en Patmos,  
por ser un Juan de buen alma,  
se le mostró en un retrato;

la que por vestirse, al Sol,  
luciente Sardanapalo,<sup>5</sup>  
en la rueca de sus luces  
le hace hilar sus mismos rayos;

la que, si acaso se arrisca  
la Dīana de los campos<sup>6</sup>  
a competirle en belleza,  
la meterá en un zapato;

para quien son los reflejos  
de los más brillantes astros,  
cintillas de resplandor  
con que teje su tocado;

la que a todo el Firmamento  
con su luciente aparato,  
no le estima en lo que pisa,  
porque ella pisa más alto;

la que si compone el pelo,  
la que si se prende el manto,  
no tiene para alfileres  
en todo el Cielo estrellado;

para quien las hermosuras  
que más el Mundo ha estimado,

<sup>5</sup> Sardanapalo, rey fastuoso que vivió entre pompas y placeres.

<sup>6</sup> Diana, diosa protectora de los animales y los campos.

no sólo han sido dibujos,  
pero ni llegan a rasgos;

el término de lo lindo,  
el cómo de lo bizarro,  
el hasta aquí de belleza,  
y el más allá de milagro.

¡No es nada! De sus mejillas  
están, de miedo temblando,  
tamañitos los Abriles,  
descoloridos los Mayos.

¡Los ojos! Ahí quiero verte,  
Solecito arrebolado!  
Por la menor de sus luces  
dieras caballos y carro.

Pues a la boca, no hay símil  
que venga con quince palmos:  
que es un pobrete el Oriente  
y el Occidente un menguado.

¿Qué más quisiera el jazmín  
que andarse, paso entre paso,  
apropiándose en su rostro  
entre lo rojo lo blanco?

De las demás perfecciones  
al inmenso *Mare Magnum*,

cíñalas la admiración,  
si hay ceñidor para tanto.

Este pues, terror hermoso,  
este valeroso pasmo,  
este refulgente asombro,  
y este luminoso espanto,

lo que hay de la tierra al Cielo,  
con espíritu alentado,  
por ser poco para un vuelo  
quiere medir con un salto.

Entre, Bendita de Dios,  
en el Celestial Palacio;  
que entrar y salir, es cosa  
en que yo ni entro ni salgo.

Otro pinte cómo rompe  
los celestiales tejados;  
que yo solamente puedo  
hablar de tejas abajo.

## 6

### *Coplas*

A la que triunfante,  
bella Emperatriz,

huella de los aires  
la región feliz;

a la que ilumina  
su vago confín,  
de arreboles de oro,  
nácar y carmín;

a cuyo pie hermoso  
espera servir  
el trono estrellado  
en campo turquí;

a la que confiesa,  
cien mil veces mil,  
por Señora el Ángel,  
Reina el Serafín;

cuyo pelo airoso,  
que prende sutil  
en garzotas de oro  
banderas de Ofir,<sup>7</sup>

proceloso y crespo  
se atreve a invadir,  
con golfos de Tíbar,<sup>8</sup>  
reinos de marfil;

<sup>7</sup> Banderas de Ofir, su cabellera suelta forma banderas de oro.

<sup>8</sup> Golfos de Tíbar, de oro fino.

de quien aprendió  
el Sol a lucir,  
la Estrella a brillar,  
la Aurora a reír,

cantemos la gala,  
diciendo, al subir:  
¡Pues vivió sin mancha,  
que viva sin fin!

*Estribillo*

Y pidamos, a una voz,  
que ampare al pobre redil:  
pues aunque no hay más que ver,  
siempre queda qué pedir.

7

*Coplas*

Cielo es María más bello,  
Sol de luz indefectible,  
Luna que está siempre llena,  
Estrella que el alma sigue:  
¡Cielo, Sol, Luna y Estrellas,  
todos su belleza admiren!

Venus su belleza adorne,  
Cintia los bosques fatigue,

Palas las lides aliente,  
 Flora las flores cultive:<sup>9</sup>  
 ¡Venus, Cintia, Palas, Flora,  
 todas su beldad envidien!

Judith a Holofernes venza,  
 Esther a Asuero mitigue,  
 Raquel a su Jacob prenda,  
 Sara a su marido libre:  
 ¡Judith, Esther, Raquel, Sara,  
 sólo en vislumbres la pinten!

El Agua pula cristales,  
 la Tierra ostente matices,  
 el Viento soplos aliente,  
 el Fuego luces avive:  
 ¡Agua, Tierra, Viento y Fuego,  
 todo a sus plantas se rinde!

*Estribillo*

¡Que en el Punto primero  
 que se concibe,  
 como es de todo Dueño,  
 todo le sirve!

<sup>9</sup> Diosas mitológicas: Venus, de la belleza y del amor; Cintia, de los bosques; Palas, diosa de Atenas que venció al gigante Palante; Flora, reina de jardines y flores.

## 8

### *Introducción*

Siendo de Ángeles la Puebla  
en el título y el todo,  
no pudo menos que ser  
de Ángeles también el coro:

que después de haber cantado  
tan dulces y tan sonoros,  
que sólo la competencia  
fué admitida de unos a otros,

en una Jacarandina  
quiso, cantando uno solo,  
aliviar con lo ligero  
la gravedad de los tonos.

### Jácara

¡Allá va, fuera, que sale  
aquel divino Portento,  
en quien de su poder sumo  
quiso Dios echar el resto!

La Prevenida al principio,  
la Preservada *ab aeterno*,  
en quien no tuvo poder  
la ley que fué dada en tiempo.

A quien los Astros más nobles  
 como oficiales plebeyos,  
 el Sol le sirve de sastre,  
 la Luna de zapatero.

La que, queriendo acecharla  
 el fiero Dragón soberbio,  
 de un puntapié le dejó  
 todos los cascos abiertos.

La que no le costó el triunfo  
 afán, cuidado ni anhelo,  
 pues en un Instante solo  
 logró todo el vencimiento.

La que en el Siglo de Oro  
 se concibió, pues es cierto  
 que, al tiempo de concebirse,  
 no hubo un instante de *hierro*.

La que su Nobleza toda  
 explica en su Nombre mesmo,  
 pues se lleva en él María  
 el *Deus ex genere meo*.<sup>10</sup>

Redimida como todos,  
 cuanto al infinito precio;  
 pero cuanto al modo, no,  
 porque fué con más supremo:

<sup>10</sup> *Deus ex genere meo*: "Dios es de mi familia".

pues fué la Pasión de Cristo  
que redimió al Universo,  
para Ella, preservativo,  
para los demás, remedio.  
Que el Médico soberano,  
por singular privilegio,  
antes que llegara el daño  
le aplicó el medicamento:

pues al infundir el Alma  
a su purísimo Cuerpo,  
la Gracia santificante  
tuvo prevenido el medio;

Con que, en prioridad ninguna  
ni instante real de tiempo,  
pudo en ella haber vestigio  
de pecado, ni por pienso.

Éste siempre mi sentir  
ha sido y será, y protesto  
que nunca diré otra cosa,  
¡y voto a Dios, que lo creo!

*Prosigue la Introducción*

Otro, que ya desahogaba  
la gravedad de la solfa,  
viéndose ya sin golilla,  
echó por esa *Valona*.

## Glosas

Dadle licencia, Señora,  
 a mi voz desentonada,  
 que no os cansaréis de oírme,  
 pues Vos siempre estáis de Gracia.

Dizque los doctos de allá  
 Claridad de Dios os llaman,  
 y de Ángeles: ¡pues, Señora,  
 Vos debéis de ser Poblana!

Yo os comparara, Señora,  
 con esta Sierra Nevada,  
 que aunque tiene cerca el humo  
 ella se está siempre blanca.

Pensó de tizne el Demonio  
 poderos echar la marca;  
 pero Vos ¡cómo pudierais  
 ser negra? ¡No, sino el Alba!

*Prosigue la Introducción*

Como oyeron a los otros  
 de la Capilla los Seises,  
 como cosa de muchachos  
 hicieron este Juguete.

## Jugueteillo

Como entre espinas la Rosa,  
como entre nubes la Luna,  
única y como ninguna  
luce la divina Esposa:  
toda pura y toda hermosa,  
púrpura y biso vestida;  
Ciudad de Dios defendida,  
Arca de su Testamento,  
de la Trinidad Asiento,  
Iris hermoso de paz:  
¡y trescientas cosas más!

Como Lilio descollado  
en el margen cristalino;  
como Vaso de Oro fino,  
de mil piedras adornado;  
como Bálsamo quemado,  
como Fuego reluciente,  
como Apolo refulgente,  
como Aroma de olor llena;  
a quien no tocó la pena  
que tuvieron los demás:  
¡y trescientas cosas más!

Como Varita olorosa  
que asciende desde el desierto;  
como bien vallado Huerto  
de la Fruta más sabrosa;  
como Palma victoriosa,

como Escuadrón ordenado,  
 como Pozo bien sellado,  
 como Fuente de agua viva;  
 como pacífica Oliva  
 que fué del mundo la paz:  
 ¡y trescientas cosas más!

Trono de Dios Soberano,  
 Archivo de todo el bien,  
 Gloria de Jerusalén  
 y Alegría del cristiano;  
 Esther que al género humano  
 de la miseria libró;  
 la Mujer que en Patmos vió  
 Juan, triunfante del Dragón;  
 el Trono de Salomón  
 y la Señal dada a Acáz:  
 ¡y trescientas cosas más!

## 9

### *Introducción*

Los que música no entienden  
 oigan, oigan, que va allá  
 una cosa, que la entiendan  
 todos, y otros muchos más.  
 ¡Tris, tras;  
 oigan, que, que, que allá va!

## Jácara

Va una Jácara de chapa;  
atención, señores guapos,  
y no faltará quien diga  
que van las coplas de mazo.

Dígalo, que allá la Historia  
dirá si es pedrada o palo,  
y verán cómo son golpes  
los que parecen porrazos.

Érase un buen Carpintero  
de éstos que labran en blanco,  
el cual, como voy diciendo;  
por Dios, que se me ha olvidado.

Doyme un golpe en la mollera:  
¡oiga! ¿como qué? ¿burlamos?  
¡Olvido a mí, que los vendo?  
Doyme otra vez: lindo chasco.

Digo, pues (ya me acordé),  
que este Oficial afamado  
nunca gustó de colores,  
por lo que tienen de engaños.

Verdad es, que en su Obrador  
estaba un rico Sagrario  
con un Niño que no tuvo  
igual, de bien Encarnado.

Pero Éste no lo hizo él,  
sino que era de un Maestrazo,  
que por una cierta deuda  
le dejó el Niño empeñado.  
Pues como les voy diciendo  
era éste un hombre tan Santo,  
que eran fiestas para el Cielo  
los días de su trabajo.

Viene Dios, y ¡qué hace? Viendo  
un proceder tan honrado,  
entrégale la tutela  
de un muy rico Mayorazgo.

Y hele aquí Tutor de Dios,  
sin saber cómo ni cuándo:  
miren, si es Dios su Menor,  
cómo será su tamaño.

Vino Dios con esto a verlo,  
porque (ya verán), tratando  
con los bienes del Menor,  
se puso en muy buen estado.

Mas, como suelen decir  
que no hay dulce sin sus agrios,  
viene la Justicia y echa  
sobre los bienes embargo.

Porque a una fianza antigua  
estaba el tal obligado,

y renunció al obligarse  
las exenciones de Hidalgo.

Y así, porque no le prendan,  
parte a Egipto desterrado,  
porque se cumpla que el Hijo  
sea de Egipto llamado.

(¿Ven ustedes? Pues aquesto  
no lo saco de mis cascos,  
que está en letra de molde,  
con Fe de cuatro Escribanos.)

Vuelve, y piérdesele el Niño  
entre ciertos mentecatos:  
porque la Sabiduría  
no se perdiera entre sabios.

Cátense aquí a mi Tutor  
todo pena y sobresaltos,  
por saber que ha de morir  
su Menor ajusticiado.

¡Par Dios, por cantar los gozos,  
los dolores he cantado!  
Pero en cantando los unos,  
ya me entiende con quien hablo.

Señores Tutores, cuenta,  
los que son albaceazgos:

si así le fué al que era bueno,  
 ¿cómo les irá a los malos?

### Juguete

1. —Oigan una duda de todo primor.

2. —Pregunte, señor Doctor.

1. —Aquí a los niños veremos  
 que en la Capilla tenemos,  
 y premiaré al que acertare  
 lo que yo le preguntare.

*Tod.* —Pues pregúntenos usted.

1. —¿Cuál oficio San José tiene?

2. —Si en eso topó,

a lo que imagino yo,  
 tuvo oficio de Pastor  
 de un rebaño superior;  
 pues el Cordero Pascual,  
 y otro tal  
 que en Egipto repartieron,  
 todos fueron  
 figuras de Él que él guardó,  
 y el que vió  
 para víctima Abrahán,  
 pues que Juan  
 lo enseñó por Salvador:  
 y así José fué Pastor  
 sin igual.

3. —¡No fué tal!

2. —¡Sí fué tal!

3. —¡No fué tal!

1. —Pues ¿qué fué?

3. —Fué Labrador  
de la Semilla mejor,  
pues en solamente un grano  
guardó aquel Pan soberano,  
a quien figura el que a Elías  
tantos días  
sustentó, y el de Habacuc,  
y de Ruth  
las espigas, y la alteza  
de la Mesa  
del Pan de Proposición,  
y el blasón  
con que José fué exaltado  
y llamado  
en Egipto Salvador;  
y así, aquéste es Labrador  
de caudal.

4. —¡No fué tal!

3. —¡Sí fué tal!

4. —¡No fué tal!

3. —Pues ¿qué fué?

4. —Fué Carpintero  
(a mi entender) todo entero,  
sin tener más embarazo  
que su nivel y su mazo,  
su juntera y su cepillo,  
su martillo,  
tenazas y cartabón,  
su formón,  
su azuela, sierra y barrena

muy buena,  
 su escoplo, escuadra y su vara,  
 para  
 quizá labrar el primero  
 el Madero  
 (Remedio de nuestro mal)  
 celestial.

1. —¡No fué tal!

4. —¡Sí fué tal!

1. —¡No fué tal!

2. —Pues si es que alguno ha acertado,  
 déngle el premio que ha ganado.

1. —¡Eso no,  
 que ninguno lo acertó!

*Tod.* —Pues, digo, ¿qué oficio fué  
 el que tiene San José?

1. —Si oírlo quieren de mí,  
 ¿dansen por vencidos?

4. —Sí;

idígalo ya!

1. —Que me place:

Oficio es de Prima Clase,  
 con el Rito más solemne,  
 el que tiene;  
 porque es de España blasón  
 ser Patrón,  
 su Protector y Abogado  
 muy amado.

4. —Par Dios, que en ello no dimos;  
 y es que al instante nos fuimos  
 a que el Santo fué Oficial.

—¡No fué tal!  
—¡Sí fué tal!  
—¡No fué tal!

Indio

Yo también, *quimati* Dios,  
*mo* adivinanza pondrá,<sup>11</sup>  
que no sólo los Dotore  
habla la Oniversidá.

Cor. —¡Ja, ja, ja!  
¿Qué adivinanza será?

Ind. —¿Qué adivinanza? ¿Oye osté?  
¿Cuál es mejor San José?

1. —¡Gran disparate!  
2. —¡Terrible!  
Si es uno, ¿cómo es posible,  
que haber pueda otro mejor?  
Ind. —Espere osté, so Doctor:  
¿no ha visto en la Iglesia osté  
junto mucho San José,  
y entre todos la labor  
de Xochimilco es mijor?

1. Es verdad.

Cor. —¡Ja, ja, ja, ja!  
¡Bien de su empeño salió!

<sup>11</sup> *Quimati* Dios: "Yo también, isábelo Dios!"; (*qui*: en náhuatl, lo; *mati*: en náhuatl; sabe: *mo*: en náhuatl, mi).

## Negro

—¡Pues, y yo  
 también alivinalé;  
 lele, lele, lele, lele,  
 que pulo ser Negro Señal San José!  
 1. —¿Por dónde esa línea va?  
 Neg. —Pues ¡no pulo de Sabá  
 telé algún cualteló?  
 Que a su Parre Salomó  
 también eya fué mujel:  
 ilele, lele, lele, lele!  
 ¡que por poca es Negro Señol San José!

## 10

*Estribillo*

Aguas puras del Nilo,  
 parad, parad,  
 y no le llevéis  
 el tributo al Mar,  
 pues él vuestras dichas  
 puede envidiar.  
 ¡No, no, no corráis,  
 pues ya no podéis  
 aspirar a más!  
 ¡Parad, parad!

*Coplas*

Sosiega, Nilo undoso,  
tu líquida corriente;  
tente, tente,  
párate a ver gozoso  
la que fecundas, bella,  
de la tierra, del Cielo, Rosa, Estrella.

Tu corriente oportuna,  
que piadoso moviste,  
viste, viste,  
que de Moisés fué cuna,  
siendo arrullo a su oído  
la onda, la espuma, el tumbo y el sonido.

Más venturoso ahora  
de abundancia de bienes,  
tienes, tienes  
la que tu margen dora  
Belleza, más lozana  
que Abigaíl, Esther, Raquel, Susana.<sup>12</sup>

La hermosa Catarina,  
que la gloria Gitana  
vana, vana,  
elevó a ser Divina,

<sup>12</sup> Abigaíl, mujer de mucho entendimiento y belleza; Esther, la salvadora de Israel ante su esposo el rey Asuero de Babilonia; Raquel, la esposa de Jacob; Susana, la muy hermosa y temerosa de Dios.

y en las virtudes trueca  
de Débora, Jael, Judith, Rebeca.<sup>13</sup>

No en frágil hermosura,  
que aprecia el loco abuso,  
puso, puso  
esperanza segura,  
bien que excedió su cara  
la de Ruth, Bethsabé, Thamar y Sara.

A ésta, Nilo sagrado,  
tu corriente sonante  
cante, cante,  
y en concierto acordado  
tus ondas sean veloces  
sílabas, lenguas, números y voces.

## 11

### *Estribillo*

¡Esto sí, esto sí,  
esto sí que es lucir,  
cándido el Clavel,  
purpúreo el Jasmín!

<sup>13</sup> Débora, la profetisa que juzga a Israel y que cantó su triunfo sobre Sísara; Jael, la esforzada esposa de Jeber, que hundió un clavo en la sien del jefe cananeo; Judith, la hermosa vencedora de Holofernes; Rebeca, la esposa de Isaac y madre de Esaú y Jacob.

¡Esto sí, esto sí,  
esto sí que es lucir!

*Coplas*

Rosa Alejandrina,  
que llegas a unir,  
la palma y laurel,  
blanco y carmesí  
¡Esto sí que es lucir!

A quien hermosea  
la pompa feliz:  
sobre Tiria grana,  
perfiles de Ofir.<sup>14</sup>  
¡Esto sí que es lucir!

Al cándido velo,  
por galán matiz,  
diste de tu sangre  
arreboles mil.  
¡Esto sí que es lucir!

Si es cándido y rojo  
tu tierno Amadís,<sup>15</sup>  
tú cándida y roja  
le quieres seguir.  
¡Esto sí que es lucir!

<sup>14</sup> Perfiles de Ofir, de oro.

<sup>15</sup> Cristo, revestido de pureza —blanco— y de la sangre de su cruz —rojo—, representando como Amadís, el personaje noble y valiente de los caballeros andantes.

De otro Nilo a cuenta  
está tu vivir,  
que ignora principio  
y no tiene fin.  
¡Esto sí que es lucir!

Tú, que ya cortada  
del bello pensil,  
sabes su fragancia  
mejor esparcir,  
¡esto sí que es lucir!

Tu triunfo, mayor  
fué que el de Judith:  
que aquél fué matar,  
y éste fué morir.  
¡Esto sí que es lucir!

Vive, pues prudente  
supiste adquirir,  
con un morir breve  
eterno vivir.  
¡Esto sí que es lucir!

Vive, pues prudente  
supiste adquirir,  
con un morir breve  
eterno vivir.  
¡Esto sí que es lucir!

12

*Estríbillo*

¡Víctor, Víctor Catarina,<sup>16</sup>  
que con su ciencia divina  
los sabios ha convencido,  
y victoriosa ha salido  
—con su ciencia soberana—  
de la arrogancia profana  
que a convencerla ha venido!  
¡Víctor, Víctor, Víctor!

*Coplas*

De una Mujer se convencen  
todos los Sabios de Egipto,  
para prueba de que el sexo  
no es esencia en lo entendido.  
¡Víctor, Víctor!

Prodigio fué, y aun milagro;  
pero no estuvo el prodigio  
en vencerlos, sino en que  
ellos se den por vencidos.  
¡Víctor, Víctor!

<sup>16</sup> ¡Víctor, Víctor Catarina! En la universidad de Salamanca, cuando un estudiante superaba el examen de doctorado, se le proclamaba en latín *Víctor* y se escribía el anagrama en rojo en las paredes. Santa Catarina venció en las disputas a los sabios de Egipto y se le proclama *Víctor*.

¡Qué bien se ve que eran Sabios  
en confesarse rendidos,  
que es triunfo el obedecer  
de la razón el dominio!  
¡Víctor, víctor!

Las luces de la verdad  
no se obscurecen con gritos;  
que su eco sabe valiente  
sobresalir del rüido.  
¡Víctor, víctor!

No se avergüenzan los Sabios  
de mirarse convencidos;  
porque saben, como Sabios,  
que su saber es finito.  
¡Víctor, víctor!

Estudia, arguye y enseña,  
y es de la Iglesia servicio,  
que no la quiere ignorante  
El que racional la hizo.  
¡Víctor, víctor!

¡Oh qué soberbios vendrían,  
al juntarlos Maximino!  
Mas salieron admirados  
los que entraron presumidos.  
¡Víctor, víctor!

Vencidos, con ella todos  
la vida dan al cuchillo:  
¡oh cuánto bien se perdiera  
si Docta no hubiera sido!  
¡Víctor, víctor!

Nunca de varón ilustre  
triunfo igual habemos visto;  
y es que quiso Dios en ella  
honrar el sexo femíneo.  
¡Víctor, víctor!

Ocho y diez vueltas del Sol,  
era el espacio florido  
de su edad; mas de su ciencia  
¿quién podrá contar los siglos?  
¡Víctor, víctor!

Perdióse (¡oh dolor!) la forma  
de sus doctos silogismos:  
pero, los que no con tinta,  
dejó con su sangre escritos.  
¡Víctor, víctor!

Tutelar sacra Patrona,  
es de las Letras Asilo;  
porque siempre ilustre Sabios,  
quien Santos de Sabios hizo.  
¡Víctor, víctor!

## 13

*Juguete entre muchos*

1. —Pues el Mundo ha celebrado  
 en los tiempos que han pasado  
 las célebres Maravillas,  
 yo no quiero referillas;  
 sino inculcar con primor  
 cuál de ellas fué la mayor.

2. —Yo cuál fué mayor diré.

3. —Espérese un poco usted,  
 que no ha de hablar sino yo.

2. —¡Eso no:  
 que yo propuse primero,  
 y así referillas quiero!

1. —No en eso se estén cansando,  
 sino vayan relatando  
 como a la mano viniere.

3. —Pues empiece el que quisiere.

2. —Puesto que he de empezar yo,  
 de los muros que labró  
 Semíramis, contaré,  
 y diré  
 que eran tan maravillosos  
 y espaciosos,  
 que encima carros andaban;  
 y sembraban  
 en ellos, sus moradores,

los mejores  
jardines que nunca habrá.

3. —Quita allá,  
que eso no es tan prodigioso,  
como del Sol el Coloso,  
de quien Clares Lidio, diestro  
fué maestro:  
cuya prodigiosa altura  
y estatura,  
setenta codos tenía.

4. —A fe mía,  
que más admirables fueron  
las Pirámides que hicieron  
los Egipcios, tan terribles  
e increíbles,  
que mil y quinientos pies  
un lado es,  
y tan bien disminuida...

5. —Por su vida,  
que me atiendan a mí solo,  
cómo pinto el Mauseolo  
que Artemisa fabricó  
y labró  
tan costoso  
por Panteón de su esposo,  
y que costó tal fatiga...

6. —No prosiga;  
que la fábrica más vana  
fué aquel Templo de Dīana  
que en Éfeso se labró,  
y quemó  
de Eróstrato la locura,  
cuya hechura  
fué de tan hermoso exceso...

7. —Dejen eso;  
que yo diré la mayor,  
que es la Estatua superior  
que a Júpiter Fidias hizo,  
en quien quiso  
que a sí el arte se excediese,  
y se viese  
lo que su estudio alcanzó.

8. —Diré yo,  
que fué el prodigio mas raro  
aquella Torre de Faro,  
que las naves conducía,  
y se vía  
desde su altura eminente  
tan patente  
todo el reino de Neptuno.

9. —Pues no ha acertado ninguno;  
ya que la más peregrina  
Maravilla, es Catarina  
que fué Muro,

de todo asalto seguro;  
fué Coloso  
de otro Febo más hermoso;  
fué Pirámide que al Cielo  
fué de un vuelo;  
de Cristo Sacramentado  
fué sagrado  
Mauseolo, y aun contemplo  
que fué Templo;  
fué de animados marfiles,  
con perfiles,  
Estatua más bien labrada;  
fué encumbrada  
Torre, que al Cielo tocó,  
a quien lo demás se humilla...

*Tod.* —¡Ésta sí que es Maravilla  
que tal nombre mereció!  
¡Ésta sí, que las otras no!

## 14

### *Estríbillo*

¡En el nuevo Templo  
venid a mirar  
que son Pan las piedras  
y Piedra es el Pan!  
¡Ay, ay, ay, ay!

*Coplas*

Si allá en el Desierto  
 rehusó transformar  
 para su sustento  
 las piedras en pan,

acá, para el nuestro,  
 quiso disfrazar  
 la Piedra, que es Cristo,  
 en Pan substancial.

En sus nuevas Aras  
 nos quiere mostrar  
 que Él es de su Templo  
 la Piedra angular,

y que, como quiere  
 dárnosla en manjar,  
 por sustento Miel  
 de Piedra nos da.

**15***Estribillo*

1. —¡Ah, del Templo! 2. —¿Quién llama?
1. —Quien quiere saber  
 cuál Templo, de dos,  
 da a Dios más placer:

¿el que hace el Deseo,  
o fabrica el Poder?

2. —¡Yo te lo diré! ¡Yo te lo diré!  
1. —¡Dímelo, pues! ¡Dímelo, pues!

*Coplas*

2. —Esta Fábrica elevada,  
que parto admirable es  
de los afanes del arte,  
del estudio del nivel,  
aunque es tan hermosa,  
la mejor no es.

1. —¿Pues cuál es?

2. —La que el Templo erige vivo,  
en sí, su Patrón fiel,  
con las piedras de sus ansias,  
sobre basas de su Fe;  
pues aquéste tiene  
lo que falta a aquél.

1. —¿Y qué es?

2. —Que éste es Templo material,  
que al fin llegará a ceder  
a los embates del tiempo  
su generosa altivez;  
pero aquél del tiempo  
ignora el desdén.

1. —Está bien.

2. —Aquél es eterno, porque  
 su planta en el Alma es,  
 y lo que durare el Alma,  
 durará el Templo también;  
 porque habite Dios  
 para siempre en él.

1. —¡Pues ya sé,  
 cuál Templo, de dos,  
 da a Dios más placer!

## 16

### *Estribillo*

Si Dios se contiene  
 en el Sacramento,  
 allí está contento  
 de estar contento.<sup>17</sup>

### *Coplas*

En Círculo breve,  
 aunque es Dios Inmenso,  
 lo miro abreviado,  
 si me acerco, a cerco.  
 Que allí está contento  
 de estar contento.

<sup>17</sup> De estar contento, contenido.

Blanco es Soberano  
de nuestros deseos,  
y si la Fe apunta  
el acierto, acierto.  
Que allí está contento  
de estar contento.

Aunque velo cubre  
su Poder supremo,  
lo descubro, porque  
en su velo velo.  
Que allí está contento  
de estar contento.

Quiere a los sentidos  
estar encubierto,  
aunque por gozarlo  
con anhelo anhelo.  
Que allí está contento  
de estar contento.

Como no lo miro,  
aunque más lo veo,  
de la Fe la vista  
con aliento aliento.  
Que allí está contento  
de estar contento.

Desmiento a los ojos,  
sólo al Alma creo,  
y en contradecirles

con aprieto, aprieto.  
 Que allí está contento  
 de estar contento.

## 17

### *Estribillo*

1. —¿Cómo se debe venir  
a la Mesa del Altar?
2. —Yo digo que han de llorar.
3. —Yo digo que han de reír.

1. —En tan contrario sentir,  
 necesitáis de probar  
 por qué, el uno, han de llorar;  
 por qué, el otro, han de reír.  
 ¿Cómo se debe venir  
 a la Mesa del Altar?

### *Coplas*

2. —Tiene el llanto tal valor  
 en su raudal doloroso,  
 que nos lava, y poderoso  
 justifica al pecador:  
 luego el llanto es el mejor  
 para llegar al Altar.  
 ¡Yo digo que han de llorar!

3. —Aunque el dolor le preceda,  
dice la Sabiduría  
que del Señor en el día  
la alegría le suceda,  
porque nuevo gozo pueda  
tanta ventura aplaudir.  
¡Yo digo que han de reír!

2. —El llegarnos con temor,  
es medio más conveniente  
para poder dignamente  
recibir tan gran favor,  
y permanente el dolor  
en el alma debe estar.  
¡Yo digo que han de llorar!

3. —Si ya en otro Sacramento  
se consiguió la pureza,  
para festejar la Mesa  
es necesario el contento,  
pues también merece atento  
agradecer y servir.  
¡Yo digo que han de reír!

*Coro.* —¿Cómo se debe venir  
a la Mesa del Altar?  
¡Yo digo que han de llorar!  
¡Yo digo que han de reír!

## 18

*Estribillo*

Cuando la Sabiduría  
 Casa para sí previno,  
 luego puso el Pan y el Vino.

*Coplas*

Queriendo hacer un convite  
 la eterna Sabiduría,  
 para preparar la Mesa,  
 antes la Casa edifica:  
 que a tal Comida,  
 ha de ser Casa nueva  
 la que le sirva.

Casa Virgen, Casa Intacta,  
 sólo puede ser María,  
 de sólo Dios habitada  
 y para Dios erigida:  
 que sin mancilla,  
 para ser Templo suyo,  
 fué concebida.

Luego bien el nuevo Templo  
 con su nombre se autoriza,  
 pues con él sólo podrá  
 ser de Dios morada digna:  
 en quien habita,

de Virtudes haciendo  
bellas Ancilas.

Aquí a todos los Humanos  
para su Mesa convida,  
sin más costo que venir  
con la vestidura limpia.  
Por eso avisa  
que aun la Casa no quiere  
mal prevenida.

## 19

### *Coplas*

A este Edificio célebre  
sirva pincel mi cálamo,  
aunque es hacer lo mínimo  
medida de lo máximo,

pues de su bella fábrica  
el espacioso ámbito  
excede la Aritmética,  
deja vencido el cálculo:

donde aquel Pan Angélico,  
entre accidentes cándido,  
asiste como Antídoto,  
quiere estar por Viático,

y de amoroso vínculo  
 preso en el dulce cáñamo,  
 se ofrece como Víctima,  
 se goza como en Tálamo;

en donde triunfa ínclito  
 de las tropas del Tártaro,<sup>18</sup>  
 del tenebroso Príncipe,  
 del ciego, obscuro Báratro;<sup>19</sup>

donde, soplando el céfiro,  
 al compás de los pájaros,  
 vierten hermosas lágrimas  
 del Aurora los párpados;

donde el Arte y Artífice,  
 de sus primores árbitros,  
 se ayudaron recíprocos  
 en lo teórico y práctico,

pues dando el uno el método  
 y el otro ejecutándolo,  
 hizo que de sus números  
 no discrepase un átomo,

guardando, en lo geométrico,  
 el lineamento clásico,  
 la proporción de bóvedas,  
 la igualdad de los ángulos.

<sup>18</sup> Tártaro, por infierno.

<sup>19</sup> Báratro, abismo o infierno.

*Estríbillo*

Oigan, que quiero en esdrújulos,  
aunque con estilo bárbaro,  
que se oiga mi ruda cítara  
desde el Ártico al Antártico.  
¡Oíganme, atiéndanme,  
vaya de cántico!

VILLANCICOS ATRIBUIBLES

20

En trono de Zafir, Reina triunfante,  
divina pompa de florido Mayo,  
de los que lleva hermosa por el viento,  
si le saco colores, sea volando.

El primero que luce en su belleza,  
cándidamente puro en campo raso,  
aunque siempre anda el blanco por las nubes,  
de la Gloria será, que éste es su blanco.

Sin más color que aquel que le da el gusto,  
siendo a la vista firmamento vago,  
tierna dulce marea, aura süave,  
es su color de aire y noto blando.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Noto blando, viento norte o bórea.

Rico el hermoso manto de sus luces,  
guarnecido de puntas que son rayos,  
sin que pueda pasar por demás,  
tira lo que es a-rojo a ser dorado.

Con realce de Estrellas, suelto al aire,  
pudiera azul celeste ir publicando  
que de su banda tiene los colores,  
pero éste solamente está a-su-lado.

Sueltas las trenzas de su pelo hermoso  
que van toda la esfera iluminando,  
un mar de incendios es, con ondas de oro,  
el color de su crencha, encabellado.

Pura Virgen al Cielo remontada  
por su mayor altura, sin desmayo,  
de carne de doncella por subido  
su color, con su ser, luce encarnado.

Los Ángeles que vienen a llevarla  
para el Empíreo celestial Palacio,  
son todas sus colores nogueradas,  
cuando tanto la están reverenciando.

Por ser del Cielo Reina soberana,  
los que le van sirviendo de incensarios,  
el color de ámbar suyo es la fragancia;  
su asistencia en la Gloria, lo morado.

Entre el dorado brillo de sus plumas,  
sobre sus gracias hoy, sobre lo manso,  
cuando hermosa Paloma al Cielo vuela,  
sale lo columbino, que es milagro.

Galanes a su vista se previenen,  
ninguno obscuro, sino todos claros,  
los grandes Astros, de color de cielo,  
las Estrellas, de lindo plateado.

*Estribillo*

¡Va de colores,  
a escoger, a escoger los mejores,  
tales y buenos,  
que han de ir a más, con colores a-menos!

**21**

*Estribillo*

A la brisa suavísima  
del Favonio Paráclito,<sup>21</sup>  
¡oh qué bien asegura Pedro el tránsito!

*Coplas*

Aquel Piloto científico,  
que su misterioso cáñamo

<sup>21</sup> Favonio Paráclito, el espíritu Santo como sopro favorable.

tiende a soplos del Espíritu,  
vital aliento del ánimo,

de este mundo en el océano  
saca el Bajel Eclesiástico,  
del Aquilón en sus cóleras,  
de las violencias del África.<sup>22</sup>

Sólo recibe benévolas  
(en las tempestades práctico)  
inspiraciones del Céfito,  
soplos del divino Oráculo.

Si le acometen coléricos  
duros Piratas del Tártaro,  
o en tempestades heréticas  
o en torbellinos cismáticos,

sagradamente belígero,  
fulmina en breve relámpago  
tanto terror, que del Líbano  
tiembla el cedro más fantástico.

La Nave negra de Incrédulos  
deshace en lucientes átomos,  
y pára en calma beatífica  
lo que empezó por escándalo.

<sup>22</sup> Aquilón, viento que procede del norte; África o Ábrego, viento templado y húmedo del sudoeste que trae lluvias.

Vencido el horror diabólico,  
hecho el Bajel receptáculo  
de seguridad al tímido,  
de serenidad al párvulo,

surge en el Puerto Deífico,  
donde en celestiales cánticos,  
le hacen la salva marítima  
los que ya gozan del Tálamo.

## 22

### *Ensaladilla*

1. —Fuéronse, amigos, por alto  
estos Maitines primeros,  
pues de los Negros las coplas  
se han quedado en el tintero.

2. —Es la fiesta de Gloria,  
y el ornamento  
ha de ser todo blanco  
y nada negro.

1. —Los Mestizos se retiren  
con sus cuatros en el cuerpo,  
que son músicos de tierra  
y están de solfa los Cielos.

2. —Los Mestizos no entienden  
tanto Misterio,

ni levantan sus plumas  
tan alto el vuelo.

1. —Quisieron los Galleguiños  
meterse con su gaitero,  
y en fiestas de cortesanos  
no suenan bien los panderos.

2. —*Os Galegos no güelen  
flores de oseo,*<sup>23</sup>  
*que non teñe Galicia  
sino romeros.*

1. —Con sus pies entró un Poeta  
desangrándose de versos,  
que le ha picado en la vena  
un esdrújulo barbero.

2. —Ándense, pues, a pie  
ya los Poetas,  
porque los entendidos  
no anden con bestias.

1. —Con su tocotín los Indios  
hasta la plaza vinieron,  
y al són de su tocotín  
todos quedaron en cueros.

2. —Son flecheros los Indios;  
y tan cursados,  
que las flechas que tiran  
dan en el blanco.

<sup>23</sup> Flores de oseo: *do ceu* (en gallego y portugués), del cielo.

1. —Las Mulatas se venían  
a hacer su papel de estraza,  
y de miedo del perrero  
se les malogró la danza.
2. —Del color de la pasa  
traen el tocado,  
con el rostro alazán  
algo tostado.

1. —Todos llenos de placer  
en ayunas se quedaron,  
por ser única Vigilia  
la de Misterio tan alto.
2. —Para hacer colación  
vaya este plato,  
que es de la Ensaladilla  
lindo regalo.

*Estribillo*

1. —¡Vayan, vayan afuera;  
las tropas paren,  
porque están los Maitines  
ya para Laudes!
2. —¡Vengan, vengan temprano  
danzas y bailes,  
que lo que es este año  
llegaron tarde!

# Auto y Comedia



*El Divino Narciso*, Jorge Sánchez Hernández (1926)

Óleo sobre tela | 1.50 m x 90 cm | 1978

## EL DIVINO NARCISO

(Fragmento)<sup>1</sup>

### Naturaleza Humana

[...]

¡Oh, qué bien suenan unidas  
las alabanzas acordes,  
que de Su Beldad divina  
celebran las perfecciones!  
Que aunque las desdichas mías  
desterrada de Sus soles  
me tienen, no me prohíben  
el que Su Belleza adore;  
que aunque, justamente airado  
por mis delitos enormes,  
me desdeña, no me faltan  
piadosos intercesores  
que Le insten continuamente  
para que el perdón me otorgue,  
y el estar en mí Su imagen,  
bien que los raudales torpes  
de las aguas de mis culpas

<sup>1</sup> Auto sacramental sobre Narciso, joven bello de la mitología griega, que cautivado por su imagen reflejada en un lago, se enamoró de ella y queriendo abrazarla se ahogó. Sor Juana imagina al Verbo, la Segunda Persona de la Trinidad, como "Divino Narciso" que se enamora de su imagen y semejanza en la naturaleza humana, se encarna para vivir junto a ella, se hace Eucaristía para alimentarla con el Pan de Vida, y muere por ella para darle vida.

toda mi belleza borren:  
que a las culpas, el Sagrado  
Texto, en muchas ocasiones  
aguas llama, cuando dice:  
“No la tempestad me ahogue  
del agua”; y en otra parte,  
alabando los favores  
de Dios, repite David  
que su Dios, que le socorre,  
le libró de muchas aguas;  
y que los intercesores  
llegan en tiempo oportuno,  
pero que no en los furores  
del diluvio de las aguas.  
Y así, bien es que yo nombre  
aguas turbias a mi culpa,  
cuyos obscenos colores  
entre mí y Él interpuestos,  
tanto mi sér descomponen,  
tanto mi belleza afean,  
tanto alteran mis facciones,  
que si las mira Narciso,  
a Su imagen desconoce.  
Díganlo, después de aquel  
pecado del primer hombre,  
que fué mar, cuyas espumas  
no hay ninguno que no mojen,  
tántas fuentes, tántos ríos  
obscenos de pecadores,  
en quien la Naturaleza  
siempre sumergida, esconde

Su Hermosura. ¡Oh, quiera el Cielo  
que mis esperanzas topen  
alguna Fuente que, libre  
de aquellas aguas salobres,  
represente de Narciso  
enteras las perfecciones!  
Y mientras quiere mi dicha  
que yo sus cristales toque,  
vosotros, para ablandar  
de Narciso los rigores,  
repetid Sus alabanzas  
en tiernas aclamaciones,  
uniendo a cláusulas llanto,  
porque es lo mejor que oye.  
Representad mi dolor;  
que vuestras voces acordes  
puede ser que Lo enternezcan,  
y piadoso me perdone.  
Y pues en edad ninguna  
ha faltado quien abogue  
por mí, vamos a buscar  
la Fuente en que mis borrones  
se han de lavar, sin dejar  
las dulces repeticiones  
de la Música, diciendo  
entre lágrimas y voces:

Coro 1

¡Alabad al Señor todos los hombres!

Coro 2

¡Aplaudid a Narciso, fuentes y flores!

[...]

Naturaleza Humana

De buscar a Narciso fatigada,  
sin permitir sosiego a mi pie errante,  
ni a mi planta cansada  
que tantos ha ya días que vagante  
examina las breñas  
sin poder encontrar más que las señas,

a este bosque he llegado donde espero  
tener noticias de mi Bien perdido;  
que si señas confiero,  
diciendo está del prado lo florido,  
que producir amenidades tantas,  
es por haber besado ya sus plantas.

¡Oh, cuántos días ha que he examinado  
la selva flor a flor, y planta a planta,  
gastando congojado  
mi triste corazón en pena tanta,

y mi pie fatigando, vagabundo,  
 tiempo, que siglos son; selva, que es Mundo!

Díganlo las edades que han pasado,  
 díganlo las regiones que he corrido,  
 los suspiros que he dado,  
 de lágrimas los ríos que he vertido,  
 los trabajos, los hierros, las prisiones  
 que he padecido en tantas ocasiones.

Una vez, por buscarle, me toparon  
 de la Ciudad las Guardas, y atrevidas,  
 no sólo me quitaron  
 el manto, mas me dieron mil heridas  
 los Centinelas de los altos muros,  
 teniéndose de mí por mal seguros.

¡Oh Ninfas que habitáis este florido  
 y ameno prado, ansiosamente os ruego  
 que si acaso al Querido  
 de mi alma encontrareis, de mi fuego  
 Le noticiéis, diciendo el agonía  
 con que de amor enferma el alma mía!

Si queréis que os dé señas de mi Amado,  
 rubicundo esplendor Le colorea  
 sobre jazmín nevado;  
 por su cuello, rizado Ofir pasea;  
 los ojos, de paloma que enamora  
 y en los raudales transparentes mora.

Mirra olorosa de su aliento exhala;  
las manos son al torno, y están llenas  
de jacintos, por gala,  
o por indicio de Sus graves penas:  
que si el jacinto es *Ay*, entre Sus brillos  
ostenta tantos *Ayes* como anillos.

Dos columnas de mármol, sobre basas  
de oro, sustentan Su edificio bello;  
y en delicias no escasas  
suavísimo es, y ebúrneo, el blanco cuello;  
y todo apetecido y deseado.  
Tal es, ¡oh ninfas!, mi divino Amado.

[...]

## Escena VII

*(Sale la Gracia, de Pastora, cantando; y vanse acercando.)*

### Gracia

Albricias, Mundo; albricias,  
Naturaleza Humana,  
pues con dar esos pasos  
te acercas a la Gracia:  
¡dichosa el Alma  
que merece tenerme en su morada!

Venturosa es mil veces  
quien me ve tan cercana;

que está muy cerca el Sol  
cuando parece el Alba:  
¡dichosa el Alma  
que merece hospedarme en su morada!  
*(Repite la Música este último verso, y llégase la Naturaleza a ella.)*

Naturaleza Humana

Pastora hermosa, que admiras,<sup>2</sup>  
dulce Sirena, que encantas  
no menos con tu hermosura  
que con tu voz soberana;  
pues a mí tu voz diriges  
y a mí albricias me demandas  
de alguna nueva feliz,  
pues dicen tus consonancias:

Las dos

Albricias, Mundo; albricias  
Naturaleza Humana,  
pues con dar esos pasos  
te acercas a la Gracia:

Coro

¡Dichosa el Alma,  
que merece hospedarme en su morada!

<sup>2</sup> Pastora hermosa, la Gracia divina.

Naturaleza Humana

¿De qué son? Y tú, quién eres  
díme; porque aunque tu cara  
juzgo que he visto otra vez,  
las especies tan borradas  
tengo, que no te conozco  
bien.

Gracia

Aquesto no me espanta,  
que estuve poco contigo,  
y tú entonces descuidada  
no me supiste estimar,  
hasta que viste mi falta.

Naturaleza Humana

Pues en fin, díme ¿quién eres?

Gracia

¿No te acuerdas de una Dama  
que, en aquel bello Jardín  
adonde fue tu crianza,  
por mandato de tu Padre  
gustosa te acompañaba  
asistiéndote, hasta que  
tú por aquella desgracia,  
dejándole a Él enojado,

te saliste desterrada,  
y a mí me apartó de ti,  
de tu delito en venganza,  
hasta ahora?

### Naturaleza Humana

¡Oh, venturosa  
la que vuelve a ver tu cara,  
Gracia divina, pues eres  
la mejor prenda del Alma!  
¡Los brazos me dá!

[...]

### Gracia

Debido obsequio es, y así  
yo te ayudaré a invocarla.

*(La Naturaleza Humana se está dirigiendo  
a la Gracia divina en semblanza de Pastora.)*

¡Oh, siempre cristalina,<sup>3</sup>  
clara y hermosa Fuente:  
tente, tente;  
reparen mi ruina  
tus ondas presurosas,  
claras, limpias, vivificas, lustrosas!

<sup>3</sup> La Naturaleza Humana canta a la Gracia divina vestida de pastora.

Naturaleza Humana

No vayas tan ligera  
en tu corriente clara;  
pára, pára,  
mis lágrimas espera:  
vayan con tu corriente  
santa, pura, clarísima, luciente.

Gracia

¡Fuente de perfecciones,  
de todas la más buena,  
llena, llena  
de méritos y dones,  
a quien nunca ha llegado  
mácula, riesgo, sombra, ni pecado!

Naturaleza Humana

Serpiente ponzoñosa  
no llega a tus espejos:  
lejos, lejos  
de tu corriente hermosa,  
su ponzoña revienta;  
tú corres limpia, preservada, exenta.

Gracia

Bestia obscena, ni fiera,  
no llega a tus cristales;

tales, tales  
 son, y de tal manera,  
 que dan con su dulzura  
 fortaleza y salud, gusto y ventura.

#### Naturaleza Humana

Mi imagen representa  
 si Narciso repara,  
 clara, clara;  
 porque al mirarla sienta  
 del amor los efectos,  
 ansias, deseos, lágrimas y afectos.

#### Gracia

Ahora en la margen florida,  
 que da a su líquida plata  
 guarniciones de claveles  
 sobre campos de esmeraldas,  
 nos sentaremos en tanto  
 que llega; que el que Lo atraiga  
 Naturaleza, no dudo,  
 si está junto con la Gracia.

#### Naturaleza Humana

Si el disponerme a tenerla,  
 cuanto puedan mis humanas  
 fuerzas, es lo que me toca,  
 ya obedezco lo que mandas.

Escena VIII

*(Llegan las dos a la Fuente; pónese la Naturaleza entre las ramas, y con ella la Gracia, de manera que parezca que se miran; y sale por otra parte Narciso, con una honda, como Pastor, y canta el último verso de [cada una de] las Coplas, y lo demás representa.)*

Narciso

Ovejuela perdida,  
de tu dueño olvidada,  
¿adónde vas errada?  
Mira que dividida

*(Canta)*

de Mí, también te apartas de tu vida.

Por las cisternas viejas  
bebiendo turbias aguas,  
tu necia sed enjaguas;  
y con sordas orejas,

*(Canta)*

de las aguas vivílicas te alejas.

En Mis finezas piensa:  
verás que, siempre amante,  
te guardo vigilante,  
te libro de la ofensa,

*(Canta)*

y que pongo la vida en tu defensa.  
De la escarcha y la nieve  
cubierto, voy siguiendo  
tus necios pasos, viendo  
que ingrata no te mueve

*(Canta)*

ver que dejo por ti noventa y nueve.

Mira que Mi hermosura  
de todas es amada,  
de todas es buscada,  
sin reservar criatura,

*(Canta)*

y sólo a ti te elige tu ventura.

Por sendas horrorosas  
tus pasos voy siguiendo,  
y mis plantas hiriendo  
de espinas dolorosas

*(Canta)*

que estas selvas producen, escabrosas.

Yo tengo de buscarte;  
y aunque tema perdida,  
por buscarte, la vida,  
no tengo de dejarte,

*(Canta)*

que antes quiero perderla por hallarte.

¿Así me correspondes,  
necia, de juicio errado?  
¿No soy Quien te ha criado?  
¿Cómo no me respondes,

*(Canta)*

y (como si pudieras) te Me escondes?

Pregunta a tus mayores  
los beneficios Míos:  
los abundantes ríos,  
los pastos y verdes,

*(Canta)*

en que te apacentaron Mis amores.

En un campo de abrojos,  
en tierra no habitada,  
te hallé sola, arriesgada  
del lobo a ser despojos,

(*Canta*)

y te guardé cual niña de Mis ojos.

Trájetete a la verdura  
del más ameno prado,  
donde te ha apacentado  
de la miel la dulzura,

(*Canta*)

y aceite que manó de peña dura.

Del trigo generoso  
la medula escogida  
te sustentó la vida,  
hecho manjar sabroso,

(*Canta*)

y el licor de las uvas oloroso.

Engordaste, y lozana,  
soberbia y engreída  
de verte tan lucida,  
altivamente vana,

(*Canta*)

mi belleza olvidaste soberana.

Buscaste otros Pastores  
a quien no conocieron  
tus padres, ni los vieron  
ni honraron tus mayores;

*(Canta)*

y con esto incitaste Mis furores.

Y prorrumpí enojado:  
Yo esconderé Mi cara  
(a cuyas luces pára  
su cara el Sol dorado)

*(Canta)*

de este ingrato, perverso, infiel ganado.

Yo haré que Mis furores  
los campos les abrasen,  
y las hierbas que pacen;  
y talen Mis ardores

*(Canta)*

aun los montes que son más superiores.

Mis saetas ligeras  
les tiraré, y la hambre  
corte el vital estambre;  
y de aves carniceras

*(Canta)*

serán mordidos, y de bestias fieras.

Probarán los furores  
de arrastradas serpientes;  
y en muertes diferentes  
obrará, en Mis rigores,

*(Canta)*

fuera, el cuchillo; y dentro, los temores.

Mira que soberano  
soy, y que no hay más fuerte;  
que Yo doy vida y muerte,  
que Yo hiero y Yo sano,

*(Canta)*

y que nadie se escapa de Mi mano.

Pero la sed ardiente  
me aflige y me fatiga;  
bien es que el curso siga  
de aquella clara Fuente,

*(Canta)*

y que en ella templar Mi ardor intente.

Que pues por ti he pasado  
la hambre de gozarte,  
no es mucho que mostrarte  
procure Mi cuidado,

(Canta)

que de la sed por ti estoy abrasado.

[...]

Narciso

Llego; mas ¿qué es lo que miro?  
¿Qué soberana Hermosura  
afrenta con su luz pura  
todo el Celestial Zafiro?  
Del Sol el luciente giro,  
en todo el curso luciente  
que da desde Ocaso a Oriente,  
no esparce en Signos y Estrellas  
tanta luz, tantas centellas  
como da sola esta Fuente.

Cielo y Tierra se han cifrado  
a componer su arrebol:  
el Cielo con su Farol,  
y con sus flores el prado.  
La Esfera se ha trasladado  
toda, a quererla adornar;  
pero no, que tan sin par

Belleza, todo el desvelo  
de la Tierra, ni del Cielo,  
no la pudieran formar.

Recién abierta granada  
sus mejillas sonrosea;  
sus dos labios hermosea  
partida cinta rosada,  
por quien la voz delicada,  
haciendo al coral agravio,  
despide el aliento sabio  
que así a sus claveles toca;  
leche y miel vierte la boca,  
pañales destila el labio.

Las perlas que en concha breve  
guarda, se han asimilado  
al rebaño, que apiñado  
desciende en copos de nieve;  
el cuerpo, que gentil mueve,  
el aire a la palma toma;  
los ojos, por quien asoma  
el alma, entre su arrebol  
muestran, con luces del Sol,  
benignidad de paloma.

Terso el bulto delicado,  
en lo que a la vista ofrece,  
parva de trigo parece,  
con azucenas vallado;  
de marfil es torneado

el cuello, gentil coluna.  
No puede igualar ninguna  
hermosura a su arrebol:  
escogida como el Sol  
y hermosa como la Luna.

Con un ojo solo, bello,  
el corazón Me ha abrasado;  
el pecho Me ha traspasado  
con el rizo de un cabello.  
¡Abre el cristalino sello  
de ese centro claro y frío,  
para que éntre el amor Mío!  
Mira que traigo escarchada  
la crencha de oro, rizada,  
con las perlas del rocío.

¡Vén, Esposa, a tu Querido;  
rompe esa cortina clara:  
muéstrame tu hermosa cara,  
suene tu voz a mi oído!  
¡Vén del Líbano escogido,  
acaba ya de venir,  
y coronaré el Ofir<sup>4</sup>  
de tu madeja preciosa  
con la Corona olorosa  
de Amaná, Hermón y Sanir!<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Coronaré el Ofir, el oro de tu cabellera.

<sup>5</sup> Amaná, Hermón y Sanín, montes bíblicos que menciona el Esposo buscando a la Esposa (Cantar de los Cantares, 4,8).

[...]

Narciso

¿Por qué lloras, Pastora?  
Que las perlas que viertes  
el Corazón Me ablandan,  
el Alma Me enternecen.

Naturaleza Humana

Por mi Narciso lloro,  
señor; si Tú Le tienes,  
díme dónde está, para  
que yo vaya a traerle.

Narciso

¿Pues cómo, Esposa Mía,  
no puedes conocerme,  
si a Mi Beldad Divina  
ninguna se parece?

Naturaleza Humana

¡Ay, adorado Esposo,  
deja que alegremente  
llegue a besar tus plantas!

Narciso

A tocarme no llegues,  
porque voy con Mi Padre  
a Su Trono celeste.

Naturaleza Humana

Luego, ¿me dejas sola?  
¡Ay, Señor, no me dejes;  
que volverá a insidiarme  
mi enemiga Serpiente!

[...]

LOS EMPEÑOS DE UNA CASA

(Fragmento)

Jornada primera, Cuadro Primero, Escena II<sup>6</sup>

Doña Leonor

[...]

Decirte que nací hermosa  
presumo que es excusado,

<sup>6</sup> Todos los comentaristas están de acuerdo en ver en este pasaje a sor Juana hablando de sí misma a través del personaje de doña Leonor.

pues lo atestiguan tus ojos  
 y lo prueban mis trabajos.  
 Sólo diré... Aquí quisiera  
 no ser yo quien lo relato,  
 pues en callarlo o decirlo  
 dos inconvenientes hallo:  
 porque si digo que fui  
 celebrada por milagro  
 de discreción, me desmiente  
 la necedad del contarlo;  
 y si lo callo, no informo  
 de mí, y en un mismo caso  
 me desmiento si lo afirmo,  
 y lo ignoras si lo callo.  
 Pero es preciso al informe  
 que de mis sucesos hago  
 (aunque pase la modestia  
 la vergüenza de contarlo),  
 para que entiendas la historia,  
 presuponer asentado  
 que mi discreción la causa  
 fue principal de mi daño.

Inclinéme a los estudios  
 desde mis primeros años  
 con tan ardientes desvelos,  
 con tan ansiosos cuidados,  
 que reduje a tiempo breve  
 fatigas de mucho espacio.  
 Conmuté el tiempo, industriosa,  
 a lo intenso del trabajo,

de modo que en breve tiempo  
era el admirable blanco  
de todas las atenciones,  
de tal modo, que llegaron  
a venerar como infuso  
lo que fue adquirido lauro.  
Era de mi patria toda  
el objeto venerado  
de aquellas adoraciones  
que forma el común aplauso;  
y como lo que decía,  
fuese bueno o fuese malo,  
ni el rostro lo deslucía  
ni lo desairaba el garbo,  
llegó la superstición  
popular a empeño tanto,  
que ya adoraban deidad  
el ídolo que formaron.

Voló la Fama parlera,  
discurrió reinos extraños,  
y en la distancia segura  
acreditó informes falsos.  
La pasión se puso anteojos  
de tan engañosos grados,  
que a mis moderadas prendas  
agrandaban los tamaños.

[...]

Prosa



Carta a sor Filotea, Jorge Sánchez Hernández (1926)

Óleo sobre tela | 1.35 x 1.05 m | 1978

*Respuesta de la poetisa a la muy ilustre  
sor Filotea de la Cruz*



Muy Ilustre Señora, mi Señora: No mi voluntad, mi poca salud y mi justo temor han suspendido tantos días mi respuesta. ¿Qué mucho si, al primer paso, encontraba para tropezar mi torpe pluma dos imposibles? El primero (y para mí el más riguroso) es saber responder a vuestra doctísima, discretísima, santísima y amorosísima carta. Y si veo que preguntado el Ángel de las Escuelas, Santo Tomás, de su silencio con Alberto Magno, su maestro, respondió que callaba porque nada sabía decir digno de Alberto, con cuánta mayor razón callaría, no como el Santo, de humildad, sino que en la realidad es no saber algo digno de vos. El segundo imposible es saber agradeceros tan excesivo como no esperado favor, de dar a las prensas mis borrones: merced tan sin medida que aun se le pasara por alto a la esperanza más ambiciosa y al deseo más fantástico; y que ni aun como ente de razón pudiera caber en mis pensamientos; y en fin, de tal magnitud que no sólo no se puede estrechar a lo limitado de las voces, pero excede a la capacidad del agradecimiento, tanto por grande como por no esperado, que es lo que dijo Quintiliano: *Minorem spei, maiorem benefacti gloriam pereunt.*<sup>1</sup> Y tal que enmudecen al beneficiado.

Cuando la felizmente estéril para ser milagrosamente fecunda, madre del Bautista vio en su casa tan desproporcionada visita como la Madre del Verbo, se le entorpeció el entendimiento y se le suspendió el discurso; y así, en vez de agradaki-

<sup>1</sup> Menor gloria producen las esperanzas, mayor los beneficios.

mientos, prorrumpió en dudas y preguntas: *Et unde hoc mihi? ¿De dónde a mí viene tal cosa? Lo mismo sucedió a Saúl cuando se vio electo y ungido rey de Israel: Numquid non filius Iemini ego sum de minima tribu Israel, et cognatio mea novissima inter omnes de tribu Benjamin? Quare igitur locutus es mihi sermonem istum?*<sup>2</sup> Así yo diré: ¿de dónde, venerable Señora, de dónde a mí tanto favor? ¿Por ventura soy más que una pobre monja, la más mínima criatura del mundo y la más indigna de ocupar vuestra atención? Pues *quare locutus es mihi sermonem istum? ¿Et unde hoc mihi?*

Ni al primer imposible tengo más que responder que no ser nada digno de vuestros ojos; ni al segundo más que admiraciones, en vez de gracias, diciendo que no soy capaz de agradeceros la más mínima parte de lo que os debo. No es afectada modestia, Señora, sino ingenua verdad de toda mi alma, que al llegar a mis manos, impresa, la carta que vuestra propiedad llamó *Atenagórica*, prorrumpí (con no ser esto en mí muy fácil) en lágrimas de confusión, porque me pareció que vuestro favor no era más que una reconvención que Dios hace a lo mal que le correspondo; y que como a otros corrige con castigos, a mí me quiere reducir a fuerza de beneficios. Especial favor de que conozco ser su deudora, como de otros infinitos de su inmensa bondad; pero también especial modo de avergonzarme y confundirme: que es más primoroso medio de castigar hacer que yo misma, con mi conocimiento, sea el juez que me sentencie y condene mi ingratitud. Y así, cuando esto considero acá a mis solas, suelo decir: Bendito seáis vos, Señor, que no sólo no quisisteis en manos de otra criatura el juzgarme, y que ni aun en la mía lo pusisteis, sino

<sup>2</sup> “¿No soy yo de Benjamín, una de las menores tribus de Israel? ¿No es mi familia la más pequeña de todas las de la tribu de Benjamín? ¿Cómo me dices estas cosas?”. (1 Sam, 9,21.)

que lo reservasteis a la vuestra, y me librateis a mí de mí y de la sentencia que yo misma me daría —que, forzada de mi propio conocimiento, no pudiera ser menos que de condenación—, y vos la reservasteis a vuestra misericordia, porque me amáis más de lo que yo me puedo amar.

Perdonad, Señora mía, la digresión que me arrebató la fuerza de la verdad; y si la he de confesar toda, también es buscar efigios para huir la dificultad de responder, y casi me he determinado a dejarlo al silencio; pero como éste es cosa negativa, aunque explica mucho con el énfasis de no explicar, es necesario ponerle algún breve rótulo para que se entienda lo que se pretende que el silencio diga; y si no, dirá nada el silencio, porque ése es su propio oficio: decir nada. Fue arrebatado el Sagrado Vaso de Elección al tercer Cielo, y habiendo visto los arcanos secretos de Dios dice: *Audivit arcana Dei, quae non licet homini loqui*. No dice lo que vio, pero dice que no lo puede decir; de manera que aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir siquiera que no se pueden decir, para que se entienda que el callar no es no haber qué decir, sino no haber en las voces lo mucho que hay que decir. Dice San Juan que si hubiera de escribir todas las maravillas que obró nuestro Redentor, no cupieran en todo el mundo los libros; y dice Vieyra,<sup>3</sup> sobre este lugar, que en sola esta cláusula dijo más el Evangelista que en todo cuanto escribió; y dice muy bien el Fénix Lusitano (pero ¿cuándo no dice bien, aun cuando no dice bien?), porque aquí dice San Juan todo lo que dejó de decir y expresó lo que dejó de expresar. Así, yo, Señora mía, sólo responderé que no sé qué responder; sólo agradeceré diciendo que no soy capaz de agradeceros; y diré, por breve

<sup>3</sup> Padre Antonio Vieyra, el gran orador portugués jesuita.

rótulo de lo que dejo al silencio, que sólo con la confianza de favorecida y con los valimientos de honrada, me puedo atrever a hablar con vuestra grandeza. Si fuere necedad, perdonadla, pues es alhaja de la dicha, y en ella ministraré yo más materia a vuestra benignidad y vos daréis mayor forma a mi reconocimiento.

No se hallaba digno Moisés, por balbuciente, para hablar con Faraón, y, después, el verse tan favorecido de Dios, le infunde tales alientos, que no sólo habla con el mismo Dios, sino que se atreve a pedirle imposibles: *Ostende mihi faciem tuam*. Pues así yo, Señora mía, ya no me parecen imposibles los que puse al principio, a vista de lo que me favorecéis; porque quien hizo imprimir la Carta tan sin noticia mía, quien la intituló, quien la costeó, quien la honró tanto (siendo de todo indigna por sí y por su autora), ¿qué no hará?, ¿qué no perdonará?, ¿qué dejará de hacer y qué dejará de perdonar? Y así, debajo del supuesto de que hablo con el salvoconducto de vuestros favores y debajo del seguro de vuestra benignidad, y de que me habéis, como otro Asuero, dado a besar la punta del cetro de oro de vuestro cariño en señal de concederme benévola licencia para hablar y proponer en vuestra venerable presencia, digo que recibo en mi alma vuestra santísima amonestación de aplicar el estudio a Libros Sagrados, que aunque viene en traje de consejo, tendrá para mí sustancia de precepto; con no pequeño consuelo de que aun antes parece que prevenía mi obediencia vuestra pastoral insinuación, como a vuestra dirección, inferido del asunto y pruebas de la misma Carta. Bien conozco que no cae sobre ella vuestra cuerdisima advertencia, sino sobre lo mucho que habréis visto de asuntos humanos que he escrito; y así, lo que he dicho no es más que satisfaceros con ella a la falta de aplicación que habréis inferido (con mucha

razón) de otros escritos míos. Y hablando con más especialidad os confieso, con la ingenuidad que ante vos es debida y con la verdad y claridad que en mí siempre es natural y costumbre, que el no haber escrito mucho de asuntos sagrados no ha sido desafición, ni de aplicación la falta, sino sobra de temor y reverencia debida a aquellas Sagradas Letras, para cuya inteligencia yo me conozco tan incapaz y para cuyo manejo soy tan indigna; resonándome siempre en los oídos, con no pequeño horror, aquella amenaza y prohibición del Señor a los pecadores como yo: *Quare tu enarras iustitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?*<sup>4</sup> Esta pregunta y el ver que aun a los varones doctos se prohibía el leer los Cantares hasta que pasaban de treinta años, y aun el Génesis: éste por su oscuridad, y aquéllos porque de la dulzura de aquellos epitalamios no tomase ocasión la imprudente juventud de mudar el sentido en carnales afectos. Compruébalo mi gran Padre San Jerónimo, mandando que sea esto lo último que se estudie, por la misma razón: *Ad ultimum sine periculo discat Canticum Canticorum, ne si in exordio legerit, sub carnalibus verbis spiritualium nuptiarum Epithalamium non intelligens, vulneretur;*<sup>5</sup> y Séneca dice: *Teneris in annis haut clara est fides.*<sup>6</sup> Pues ¿cómo me atreviera yo a tomarlo en mis indignas manos, repugnándolo el sexo, la edad y sobre todo las costumbres? Y así confieso que muchas veces este temor me ha quitado la pluma de la mano y ha hecho retroceder los asuntos hacia el mismo entendimiento de quien querían brotar; el cual inconveniente no topaba en los asuntos profanos, pues una

<sup>4</sup> “¿Por qué tú hablas de mis mandamientos y tomas mi testamento en tu boca?”. (Salmo 49,16.)

<sup>5</sup> “Al último conozca sin peligro el Cantar de los Cantares, para evitar que, si lo leyera en los inicios, sufra daño no entendiendo bajo palabras carnales el Epitalaneo de las bodas espirituales” (San Jerónimo, *Carta a Leta*.)

<sup>6</sup> En los tiernos años no es clara la fe.

herejía contra el arte no la castiga el Santo Oficio, sino los discretos con risa y los críticos con censura; y ésta, *iusta vel iniusta, timenda non est*,<sup>7</sup> pues deja comulgar y oír misa, por lo cual me da poco o ningún cuidado; porque, según la misma decisión de los que lo calumnian, ni tengo obligación para saber ni aptitud para acertar; luego, si lo yerro, ni es culpa ni es descrédito. No es culpa, porque no tengo obligación; no es descrédito, pues no tengo posibilidad de acertar, y *ad impossibilia nemo tenetur*. Y, a la verdad, yo nunca he escrito sino violentada y forzada y sólo por dar gusto a otros; no sólo sin complacencia, sino con positiva repugnancia, porque nunca he juzgado de mí que tenga el caudal de letras e ingenio que pide la obligación de quien escribe; y así, es la ordinaria respuesta a los que me instan, y más si es asunto sagrado: ¿Qué entendimiento tengo yo, qué estudio, qué materiales, ni qué noticias para eso, sino cuatro bachillerías superficiales? Dejen eso para quien lo entienda, que yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de decir alguna proposición malsonante o torcer la genuina inteligencia de algún lugar. Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento.

El escribir nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajena; que les pudiera decir con verdad: *Vos me coegistis*. Lo que sí es verdad que no negaré (lo uno porque es notorio a todos, y lo otro porque, aunque sea contra mí, me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad) que desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones

<sup>7</sup> Justa o injusta, no hay que temerla.

—que he tenido muchas—, ni propias reflejas —que he hecho no pocas—, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí: Su Majestad sabe por qué y para qué; y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento dejando sólo lo que baste para guardar su Ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer; y aun hay quien diga que daña. Sabe también Su Majestad que no consiguiendo esto, he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificársele sólo a quien me le dio; y que no otro motivo me entró en religión, no obstante que al desembarazo y quietud que pedía mi estudiosa intención eran repugnantes los ejercicios y compañía de una comunidad; y después, en ella, sabe el Señor, y lo sabe en el mundo quien sólo lo debió saber, lo que intenté en orden a esconder mi nombre, y que no me lo permitió, diciendo que era tentación; y sí sería. Si yo pudiera pagaros algo de lo que os debo, Señora mía, creo que sólo os pagara en contaros esto, pues no ha salido de mi boca jamás, excepto para quien debió salir. Pero quiero que con haberos franqueado de par en par las puertas de mi corazón, haciéndoos patentes sus más sellados secretos, conozcáis que no desdice de mi confianza lo que debo a vuestra venerable persona y excesivos favores.

Prosiguiendo en la narración de mi inclinación, de que os quiero dar entera noticia, digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman Amigas, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que la daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, la dije que mi madre ordenaba me diese lección. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero, por complacer al

donaire, me la dio. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia; y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto; y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden. Aún vive la que me enseñó (Dios la guarde), y puede testificarlo.

Acuérdome que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderoso en los niños. Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que dependen las mujeres, oí decir que había Universidad y Escuelas en que se estudiaban las ciencias, en Méjico; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a Méjico, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer, e hizo muy bien, pero yo despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a Méjico, se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar.

Empecé a deprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud— es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta dónde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si cuando volviese a

crecer hasta allí no sabía tal o tal cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba en pena de la rudeza: que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno. Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales), muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respeto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencillas de mi genio, que eran de querer vivir sola; de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación, hasta que alumbrándome personas doctas de que era tentación, la vencí con el favor divino, y tomé el estado que tan indignamente tengo. Pensé yo que huía de mí misma, pero imiserable de mí! trájeme a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en esta inclinación, que no sé determinar si por prenda o castigo me dio el Cielo, pues de apagarse o embarazarse con tanto ejercicio que la religión tiene, reventaba como pólvora, y se verificaba en mí el *privatio est causa appetitus*.<sup>8</sup>

Volví (mal dije, pues nunca cesé); proseguí, digo, a la estu-  
diosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que  
sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más

<sup>8</sup> La privación es causa del apetito.

estudiar, sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro; pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor de las letras. ¡Oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, cuánto hubiera merecido! Bien que yo procuraba elevarlo cuanto podía y dirigirlo a su servicio, porque el fin a que aspiraba era a estudiar Teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no saber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los divinos misterios; y que siendo monja y no seglar, debía, por el estado eclesiástico, profesar letras; y más siendo hija de un San Jerónimo y de una Santa Paula, que era degenerar de tan doctos padres ser idiota la hija.<sup>9</sup> Esto me proponía yo de mí misma y me parecía razón; si no es que era (y eso es lo más cierto) lisonjear y aplaudir a mi propia inclinación, proponiéndola como obligatorio su propio gusto.

Con esto proseguí, dirigiendo siempre, como he dicho, los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y artes humanas; porque ¿cómo entenderá el estilo de la Reina de las Ciencias quien aun no sabe el de las ancilas? ¿Cómo sin Lógica sabría yo los métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo sin Retórica entendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo sin Física, tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios, donde se simbolizan tantas cosas ya declaradas, y otras muchas que hay? ¿Cómo si el sanar Saúl al sonido del arpa de David fue virtud y fuerza natural de la

<sup>9</sup> Santa Paula, la gran discípula de san Jerónimo y patrona del convento de San Jerónimo donde habitaba sor Juana Inés de la Cruz.

música, o sobrenatural que Dios quiso poner en David? ¿Cómo sin Aritmética se podrán entender tantos cálculos de años, de días, de meses, de horas, de hebdómadas tan misteriosas como las de Daniel, y otras para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los números? ¿Cómo sin Geometría se podrán medir el Arca Santa del Testamento y la Ciudad Santa de Jerusalén, cuyas misteriosas mensuras hacen un cubo con todas sus dimensiones, y aquel repartimiento proporcional de todas sus partes tan maravilloso? ¿Cómo sin Arquitectura, el gran Templo de Salomón, donde fue el mismo Dios el artífice que dio la disposición y la traza, y el Sabio Rey sólo fue sobrestante que la ejecutó; donde no había basa sin misterio, columna sin símbolo, cornisa sin alusión, arquitecra sin significado; y así de otras sus partes, sin que el más mínimo filete estuviese sólo por el servicio y complemento del Arte, sino simbolizando cosas mayores? ¿Cómo sin grande conocimiento de reglas y partes de que consta la Historia se entenderán los libros historiales? Aquellas recapitulaciones en que muchas veces se pospone en la narración lo que en el hecho sucedió primero. ¿Cómo sin grande noticia de ambos Derechos podrán entenderse los libros legales? ¿Cómo sin grande erudición tantas cosas de historias profanas, de que hace mención la Sagrada Escritura; tantas costumbres de gentiles, tantos ritos, tantas maneras de hablar? ¿Cómo sin muchas reglas y lección de Santos Padres se podrá entender la oscura locución de los Profetas? Pues sin ser muy perito en la Música, ¿cómo se entenderán aquellas proporciones musicales y sus primores que hay en tantos lugares, especialmente en aquellas peticiones que hizo a Dios Abraham, por las Ciudades, de que si perdonaría habiendo cincuenta justos, y de este número bajó a cuarenta y cinco, que es sesquinona y es como de mi a

re; de aquí a cuarenta, que es sesquioctava y es como de re a mi; de aquí a treinta, que es sesquitercia, que es la del diatesarón; de aquí a veinte, que es la proporción sesquiáltera, que es la del diapente; de aquí a diez, que es la dupla, que es el diapasón; y como no hay más proporciones armónicas no pasó de ahí?<sup>10</sup> Pues icómo se podrá entender esto sin Música? Allá en el Libro de Job le dice Dios: *Numquid coniungere valebis micantes stellas Pleiadas, aut gyrum Arcturi poteris dissipare? Numquid producis Luciferum in tempore suo, et Vesperum super filios terrae consurgere facis?*<sup>11</sup> cuyos términos, sin noticia de Astrología, será imposible entender. Y no sólo estas nobles ciencias; pero no hay arte mecánica que no se mencione. Y en fin, cómo el Libro que comprende todos los libros, y la Ciencia en que se incluyen todas las ciencias, para cuya inteligencia todas sirven; y después de saberlas todas (que ya se ve que no es fácil, ni aun posible) pide otra circunstancia más que todo lo dicho, que es una continua oración y pureza de vida, para impetrar de Dios aquella purgación de ánimo e iluminación de mente que es menester para la inteligencia de cosas tan altas; y si esto falta, nada sirve de lo demás.

Del Angélico Doctor Santo Tomás dice la Iglesia estas palabras: *In difficultatibus locorum Sacrae Scripturae ad orationem ieiunium adhibebat. Quin etiam sodali suo Fratri Reginaldo dicere solebat, quidquid sciret, non tam studio, aut labore suo peperisse, quam divinitus traditum accepisse.*<sup>12</sup> Pues yo, tan distante de la virtud y las letras,

<sup>10</sup> Sesquinona, la proporción 1 1/9. Sesqui: voz latina que sólo se usa en composiciones para denotar una unidad y media. Sesquitercia equivale a 1 1/3; sesquioctava es 1 1/8; diatesarón, intervalo de cuarta; sesquiáltera, 1 1/2; dupla doble; diapente, intervalo de quinta; diapasón, concordancia entre todas las cuerdas o intervalo que consta de cinco tonos, tres mayores y dos menores, diapente y diatesarón.

<sup>11</sup> "¿Puedes atar los lazos de las Pléyades o desatar las cuerdas de Orión, hacer salir a su hora la Corona, guiar a la Osa y a sus crías?" (Job 38,31-32).

<sup>12</sup> "En los lugares difíciles de la Sagrada Escritura a la oración juntaba el ayuno. Más aún, solía decir a su acompañante Fray Reginaldo que todo lo que sabía no lo debía

¿cómo había de tener ánimo para escribir? Y así por tener algunos principios granjeados, estudiaba continuamente diversas cosas, sin tener para alguna particular inclinación, sino para todas en general; por lo cual, el haber estudiado en unas más que en otras, no ha sido en mí elección, sino que el acaso de haber topado más a mano libros de aquellas facultades les ha dado, sin arbitrio mío, la preferencia. Y como no tenía interés que me moviese, ni límite de tiempo que me estrechase el continuado estudio de una cosa por la necesidad de los grados, casi a un tiempo estudiaba diversas cosas o dejaba unas por otras; bien que en eso observaba orden, porque a unas llamaba estudio y a otras diversión; y en éstas descansaba de las otras: de donde se sigue que he estudiado muchas cosas y nada sé, porque las unas han embarazado a las otras. Es verdad que esto digo de la parte práctica en las que la tienen, porque claro está que mientras se mueve la pluma descansa el compás y mientras se toca el arpa sosiega el órgano, *et sic de caeteris*; porque como es menester mucho uso corporal para adquirir hábito, nunca le puede tener perfecto quien se reparte en varios ejercicios; pero en lo formal y especulativo sucede al contrario, y quisiera yo persuadir a todos con mi experiencia a que no sólo no estorban, pero se ayudan dando luz y abriendo camino las unas para las otras, por variaciones y ocultos engarces —que para esta cadena universal les puso la sabiduría de su Autor—, de manera que parece se corresponden y están unidas con admirable trabazón y concierto. Es la cadena que fingieron los antiguos que salía de la boca de Júpiter, de donde pendían todas las cosas eslabonadas unas con otras. Así lo demuestra el R. P. Atanasio

tanto al estudio y a su esfuerzo, cuanto a haberlo recibido de Dios” (*Brev. Romano*, Oficio de la fiesta de Santo Tomás de Aquino, 7 de marzo, lección V).

Quirqueiro en su curioso libro *De Magnete*. Todas las cosas salen de Dios, que es el centro a un tiempo y la circunferencia de donde salen y donde paran todas las líneas criadas.

Yo de mí puedo asegurar que lo que no entiendo en un autor de una facultad, lo suelo entender en otro de otra que parece muy distante; y esos propios, al explicarse, abren ejemplos metafóricos de otras artes: como cuando dicen los lógicos que el medio se ha con los términos como se ha una medida con dos cuerpos distantes, para conferir si son iguales o no; y que la oración del lógico anda como la línea recta, por el camino más breve, y la del retórico se mueve, como la corva, por el más largo, pero van a un mismo punto los dos; y cuando dicen que los expositores son como la mano abierta y los escolásticos como el puño cerrado. Y así no es disculpa, ni por tal la doy, el haber estudiado diversas cosas, pues éstas antes se ayudan, sino que el no haber aprovechado ha sido ineptitud mía y debilidad de mi entendimiento, no culpa de la variedad. Lo que sí pudiera ser descargo mío es el sumo trabajo no sólo en carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible; y en vez de explicación y ejercicio muchos estorbos, no sólo los de mis religiosas obligaciones (que éstas ya se sabe cuán útil y provechosamente gastan el tiempo) sino de aquellas cosas accesorias de una comunidad: como estar yo leyendo y antojárseles en la celda vecina tocar y cantar; estar yo estudiando y pelear dos criadas y venirme a constituir juez de su pendencia; estar yo escribiendo y venir una amiga a visitarme, haciéndome muy mala obra con muy buena voluntad, donde es preciso no sólo admitir el embarazo, pero quedar agradecida del perjuicio. Y esto es continuamente, porque como los ratos que destino a

mi estudio son los que sobran de lo regular de la comunidad, esos mismos les sobran a las otras para venirme a estorbar; y sólo saben cuánta verdad es ésta los que tienen experiencia de vida común, donde sólo la fuerza de la vocación puede hacer que mi natural esté gustoso, y el mucho amor que hay entre mí y mis amadas hermanas, que como el amor es unión, no hay para él extremos distantes.

En esto sí confieso que ha sido inexplicable mi trabajo; y así no puedo decir lo que con envidia oigo a otros: que no les ha costado afán el saber. ¡Dichosos ellos! A mí, no el saber (que aún no sé), sólo el desear saber me le ha costado tan grande que pudiera decir con mi Padre San Jerónimo (aunque no con su aprovechamiento): *Quid ibi laboris insumpserim, quid sustinuerim difficultatis, quoties desperaverim, quotiesque cessaverim et contentione discendi rursus inceperim; testis est conscientia, tam mea, qui passus sum, quam eorum qui mecum duxerunt vitam.*<sup>13</sup> Menos los compañeros y testigos (que aun de ese alivio he carecido), lo demás bien puedo asegurar con verdad. ¡Y que haya sido tal esta mi negra inclinación, que todo lo haya vencido!

Solía sucederme que, como entre otros beneficios, debo a Dios un natural tan blando y tan afable y las religiosas me aman mucho por él (sin reparar, como buenas, en mis faltas) y con esto gustan mucho de mi compañía, conociendo esto y movida del grande amor que las tengo, con mayor motivo que ellas a mí, gusto más de la suya: así, me solía ir los ratos que a unas y a otras nos sobaban, a consolarlas y recrearme con su conversación. Reparé que en este tiempo hacía falta a mi estudio,

<sup>13</sup> "De cuanto trabajo me tomé, cuánta dificultad hube de sufrir, cuántas veces desespere, y cuántas otras veces desistí y empecé de nuevo, por el empeño de aprender, testigo es mi conciencia, que lo he padecido, y la de los que conmigo han vivido" (*Carta al monje Rústico*).

y hacía voto de no entrar en celda alguna si no me obligase a ello la obediencia o la caridad: porque, sin este freno tan duro, al de sólo propósito le rompiera el amor; y este voto (conociendo mi fragilidad) le hacía por un mes o por quince días; y dando cuando se cumplía, un día o dos de treguas, lo volvía a renovar, sirviendo este día, no tanto a mi descanso (pues nunca lo ha sido para mí el no estudiar) cuanto a que no me tuviesen por áspera, retirada e ingrata al no merecido cariño de mis carísimas hermanas.

Bien se deja en esto conocer cuál es la fuerza de mi inclinación. Bendito sea Dios que quiso fuese hacia las letras y no hacia otro vicio, que fuera en mí casi insuperable; y bien se infiere también cuán contra la corriente han navegado (o por mejor decir, han naufragado) mis pobres estudios. Pues aún falta por referir lo más arduo de las dificultades; que las de hasta aquí sólo han sido estorbos obligatorios y casuales, que indirectamente lo son; y faltan los positivos que directamente han tirado a estorbar y prohibir el ejercicio. ¿Quién no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así, porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar, y los que más nocivos y sensibles para mí han sido, no son aquéllos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido, sino los que amándome y deseando mi bien (y por ventura, mereciendo mucho con Dios por la buena intención), me han mortificado y atormentado más que los otros, con aquel: *No conviene a la santa ignorancia que deben, este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma*

*perspicacia y agudeza. ¿Qué me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie de martirio donde yo era el mártir y me era el verdugo!*

Pues por la —en mí dos veces infeliz— habilidad de hacer versos, aunque fuesen sagrados, ¿qué pesadumbres no me han dado o cuáles no me han dejado de dar? Ciertamente, señora mía, que algunas veces me pongo a considerar que el que se señala —o le señala Dios, que es quien sólo lo puede hacer— es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban, y así le persiguen.

Aquella ley políticamente bárbara de Atenas, por la cual salía desterrado de su república el que se señalaba en prendas y virtudes porque no tiranizase con ellas la libertad pública, todavía dura, todavía se observa en nuestros tiempos, aunque no hay ya aquel motivo de los atenienses; pero hay otro, no menos eficaz aunque no tan bien fundado, pues parece máxima del impío Maquiavelo: que es aborrecer al que se señala porque desluzca a otros. Así sucede y así sucedió siempre.

Y si no, ¿cuál fue la causa de aquel rabioso odio de los fariseos contra Cristo, habiendo tantas razones para lo contrario? Porque si miramos su presencia, ¿cuál prenda más amable que aquella divina hermosura? ¿Cuál más poderosa para arrebatar los corazones? Si cualquiera belleza humana tiene jurisdicción sobre los albedríos y con blanda y apetecida violencia los sabe sujetar, ¿qué haría aquélla con tantas prerrogativas y dotes soberanos? ¿Qué haría, qué movería y qué no haría y qué no movería aquella incomprendible beldad, por cuyo hermoso rostro, como por un terso cristal, se estaban transparentando los rayos de la Divinidad? ¿Qué no movería aquel semblante, que sobre incomparables perfecciones en lo humano, señalaba iluminaciones de divino? Si el de Moisés, de sólo la conversa-

ción con Dios, era intolerable a la flaqueza de la vista humana, ¿qué sería el del mismo Dios humanado? Pues si vamos a las demás prendas, ¿cuál más amable que aquella celestial modestia, que aquella suavidad y blandura derramando misericordias en todos sus movimientos, aquella profunda humildad y mansedumbre, aquellas palabras de vida eterna y eterna sabiduría? Pues ¿cómo es posible que esto no les arrebatara las almas, que no fuesen enamorados y elevados tras él?

Dice la Santa Madre y madre mía Teresa, que después que vio la hermosura de Cristo quedó libre de poderse inclinar a criatura alguna, porque ninguna cosa veía que no fuese fealdad, comparada con aquella hermosura. Pues ¿cómo en los hombres hizo tan contrarios efectos? Y ya que como toscos y viles no tuvieran conocimiento ni estimación de sus perfecciones, siquiera como interesables ¿no les moviera sus propias conveniencias y utilidades en tantos beneficios como les hacía, sanando los enfermos, resucitando los muertos, curando los endemoniados? Pues ¿cómo no le amaban? ¡Ay Dios, que por eso mismo no le amaban, por eso mismo le aborrecían! Así lo testificaron ellos mismos.

Júntanse en su concilio y dicen: *Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?* ¿Hay tal causa? Si dijeran: éste es un malhechor, un transgresor de la ley, un alborotador que con engaños alborota el pueblo, mintieran, como mintieron cuando lo decían; pero eran causales más congruentes a lo que solicitaban, que era quitarle la vida; mas dar por causal que hace cosas señaladas, no parece de hombres doctos, cuales eran los fariseos. Pues así es, que cuando se apasionan los hombres doctos prorrumpen en semejantes inconsecuencias. En verdad que sólo por eso salió determinado que Cristo muriese. Hombrés, si es que así se os puede llamar, siendo tan brutos, ¿por

qué es esa tan cruel determinación? No responden más sino que *multa signa facit*. ¡Válgame Dios, que el hacer cosas señaladas es causa para que uno muera! Haciendo reclamo este *multa signa facit* a aquel: *radix lesse, qui stat in signum populorum*, y al otro: *in signum cui contradicetur*. ¿Por signo? ¡Pues muera! ¿Señalado? ¡Pues padezca, que eso es el premio de quien se señala!

Suelen en la eminencia de los templos colocarse por adorno unas figuras de los Vientos y de la Fama, y por defenderlas de las aves, las llenan todas de púas; defensa parece y no es sino propiedad forzosa: no puede estar sin púas que la puncen quien está en alto. Allí está la ojeriza del aire; allí es el rigor de los elementos; allí despican la cólera los rayos; allí es el blanco de piedras y flechas. ¡Oh infeliz altura, expuesta a tantos riesgos! ¡Oh signo que te ponen por blanco de la envidia y por objeto de la contradicción! Cualquiera eminencia, ya sea de dignidad, ya de nobleza, ya de riqueza, ya de hermosura, ya de ciencia, padece esta pensión; pero la que con más rigor la experimenta es la del entendimiento. Lo primero, porque es el más indefenso, pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve, y el entendimiento no, pues mientras es mayor es más modesto y sufrido y se defiende menos. Lo segundo es porque, como dijo doctamente Gracián, las ventajas en el entendimiento lo son en el ser. No por otra razón es el ángel más que el hombre que porque entiende más; no es otro el exceso que el hombre hace al bruto, sino solo entender; y así como ninguno quiere ser menos que otro, así ninguno confiesa que otro entiende más, porque es consecuencia del ser más. Sufrirá uno y confesará que otro es más noble que él, que es más rico, que es más hermoso y aun que es más docto; pero que es más entendido apenas habrá quien lo

confiese: *Rarus est, qui velit cedere ingenio*. Por eso es tan eficaz la batería contra esta prenda.

Quando los soldados hicieron burla, entretenimiento y diversión de Nuestro Señor Jesucristo, trajeron una púrpura vieja y una caña hueca y una corona de espinas para coronarle por rey de burlas. Pues ahora, la caña y la púrpura eran afrentosas, pero no dolorosas; pues ¿por qué sólo la corona es dolorosa? ¿No basta que, como las demás insignias, fuese de escarnio e ignominia, pues ése era el fin? No, porque la sagrada cabeza de Cristo y aquel divino cerebro eran depósito de la sabiduría; y cerebro sabio en el mundo no basta que esté escarnecido, ha de estar también lastimado y maltratado; cabeza que es erario de sabiduría no espere otra corona que de espinas. ¿Cuál guirnalda espera la sabiduría humana si ve la que obtuvo la divina? Coronaba la soberbia romana las diversas hazañas de sus capitanes también con diversas coronas: ya con la cívica al que defendía al ciudadano; ya con la castrense al que entraba en los reales enemigos; ya con la mural al que escalaba el muro; ya con la obsidional al que libraba la ciudad cercada o el ejército sitiado o el campo o en los reales; ya con la naval, ya con la oval, ya con la triunfal otras hazañas, según refieren Plinio y Aulo Gelio; mas viendo yo tantas diferencias de coronas, dudaba de cuál especie sería la de Cristo, y me parece que fue obsidional, que (como sabéis, señora) era la más honrosa y se llamaba obsidional de *obsidio*, que quiere decir cerco; la cual no se hacía de oro ni de plata, sino de la misma grama o yerba que cría el campo en que se hacía la empresa. Y como la hazaña de Cristo fue hacer levantar el cerco al Príncipe de las Tinieblas, el cual tenía sitiada toda la tierra, como lo dice en el libro de Job: *Circuiti terram et ambulavi per eam* y de él dice San Pedro: *Circuit, quaerens quem devoret*; y vino nuestro caudillo y

le hizo levantar el cerco: *nunc princeps huius mundi eiicietur foras*, así los soldados le coronaron no con oro ni plata, sino con el fruto natural que producía el mundo que fue el campo de la lid, el cual, después de la maldición, *spinas et tribulos germinabit tibi*, no producía otra cosa que espinas; y así fue propísima corona de ellas en el valeroso y sabio vencedor con que le coronó su madre la Sinagoga; saliendo a ver el doloroso triunfo, como al del otro Salomón festivas, a éste llorosas las hijas de Sión, porque es el triunfo de sabio obtenido con dolor y celebrado con llanto, que es el modo de triunfar la sabiduría; siendo Cristo, como rey de ella, quien estrenó la corona, porque santificada en sus sienes, se quite el horror a los otros sabios y entiendan que no han de aspirar a otro honor.

Quiso la misma Vida ir a dar la vida a Lázaro difunto; ignoraban los discípulos el intento y le replicaron: *Rabbi, nunc quaerebant te Iudaei lapidare, et iterum vadis illuc?* Satisfizo el Redentor el temor: *Nonne duodecim sunt horae diei?* Hasta aquí, parece que temían porque tenían el antecedente de quererle apedrear porque les había reprendido llamándoles ladrones y no pastores de las ovejas. Y así, temían que si iba a lo mismo (como las reprensiones, aunque sean tan justas, suelen ser mal reconocidas), corriese peligro su vida; pero ya desengañados y enterados de que va a dar vida a Lázaro, ¿cuál es la razón que pudo mover a Tomás para que tomando aquí los alientos que en el huerto Pedro: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo?* ¿Qué dices, apóstol santo? A morir no va el Señor, ¿de qué es el recelo? Porque a lo que Cristo va no es a reprender, sino a hacer una obra de piedad, y por esto no le pueden hacer mal. Los mismos judíos os podían haber asegurado, pues cuando los reconvinó, queriéndole apedrear: *Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo, propter quod eorum opus me lapidatis?*, le respondieron:

*De bono opere non lapidamus te, sed de blasphemia.* Pues si ellos dicen que no le quieren apedrear por las buenas obras y ahora va a hacer una tan buena como dar la vida a Lázaro, ¿de qué es el recelo o por qué? ¿No fuera mejor decir: Vamos a gozar el fruto del agradecimiento de la buena obra que va a hacer nuestro Maestro; a verle aplaudir y rendir gracias al beneficio; a ver las admiraciones que hacen del milagro? Y no decir, al parecer una cosa tan fuera del caso como es: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo.* Mas, ¡ay!, que el Santo temió como discreto y habló como apóstol. ¿No va Cristo a hacer un milagro? Pues ¿qué mayor peligro? Menos intolerable es para la soberbia oír las reprensiones, que para la envidia ver los milagros. En todo lo dicho, venerable señora, no quiero (ni tal desatino cupiera en mí) decir que me han perseguido por saber, sino sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras, no porque haya conseguido ni uno ni otro.

Hallábase el Príncipe de los Apóstoles, en un tiempo, tan distante de la sabiduría como pondera aquel enfático: *Petrus vero sequebatur eum a longe*; tan lejos de los aplausos de docto quien tenía el título de indiscreto: *Nesciens quid diceret*; y aun examinado del conocimiento de la sabiduría dijo él mismo que no había alcanzado la menor noticia: *Mulier, nescio quid dicis. Mulier, non novi illum.* Y ¿qué le sucede? Que teniendo estos créditos de ignorante, no tuvo la fortuna, sí las aflicciones, de sabio. ¿Por qué? No se dio otra causal sino: *Et hic cum illo erat.* Era afecto a la sabiduría, llevábale el corazón, andábase tras ella, preciábase de seguidor y amoroso de la sabiduría; y aunque era tan *a longe*<sup>14</sup> que no le comprendía ni alcanzaba, bastó para incurrir sus tormentos. Ni faltó soldado de fuera que no le afligiese, ni mujer

<sup>14</sup> Desde lejos.

doméstica que no le aquejase. Yo confieso que me hallo muy distante de los términos de la sabiduría y que la he deseado seguir, aunque *a longe*. Pero todo ha sido acercarme más al fuego de la persecución, al crisol del tormento; y ha sido con tal extremo que han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio.

Una vez lo consiguieron con una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición y me mandó que no estudiase. Yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal. Nada veía sin refleja; nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales; porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el *me fecit Deus*,<sup>15</sup> no hay alguna que no pame el entendimiento, si se considera como se debe. Así yo, vuelvo a decir, las miraba y admiraba todas; de tal manera que de las mismas personas con quienes hablaba, y de lo que me decían, me estaban resaltando mil consideraciones: ¿De dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una especie? ¿Cuáles serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban? Si veía una figura, estaba combinando la proporción de sus líneas y mediándola con el entendimiento y reduciéndola a otras diferentes. Paseábame algunas veces en el testero de un dormitorio nuestro (que es una pieza muy capaz) y estaba observando que siendo las líneas de sus dos lados paralelas y su techo a nivel, la vista

<sup>15</sup> Dios me hizo.

fingía que sus líneas se inclinaban una a otra y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo: de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van a formar una figura piramidal. Y discurría si sería ésta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no. Porque, aunque lo parece, podía ser engaño de la vista, demostrando concavidades donde pudiera no haberlas.

Este modo de reparos en todo me sucedía y sucede siempre, sin tener yo arbitrio en ello, que antes me suelo enfadar porque me cansa la cabeza; y yo creía que a todos sucedía esto mismo y el hacer versos, hasta que la experiencia me ha mostrado lo contrario; y es de tal manera esta naturaleza o costumbre, que nada veo sin segunda consideración. Estaban en mi presencia dos niñas jugando con un trompo, y apenas yo vi el movimiento y la figura, cuando empecé, con esta mi locura, a considerar el fácil moto de la forma esférica, y cómo duraba el impulso ya impreso e independiente de su causa, pues distante la mano de la niña, que era la causa motiva, bailaba el trompillo; y no contenta con esto, hice traer harina y cernerla para que, en bailando el trompo encima, se conociese si eran círculos perfectos o no los que describía con su movimiento; y hallé que no eran sino unas líneas espirales que iban perdiendo lo circular cuanto se iba remitiendo el impulso. Jugaban otras a los alfileres (que es el más frívolo juego que usa la puerilidad); yo me llegaba a contemplar las figuras que formaban; y viendo que acaso se pusieron tres en triángulo, me ponía a enlazar uno en otro, acordándome de que aquella era la figura que dicen tenía el misterioso anillo de Salomón, en que había unas lejanas luces y representaciones de la Santísima Trinidad, en virtud de lo cual obraba tantos prodigios y maravillas; y la misma que dicen tuvo el arpa de David, y que por eso sanaba

Saúl a su sonido; y casi la misma conservan las arpas en nuestros tiempos.

Pues ¿qué os pudiera contar, Señora, de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite y, por contrario, se despedaza en el almíbar; ver que para que el azúcar se conserve fluida basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria; ver que la yema y clara de un mismo huevo son tan contrarias, que en los unos, que sirven para el azúcar, sirve cada una de por sí y juntos no. Por no cansaros con tales frialdades, que sólo refiero por daros entera noticia de mi natural y creo que os causará risa; pero, señora, ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupercio Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito. Y prosiguiendo en mi modo de cogitaciones, digo que esto es tan continuo en mí, que no necesito de libros; y en una ocasión que, por un grave accidente de estómago, me prohibieron los médicos el estudio, pasé así algunos días, y luego les propuse que era menos dañoso el concedérmelos, porque eran tan fuertes y vehementes mis cogitaciones, que consumían más espíritus en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días; y así se redujeron a concederme que leyese; y más, Señora mía, que ni aun el sueño se libró de este continuo movimiento de mi imaginativa; antes suele obrar en él más libre y desembarazada, confiriendo con mayor claridad y sosiego las especies que ha conservado del día, arguyendo, haciendo versos, de que os pudiera hacer un catálogo muy grande, y de algunas razones y delgadezas que he alcanzado dormida mejor que despierta, y las dejo por no cansaros, pues basta lo dicho

para que vuestra discreción y trascendencia penetre y se entere perfectamente en todo mi natural y del principio, medios y estado de mis estudios.

Si éstos, Señora, fueran méritos (como los veo por tales celebrar en los hombres), no lo hubieran sido en mí, porque obro necesariamente. Si son culpa, por la misma razón creo que no la he tenido; mas, con todo, vivo siempre tan desconfiada de mí, que ni en esto ni en otra cosa me fío de mi juicio; y así remito la decisión a ese soberano talento, sometiéndome luego a lo que sentenciare, sin contradicción ni repugnancia, pues esto no ha sido más de una simple narración de mi inclinación a las letras.

Confieso también que con ser esto verdad tal que, como he dicho, no necesitaba de ejemplares, con todo no me han dejado de ayudar los muchos que he leído, así en divinas como en humanas letras. Porque veo a una Débora dando leyes, así en lo militar como en lo político, y gobernando el pueblo donde había tantos varones doctos. Veo una sapientísima reina de Sabá, tan docta que se atreve a tentar con enigmas la sabiduría del mayor de los sabios, sin ser por ello reprendida, antes por ello será juez de los incrédulos. Veo tantas y tan insignes mujeres: unas adornadas del don de profecía, como una Abigaíl; otras de persuasión, como Ester; otras, de piedad, como Rahab; otras de perseverancia, como Ana, madre de Samuel; y otras infinitas, en otras especies de prendas y virtudes.

Si revuelvo a los gentiles, lo primero que encuentro es con las Sibilas, elegidas de Dios para profetizar los principales misterios de nuestra Fe; y en tan doctos y elegantes versos que suspenden la admiración. Veo adorar por diosa de las ciencias a una mujer como Minerva, hija del primer Júpiter y maestra de toda la sabiduría de Atenas. Veo una Pola Argentaria, que

ayudó a Lucano, su marido, a escribir la gran Batalla Farsálica. Veo a la hija del divino Tiresias, más docta que su padre. Veo a una Cenobia, reina de los Palmirenos, tan sabia como valerosa. A una Arete, hija de Aristipo, doctísima. A una Nicostrata, inventora de las letras latinas y eruditísima en las griegas. A una Aspasia Milesia que enseñó filosofía y retórica y fue maestra del filósofo Pericles. A una Hipasia que enseñó astrología y leyó mucho tiempo en Alejandría. A una Leoncia, griega, que escribió contra el filósofo Teofrasto y le convenció. A una Jucia, a una Corina, a una Cornelia; y en fin a toda la gran turba de las que merecieron nombres, ya de griegas, ya de musas, ya de pitonisas; pues todas no fueron más que mujeres doctas, tenidas y celebradas y también veneradas de la antigüedad por tales. Sin otras infinitas, de que están los libros llenos, pues veo aquella egipciaca Catarina, leyendo y convenciendo todas las sabidurías de los sabios de Egipto. Veo una Gertrudis leer, escribir y enseñar. Y para no buscar ejemplos fuera de casa, veo una santísima madre mía, Paula, docta en las lenguas hebrea, griega y latina y aptísima para interpretar las Escrituras. ¿Y qué más que siendo su cronista un Máximo Jerónimo, apenas se hallaba el Santo digno de serlo, pues con aquella viva ponderación y enérgica eficacia con que sabe explicarse dice: Si todos los miembros de mi cuerpo fuesen lenguas, no bastarían a publicar la sabiduría y virtud de Paula. Las mismas alabanzas le mereció Blesila, viuda; y las mismas la esclarecida virgen Eustoquio, hijas ambas de la misma Santa; y la segunda, tal, que por su ciencia era llamada Prodigio del Mundo. Fabiola, romana, fue también doctísima en la Sagrada Escritura. Proba Falconia, mujer romana, escribió un elegante libro con centones de Virgilio, de los misterios de Nuestra Santa Fe. Nuestra reina Doña Isabel, mujer del décimo Alfonso, es corriente que

escribió de astrología. Sin otras que omito por no trasladar lo que otros han dicho (que es vicio que siempre he abominado), pues en nuestros tiempos está floreciendo la gran Cristina Alejandra, Reina de Suecia, tan docta como valerosa y magnánima, y las Excelentísimas señoras Duquesa de Aveyro y Condesa de Villaumbrosa.

El venerable Doctor Arce (digno profesor de Escritura por su virtud y letras), en su *Studioso Bibliorum* excita esta cuestión: *An liceat foeminis sacrorum Bibliorum studio incumbere? Eaque interpretari?* Y trae por la parte contraria muchas sentencias de santos, en especial aquello del Apóstol: *Mulieres in Ecclesiis taceant, non enim permittitur eis loqui*, etc. Trae después otras sentencias, y del mismo Apóstol aquel lugar *ad Titum: Anus similiter in habitu sancto, bene docentes*, con interpretaciones de los Santos Padres; y al fin resuelve, con su prudencia, que el leer públicamente en las cátedras y predicar en los púlpitos, no es lícito a las mujeres; pero que el estudiar, escribir y enseñar privadamente, no sólo les es lícito, pero muy provechoso y útil; claro está que esto no se debe entender con todas, sino con aquellas a quienes hubiere Dios dotado de especial virtud y prudencia y que fueren muy provecas y eruditas y tuvieren el talento y requisitos necesarios para tan sagrado empleo. Y esto es tan justo que no sólo a las mujeres, que por tan ineptas están tenidas, sino a los hombres, que con sólo serlo piensan que son sabios, se había de prohibir la interpretación de las Sagradas Letras, en no siendo muy doctos y virtuosos y de ingenios dóciles y bien inclinados; porque de lo contrario creo yo que han salido tantos sectarios y que ha sido la raíz de tantas herejías; porque hay muchos que estudian para ignorar, especialmente los que son de ánimos arrogantes, inquietos y soberbios, amigos de novedades en la Ley (que es quien las rehusa); y así hasta que por decir lo que nadie ha

dicho dicen una herejía, no están contentos. De éstos dice el Espíritu Santo: *In malevolam animam non introibit sapientia*. A éstos, más daño les hace el saber que les hiciera el ignorar. Dijo un discreto que no es necio entero el que no sabe latín, pero el que lo sabe está calificado. Y añado yo que le perfecciona (si es perfección la necedad) el haber estudiado su poco de filosofía y teología y el tener alguna noticia de lenguas, que con eso es necio en muchas ciencias y lenguas: porque un necio grande no cabe en sólo la lengua materna.

A éstos, vuelvo a decir, hace daño el estudiar, porque es poner espada en manos del furioso; que siendo instrumento nobilísimo para la defensa, en sus manos es muerte suya y de muchos. Tales fueron las Divinas Letras en poder del malvado Pelagio y del protervo Arrio, del malvado Lutero y de los demás heresiarcas, como lo fue nuestro Doctor (nunca fue nuestro ni doctor) Cazalla; a los cuales hizo daño la sabiduría porque, aunque es el mejor alimento y vida del alma, a la manera que en el estómago mal acompleccionado y de viciado calor, mientras mejores los alimentos que recibe, más áridos, fermentados y perversos son los humores que cría, así estos malévolos, mientras más estudian, peores opiniones engendran; obstrúyeseles el entendimiento con lo mismo que había de alimentarse, y es que estudian mucho y digieren poco, sin proporcionarse al vaso limitado de sus entendimientos. A esto dice el Apóstol: *Dico enim per gratiam quae data est mihi, omnibus qui sunt inter vos: Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem: et unicuique sicut Deus divisit mensuram fidei*. Y en verdad no lo dijo el Apóstol a las mujeres, sino a los hombres; y que no es sólo para ellas el *taceant*, sino para todos los que no fueren muy aptos. Querer yo saber tanto o más que Aristóteles o que San Agustín, si no tengo la aptitud de San Agustín o de Aristóteles,

aunque estudie más que los dos, no sólo no lo conseguiré sino que debilitaré y entorpeceré la operación de mi flaco entendimiento con la desproporción del objeto.

¡Oh, si todos —y yo la primera, que soy una ignorante— nos tomásemos la medida al talento antes de estudiar, y lo peor es, de escribir con ambiciosa codicia de igualar y aun de exceder a otros, qué poco ánimo nos quedara y de cuántos errores nos excusáramos y cuántas torcidas inteligencias que andan por ahí no anduvieran! Y pongo las mías en primer lugar, pues si conociera, como debo, esto mismo no escribiera. Y protesto que sólo lo hago por obedeceros; con tanto recelo, que me debéis más en tomar la pluma con este temor, que me debíades si os remitiera más perfectas obras. Pero, bien que va a vuestra corrección; borradlo, rompedlo y reprendedme, que eso apreciaré yo más que todo cuanto vano aplauso me pueden otros dar: *Corripiet me iustus in misericordia, et increpabit: oleum autem peccatoris non impinguet caput meum.*

Y volviendo a nuestro Arce, digo que trae en confirmación de su sentir aquellas palabras de mi Padre San Jerónimo (*ad Laetam, de institutione filiae*), donde dice: *Adhuc tenera lingua psalmis dulcibus imbuatur. Ipsa nomina per quae consuescit paulatim verba contexere; non sint fortuita, sed certa, et coacervata de industria. Prophetarum videlicet, atque Apostolorum, et omnis ab Adam Patriarcharum series, de Mattheo, Lucae descendat, ut dum aliud agit, futurae memoriae praeparetur. Reddat tibi pensum quotidie, de Scripturarum floribus carptum.* Pues si así quería el Santo que se educase una niña que apenas empezaba a hablar, ¿qué querrá en sus monjas y en sus hijas espirituales? Bien se conoce en las referidas Eustoquio y Fabiola y en Marcela, su hermana Pacátula y otras a quienes el Santo honra en sus epístolas, exhortándolas a este sagrado ejercicio, como se conoce en la citada epístola donde noté yo

aquel *reddat tibi pensum*, que es reclamo y concordante del *bene docentes* de San Pablo; pues el *reddat tibi* de mi gran Padre da a entender que la maestra de la niña ha de ser la misma Leta su madre.

¡Oh, cuántos daños se excusaran en nuestra república si las ancianas fueran doctas como Leta, y que supieran enseñar como manda San Pablo y mi Padre San Jerónimo! Y no que por defecto de esto y la suma flojedad en que han dado en dejar a las pobres mujeres, si algunos padres desean doctrinar más de lo ordinario a sus hijas, les fuerza la necesidad y falta de ancianas sabias, a llevar maestros hombres a enseñar a leer, escribir y contar, a tocar y otras habilidades, de que no pocos daños resultan, como se experimentan cada día en lastimosos ejemplos de desiguales consorcios, porque con la inmediatez del trato y la comunicación del tiempo, suele hacerse fácil lo que no se pensó ser posible. Por lo cual, muchos quieren más dejar bárbaras e incultas a sus hijas que no exponerlas a tan notorio peligro como la familiaridad con los hombres, lo cual se excusara si hubiera ancianas doctas, como quiere San Pablo, y de unas en otras fuese sucediendo el magisterio como sucede en el de hacer labores y lo demás que es costumbre.

Porque ¿qué inconveniente tiene que una mujer anciana, docta en letras y de santa conversación y costumbres, tuviese a su cargo la educación de las doncellas? Y no que éstas o se pierden por falta de doctrina o por querérsela aplicar por tan peligrosos medios cuales son los maestros hombres, que cuando no hubiera más riesgo que la indecencia de sentarse al lado de una mujer verecunda (que aun se sonrosea de que la mire a la cara su propio padre) un hombre tan extraño, a tratarla con casera familiaridad y a tratarla con magistral llaneza, el pudor del trato con los hombres y de su conversación basta

para que no se permitiese. Y no hallo yo que este modo de enseñar de hombres a mujeres pueda ser sin peligro, si no es en el severo tribunal de un confesonario o en la distante docencia de los púlpitos o en el remoto conocimiento de los libros, pero no en el manoseo de la intermediación. Y todos conocen que esto es verdad; y con todo, se permite sólo por el defecto de no haber ancianas sabias; luego es grande daño el no haberlas. Esto debían considerar los que atados al *Mulieres in Ecclesia taceant*, blasfeman de que las mujeres sepan y enseñen; como que no fuera el mismo Apóstol el que dijo: *bene docentes*. Demás de que aquella prohibición cayó sobre lo historial que refiere Eusebio, y es que en la Iglesia primitiva se ponían las mujeres a enseñar las doctrinas unas a otras en los templos; y este rumor confundía cuando predicaban los apóstoles y por eso se les mandó callar; como ahora sucede, que mientras predica el predicador no se reza en alta voz.

No hay duda de que para inteligencia de muchos lugares es menester mucha historia, costumbres, ceremonias, proverbios y aun maneras de hablar de aquellos tiempos en que se escribieron, para saber sobre qué caen y a qué aluden algunas locuciones de las divinas letras. *Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra*, ¿no es alusión a la ceremonia que tenían los hebreos de rasgar los vestidos, en señal de dolor, como lo hizo el mal pontífice cuando dijo que Cristo había blasfemado? Muchos lugares del Apóstol sobre el socorro de las viudas ¿no miraban también a las costumbres de aquellos tiempos? Aquel lugar de la mujer fuerte: *Nobilis in portis vir eius* ¿no alude a la costumbre de estar los tribunales de los jueces en las puertas de las ciudades? El *dare terram Deo* ¿no significaba hacer algún voto? *Hiemantes* ¿no se llamaban los pecadores públicos, porque hacían penitencia a cielo abierto, a diferencia de los otros

que la hacían en un portal? Aquella queja de Cristo al fariseo de la falta del ósculo y lavatorio de pies ¿no se fundó en la costumbre que de hacer estas cosas tenían los judíos? Y otros infinitos lugares no sólo de las letras divinas sino también de las humanas, que se topan a cada paso, como el *adorate purpuram*, que significaba obedecer al rey; el *manumittere eum*, que significa dar libertad, aludiendo a la costumbre y ceremonia de dar una bofetada al esclavo para darle libertad. Aquel *intonuit coelum*, de Virgilio, que alude al agujero de tronar hacia occidente, que se tenía por bueno. Aquel tu *nunquam leporem edisti*, de Marcial, que no sólo tiene el donaire de equívoco en el *leporem*, sino la alusión a la propiedad que decían tener la liebre. Aquel proverbio: *Maleam legens, quae sunt domi obliviscere*, que alude al gran peligro del promontorio de Laconia. Aquella respuesta de la casta matrona al pretensor molesto, de: *por mí no se untarán los quicios, ni arderán las teas*, para decir que no quería casarse, aludiendo a la ceremonia de untar las puertas con manteca y encender las teas nupciales en los matrimonios; como si ahora dijéramos: por mí no se gastarán arras ni echará bendiciones el cura. Y así hay tanto comento de Virgilio y de Homero y de todos los poetas y oradores. Pues fuera de esto, ¿qué dificultades no se hallan en los lugares sagrados, aun en lo gramatical, de ponerse el plural por singular, de pasar de segunda a tercera persona, como aquello de los Cantares: *osculetur me osculo oris sui: quia meliora sunt ubera tua vino?* Aquel poner los adjetivos en genitivo, en vez de acusativo, como *Calicem salutaris accipiam?* Aquel poner el femenino por masculino; y, al contrario, llamar adulterio a cualquier pecado?

Todo esto pide más lección de lo que piensan algunos que, de meros gramáticos, o cuando mucho con cuatro términos de Súmeras, quieren interpretar las Escrituras y se aferran

del *Mulieres in Ecclesiis taceant*, sin saber cómo se ha de entender. Y de otro lugar: *Mulier in silentio discat*; siendo este lugar más en favor que en contra de las mujeres, pues manda que aprendan, y mientras aprenden claro está que es necesario que callen. Y también está escrito: *Audi Israel, et tace*; donde se habla con toda la colección de los hombres y mujeres, y a todos se manda callar, porque quien oye y aprende es mucha razón que atienda y calle. Y si no, yo quisiera que estos intérpretes y expositores de San Pablo me explicaran cómo entienden aquel lugar: *Mulieres in Ecclesia taceant*. Porque o lo han de entender de lo material de los púlpitos y cátedras, o de lo formal de la universalidad de los fieles, que es la Iglesia. Si lo entienden de lo primero (que es, en mi sentir, su verdadero sentido, pues vemos que, con efecto, no se permite en la Iglesia que las mujeres lean públicamente ni prediquen), ¿por qué reprenden a las que privadamente estudian? Y si lo entienden de lo segundo y quieren que la prohibición del Apóstol sea trascendentalmente, que ni en lo secreto se permita escribir ni estudiar a las mujeres, ¿cómo vemos que la Iglesia ha permitido que escriba una Gertrudis, una Teresa, una Brígida, la monja de Ágreda y otras muchas? Y si me dicen que éstas eran santas, es verdad, pero no obsta a mi argumento; lo primero, porque la proposición de San Pablo es absoluta y comprende a todas las mujeres sin excepción de santas, pues también en su tiempo lo eran Marta y María, Marcela, María madre de Jacob, y Salomé, y otras muchas que había en el fervor de la primitiva Iglesia, y no las exceptúa; y ahora vemos que la Iglesia permite escribir a las mujeres santas y no santas, pues la de Ágreda y María de la Antigua no están canonizadas y corren sus escritos; y ni cuando Santa Teresa y las demás escribieron, lo estaban: luego la prohibición de San Pablo sólo miró a la publicidad de los

púlpitos, pues si el Apóstol prohibiera el escribir, no lo permitiera la Iglesia. Pues ahora, yo no me atrevo a enseñar —que fuera en mí muy desmedida presunción—; y el escribir, mayor talento que el mío requiere y muy grande consideración. Así lo dice San Cipriano: *Gravi consideratione indigent, quae scribimus*. Lo que sólo he deseado es estudiar para ignorar menos: que, según San Agustín, unas cosas se aprenden para hacer y otras para sólo saber: *Discimus quaedam, ut sciamus; quaedam, ut faciamus*. Pues ¿en qué ha estado el delito, si aun lo que es lícito a las mujeres, que es enseñar escribiendo, no hago yo porque conozco que no tengo caudal para ello, siguiendo el consejo de Quintiliano: *Noscat quisque, et non tantum ex alienis praeceptis, sed ex natura sua capiat consilium?*

Si el crimen está en la Carta atenagórica, ¿fue aquélla más que referir sencillamente mi sentir con todas las venias que debo a nuestra Santa Madre Iglesia? Pues si ella, con su santísima autoridad, no me lo prohíbe, ¿por qué me lo han de prohibir otros? ¿Llevar una opinión contraria de Vieyra fue en mí atrevimiento, y no lo fue en su Paternidad llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia? Mi entendimiento tal cual ¿no es tan libre como el suyo, pues viene de un solar? ¿Es alguno de los principios de la Santa Fe, revelados, su opinión, para que la hayamos de creer a ojos cerrados? Demás que yo ni falté al decoro que a tanto varón se debe, como acá ha faltado su defensor, olvidado de la sentencia de Tito Lucio: *Artes committatur decor*; ni toqué a la Sagrada Compañía en el pelo de la ropa; ni escribí más que para el juicio de quien me lo insinuó; y según Plinio, *non similis est conditio publicantis, et nominatim dicentis*. Que si creyera se había de publicar, no fuera con tanto desaliño como fue. Si es, como dice el censor, herética, ¿por qué no la delata? y con eso él quedará vengado y yo contenta, que

aprecio, como debo, más el nombre de católica y de obediente hija de mi Santa Madre Iglesia, que todos los aplausos de docta. Si está bárbara —que en eso dice bien—, ríase, aunque sea con la risa que dicen del conejo, que yo no le digo que me aplauda, pues como yo fui libre para disentir de Vieyra, lo será cualquiera para disentir de mi dictamen.

Pero ¿dónde voy, Señora mía? Que esto no es de aquí, ni es para vuestros oídos, sino que como voy tratando de mis impugnadores, me acordé de las cláusulas de uno que ha salido ahora, e insensiblemente se deslizó la pluma a quererle responder en particular, siendo mi intento hablar en general. Y así, volviendo a nuestro Arce, dice que conoció en esta ciudad dos monjas: la una en el convento de Regina, que tenía el Breviario de tal manera en la memoria que aplicaba con grandísima prontitud y propiedad sus versos, salmos y sentencias de homilías de los santos, en las conversaciones. La otra, en el convento de la Concepción, tan acostumbrada a leer las Epístolas de mi Padre San Jerónimo, y locuciones del Santo, de tal manera que dice Arce: *Hieronymum ipsum hispane loquentem audire me existimarem*. Y de ésta dice que supo, después de su muerte, había traducido dichas Epístolas en romance; y se duele de que tales talentos no se hubieran empleado en mayores estudios con principios científicos, sin decir los nombres de la una ni de la otra, aunque las trae para confirmación de su sentencia, que es que no sólo es lícito, pero utilísimo y necesario a las mujeres el estudio de las sagradas letras, y mucho más a las monjas, que es lo mismo a que vuestra discreción me exhorta y a que concurren tantas razones.

Pues si vuelvo los ojos a la tan perseguida habilidad de hacer versos —que en mí es tan natural, que aun me violento para que esta carta no lo sean, y pudiera decir aquello de *Quid-*

*quid conabar dicere, versus erat*—, viéndola condenar a tantos tanto y acriminar, he buscado muy de propósito cuál sea el daño que puedan tener, y no le he hallado; antes sí los veo aplaudidos en las bocas de las Sibilas; santificados en las plumas de los Profetas, especialmente del Rey David, de quien dice el gran expositor y amado Padre mío, dando razón de las mensuras de sus metros: *In morem Flacci et Pindari nunc iambo currit, nunc alcaico personat, nunc sapphico tumet, nunc semipede ingreditur*. Los más de los libros sagrados están en metro, como el Cántico de Moisés; y los de Job, dice San Isidoro, en sus Etimologías, que están en verso heroico. En los Epitalamios los escribió Salomón; en los Trenos, Jeremías. Y así dice Casiodoro: *Omnis poetica locutio a Divinis scripturis sumpsit exordium*. Pues nuestra Iglesia Católica no sólo no los desdeña, mas los usa en sus Himnos y recita los de San Ambrosio, Santo Tomás, de San Isidoro y otros. San Buenaventura les tuvo tal afecto que apenas hay plana suya sin versos. San Pablo bien se ve que los había estudiado, pues los cita, y traduce el de Arato: *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus*, y alega el otro de Parménides: *Cretenses semper mendaces, malae bestiae, pigri*. San Gregorio Nacianceno disputa en elegantes versos las cuestiones de Matrimonio y la de la Virginitad. Y ¿qué me canso? La Reina de la Sabiduría y Señora nuestra, con sus sagrados labios, entonó el Cántico de la *Magnificat*; y habiéndola traído por ejemplar, agravo fuera traer ejemplos profanos, aunque sean de varones gravísimos y doctísimos, pues esto sobra para prueba; y el ver que, aunque como la elegancia hebrea no se pudo estrechar a la mensura latina, a cuya causa el traductor sagrado, más atento a lo importante del sentido, omitió el verso, con todo, retienen los Salmos el nombre y divisiones de versos; pues ¿cuál es el daño que pueden tener ellos en sí? Porque el mal uso no es culpa del arte, sino del mal

profesor que los vicia, haciendo de ellos lazos del demonio; y esto en todas las facultades y ciencias sucede.

Pues si está el mal en que los use una mujer, ya se ve cuántas los han usado loablemente; pues ¿en qué está el serlo yo? Confieso desde luego mi ruindad y vileza; pero no juzgo que se habrá visto una copla mía indecente. Demás, que yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos; de tal manera, que no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino es un papelillo que llaman *El Sueño*. Esa carta que vos, Señora mía, honrasteis tanto, la escribí con más repugnancia que otra cosa; y así porque era de cosas sagradas a quienes (como he dicho) tengo reverente temor, como porque parecía querer impugnar, cosa a que tengo aversión natural. Y creo que si pudiera haber prevenido el dichoso destino a que nacía —pues, como a otro Moisés, la arrojé expósita a las aguas del Nilo del silencio, donde la halló y acarició una princesa como vos—; creo, vuelvo a decir, que si yo tal pensara, la ahogara antes entre las mismas manos en que nacía, de miedo de que pareciesen a la luz de vuestro saber los torpes borriones de mi ignorancia. De donde se conoce la grandeza de vuestra bondad, pues está aplaudiendo vuestra voluntad lo que precisamente ha de estar repugnando vuestro clarísimo entendimiento. Pero ya que su ventura la arrojó a vuestras puertas, tan expósita y huérfana que hasta el nombre le pusisteis vos, pésame que, entre más deformidades, llevase también los defectos de la prisa; porque así por la poca salud que continuamente tengo, como por la sobra de ocupaciones en que me pone la obediencia, y carecer de quien me ayude a escribir, y estar necesitada a que todo sea de mi mano y porque, como iba contra mi genio y no quería más que cumplir con la palabra a quien no podía desobedecer, no veía la hora de acabar; y así dejé de poner dis-

cursos enteros y muchas pruebas que se me ofrecían, y las dejé por no escribir más; que, a saber que se había de imprimir, no las hubiera dejado, siquiera por dejar satisfechas algunas objeciones que se han excitado, y pudiera remitir, pero no seré tan desatenta que ponga tan indecentes objetos a la pureza de vuestros ojos, pues basta que los ofenda con mis ignorancias, sin que los remita a ajenos atrevimientos. Si ellos por sí volaren por allá (que son tan livianos que sí harán), me ordenaréis lo que debo hacer; que, si no es interviniendo vuestros preceptos, lo que es por mi defensa nunca tomaré la pluma, porque me parece que no necesita de que otro le responda, quien en lo mismo que se oculta conoce su error, pues, como dice mi Padre San Jerónimo, *bonus sermo secreta non quaerit*, y San Ambrosio: *latere criminosa est conscientiae*. Ni yo me tengo por impugnada, pues dice una regla del Derecho: *Accusatio non tenetur si non curat de persona, quae produxerit illam*. Lo que sí es de ponderar es el trabajo que le ha costado el andar haciendo traslados. ¡Rara demencia: cansarse más en quitarse el crédito que pudiera en granjearlo! Yo, Señora mía, no he querido responder; aunque otros lo han hecho, sin saberlo yo: basta que he visto algunos papeles, y entre ellos uno que por docto os remito y porque el leerle os desquite parte del tiempo que os he malgastado en lo que yo escribo. Si vos, Señora, gustáredes de que yo haga lo contrario de lo que tenía propuesto a vuestro juicio y sentir, al menor movimiento de vuestro gusto cederá, como es razón, mi dictamen que, como os he dicho, era de callar, porque aunque dice San Juan Crisóstomo: *calumniatores convincere oportet, interrogatores docere*, veo que también dice San Gregorio: *Victoria non minor est, hostes tolerare, quam hostes vincere*; y que la paciencia vence tolerando y triunfa sufriendo. Y si entre los gentiles romanos era costumbre, en la más alta cumbre de la

gloria de sus capitanes —cuando entraban triunfando de las naciones, vestidos de púrpura y coronados de laurel, tirando el carro, en vez de brutos, coronadas frentes de vencidos reyes, acompañados de los despojos de las riquezas de todo el mundo y adornada la milicia vencedora de las insignias de sus hazañas, oyendo los aplausos populares en tan honrosos títulos y renombres como llamarlos Padres de la Patria, Columnas del Imperio, Muros de Roma, Amparos de la República y otros nombres gloriosos—, que en este supremo auge de la gloria y felicidad humana fuese un soldado, en voz alta diciendo al vencedor, como con sentimiento suyo y orden del Senado: Mira que eres mortal; mira que tienes tal y tal defecto; sin perdonar los más vergonzosos, como sucedió en el triunfo de César, que voceaban los más viles soldados a sus oídos: *Cavete romani, adducimus vobis adulterum calvum*. Lo cual se hacía porque en medio de tanta honra no se desvaneciese el vencedor, y porque el lastre de estas afrentas hiciese contrapeso a las velas de tantos aplausos, para que no peligrase la nave del juicio entre los vientos de las aclamaciones. Si esto, digo, hacían unos gentiles, con sola la luz de la Ley Natural, nosotros, católicos, con un precepto de amar a los enemigos, ¿qué mucho haremos en tolerarlos? Yo de mí puedo asegurar que las calumnias algunas veces me han mortificado, pero nunca me han hecho daño, porque yo tengo por muy necio al que teniendo ocasión de merecer, pasa el trabajo y pierde el mérito, que es como los que no quieren conformarse al morir y al fin mueren sin servir su resistencia de excusar la muerte, sino de quitarles el mérito de la conformidad, y de hacer mala muerte la muerte que podía ser bien. Y así, Señora mía, estas cosas creo que aprovechan más que dañan, y tengo por mayor el riesgo de los aplausos en la flaqueza humana, que suelen apropiarse lo que no es suyo,

y es menester estar con mucho cuidado y tener escritas en el corazón aquellas palabras del Apóstol: *Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?*,<sup>16</sup> para que sirvan de escudo que resista las puntas de las alabanzas, que son lanzas que, en no atribuyéndose a Dios, cuyas son, nos quitan la vida y nos hacen ser ladrones de la honra de Dios y usurpadores de los talentos que nos entregó y de los dones que nos prestó y de que hemos de dar estrechísima cuenta. Y así, Señora, yo temo más esto que aquello; porque aquello, con sólo un acto sencillo de paciencia, está convertido en provecho; y esto, son menester muchos actos reflexos de humildad y propio conocimiento para que no sea daño. Y así, de mí lo conozco y reconozco que es especial favor de Dios el conocerlo, para saberme portar en uno y en otro con aquella sentencia de San Agustín: *Amico laudanti credendum non est, sicut nec inimico detrahenti*.<sup>17</sup> Aunque yo soy tal que las más veces lo debo de echar a perder o mezclarlo con tales defectos e imperfecciones, que vicio lo que de suyo fuera bueno. Y así, en lo poco que se ha impreso mío, no sólo mi nombre, pero ni el consentimiento para la impresión ha sido dictamen propio, sino libertad ajena que no cae debajo de mi dominio, como lo fue la impresión de la Carta atenagórica; de suerte que solamente unos *Ejercicios de la Encarnación* y unos *Ofrecimientos de los Dolores*, se imprimieron con gusto mío por la pública devoción, pero sin mi nombre; de los cuales remito algunas copias, porque (si os parece) los repartáis entre nuestras hermanas las religiosas de esa santa comunidad y demás de esa ciudad. De los *Dolores* va sólo uno porque se han consumido ya y no pude hallar más.

<sup>16</sup> “¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?” (1 Corintios 4,7).

<sup>17</sup> No hay que creer ni al amigo que alaba ni al enemigo que critica.

Hícelos sólo por la devoción de mis hermanas, años ha, y después se divulgaron; cuyos asuntos son tan improporcionados a mi tibieza como a mi ignorancia, y sólo me ayudó en ellos ser cosas de nuestra gran Reina: que no sé qué se tiene el que en tratando de María Santísima se enciende el corazón más helado. Yo quisiera, venerable Señora mía, remitiros obras dignas de vuestra virtud y sabiduría; pero como dijo el Poeta:

*Ut desint vires, tamen est laudanda voluntas:  
hac ego contentos, auguror esse Deos.*<sup>18</sup>

Si algunas otras cosillas escribiere, siempre irán a buscar el sagrado de vuestras plantas y el seguro de vuestra corrección, pues no tengo otra alhaja con que pagaros, y en sentir de Séneca, el que empezó a hacer beneficios se obligó a continuarlos; y así os pagará a vos vuestra propia liberalidad, que sólo así puedo yo quedar dignamente desempeñada, sin que caiga en mí aquello del mismo Séneca: *Turpe est beneficiis vinci.*<sup>19</sup> Que es bizarría del acreedor generoso dar al deudor pobre, con que pueda satisfacer la deuda. Así lo hizo Dios con el mundo imposibilitado de pagar: diole a su Hijo propio para que se le ofreciese por digna satisfacción.

Si el estilo, venerable Señora mía, de esta carta, no hubiere sido como a vos es debido, os pido perdón de la casera familiaridad o menos autoridad de que tratándoos como a una religiosa de velo, hermana mía, se me ha olvidado la distancia de vuestra ilustrísima persona, que a veros yo sin velo, no sucediera así; pero vos, con vuestra cordura y benignidad, supliréis

<sup>18</sup> "Aunque falten las fuerzas, sin embargo hay que alabar la buena voluntad. Yo creo que con ella los dioses estarán contentos" (Ovidio, *De Ponto*, III, 4, 79-80).

<sup>19</sup> "Es vergüenza ser vencido en beneficios" (Séneca, *De Beneficiis*, v. 2).

o enmendaréis los términos, y si os pareciere incongruo el Vos de que yo he usado por parecerme que para la reverencia que os debo es muy poca reverencia la *Reverencia*, mudadlo en el que os pareciere decente a lo que vos merecéis, que yo no me he atrevido a exceder de los límites de vuestro estilo ni a romper el margen de vuestra modestia.

Y mantenedme en vuestra gracia, para impetrarme la divina, de que os conceda el Señor muchos aumentos y os guarde, como le suplico y he menester. De este convento de N. Padre San Jerónimo de Méjico, a primero día del mes de marzo de mil seiscientos y noventa y un años. B. V. M. vuestra más favorecida.



*Docta explicación del misterio y voto que  
hizo de defender la Purísima Concepción de  
Nuestra Señora la Madre Juana Inés de la Cruz*



Yo, Juana Inés de la Cruz, la más mínima de los esclavos de María Santísima Nuestra Señora, debajo de la corrección de la Santa Madre Iglesia Católica Romana, cuyo dictamen siempre seguiré; delante de la Santísima Trinidad y de la misma Virgen Madre del Verbo Eterno Encarnado, nuestro Señor, y de todos los ciudadanos de la Corte Celestial, especialmente el gloriosísimo Patriarca Señor San José, el Santo Ángel de mi Guarda, mi padre San Pedro, San Jerónimo, Santa Paula, San Agustín, San Ignacio, Santa Rosa, San Felipe de Jesús, Santa Eustoquio, y todos los santos y santas patronos, abogados y tutelares de mi Nación y Patria, y de todas las criaturas del Cielo y de la Tierra, a quienes hago testigos de este acto, libre y espontáneamente, de todo mi corazón, siento y pronuncio: que María Santísima Nuestra Señora, siempre Virgen y verdadera Madre de Dios Hombre, en el instante primero que fue criada su purísima alma y unida a la materia de su virginal carne, de que se concibió y formó su dichosísima humanidad, fue adornada de la gracia santificante, y prevenida por singular don y privilegio dela Santísima Trinidad, para no incurrir en la culpa original, de la cual no hubo sombra ni vestigio en ninguna prioridad de tiempo y en ningún instante real en su purísimo espíritu; antes bien, tengo por verdadero y seguro que fue tálamo donde descansó todo el Poder del Padre, la Sabiduría del Hijo, la Bondad del Espíritu Santo, mediante la infusión y comunicación real y verdadera de la gracia habitual, que como Sol puro y resplandeciente no permitió que entrara en su purí-

sima alma la obscura sombra de la culpa y la noche ciega del pecado; sin que se oponga con esta pureza original el beneficio de la Redención con que fue redimida por los méritos de la Pasión y Muerte de su precioso Hijo: antes bien, fue la preservación de la culpa original un linaje de redención más alta, más noble, más amante, más copiosa; prevista, determinada, predefinida y aceptada en el Consejo de la Santísima Trinidad antes del origen de los siglos y, después en la sucesión de los tiempos, liberal y amorosamente ejecutada. Y así, para gloria de Dios Omnipotente y en reverencia de su Madre Santísima, testifico y afirmo su Concepción Purísima libre de toda mancha y torpeza original, y juro a la Santa Cruz y hago voto sobre estos cuatro Evangelios, de creerla, afirmarla y confesarla y defenderla con todo el caudal de mis fuerzas, hasta derramar la sangre; el cual voto y juramento ceda en mayor honra y gloria de Dios y de su Purísima Madre Señora nuestra, en bien universal de la Santa Iglesia, en paz generalísima de los príncipes cristianos, en destierro de las herejías, en mayor devoción de este sagrado misterio de la Concepción. Así lo voto, lo juro, afirmo, prometo y ratifico, en diez y siete de febrero de mil seiscientos y noventa y cuatro años.

*Protesta que, rubricada con su sangre, hizo de su fe y amor a Dios la Madre Juana Inés de la Cruz, al tiempo de abandonar los estudios humanos para proseguir, desembarazada de este afecto, en el camino de la perfección*



Yo, Juana Inés de la Cruz, protesto para ahora y para toda la eternidad, que creo en un solo Dios todopoderoso, Criador del Cielo y de la Tierra y de todas las cosas; y creo en el misterio augustísimo de la Santísima Trinidad, que son tres Personas distintas y un solo Dios verdadero; que de estas tres Personas, la segunda, que es el Divino Verbo, por redimirnos, encarnó y se hizo hombre en el vientre virginal de María Santísima siempre virgen y Señora nuestra; y que después padeció muerte y pasión y resucitó al tercer día entre los muertos y está sentado a la diestra de Dios Padre. Creo también que el día final ha de venir a juzgar a todos los hombres, para darles premio o castigo según sus obras. Creo que en el Sacramento de la Eucaristía está el verdadero Cuerpo de Cristo nuestro Señor; y en fin, creo todo aquello que cree y confiesa la Santa Madre Iglesia Católica nuestra madre, en cuya obediencia quiero morir y vivir, sin que jamás falte a obedecer lo que determinare, dando mil veces la vida primero que faltar ni dudar en algo de cuanto nos manda creer; por cuya defensa estoy presta a derramar la sangre y defender a todo riesgo la santa Fe que profeso, no sólo creyéndola y adorándola con el corazón, sino confesándola con la boca en todo tiempo y a todo riesgo. La cual protesta quiero que sea perpetua, y me valga a la hora de mi muerte, muriendo debajo de esta disposición y en esta Fe y creencia, en la cual es mi intención pedir confesión de mis culpas, aunque me falten signos exteriores que lo expresen.

Y me duelo íntimamente de haber ofendido a Dios, sólo por ser quien es y porque le amo sobre todas las cosas, en cuya bondad espero que me ha de perdonar mis pecados sólo por su infinita misericordia y por la preciosísima sangre que derramó por redimirnos, y por la intercesión de su Madre purísima. Todo lo cual ofrezco en satisfacción de mis culpas; y postrada ante el acatamiento divino, en presencia de todas las criaturas del Cielo y de la Tierra, hago esta nueva protestación, reiteración y confesión de la santa Fe; y suplico a toda la Santísima Trinidad la acepte y me dé gracia para servirle y cumplir sus santos mandamientos, así como me dio graciosamente la dicha de conocer y creer sus verdades.

Asimismo reitero el voto que tengo ya hecho de creer y defender que la siempre Virgen María nuestra Señora fue concebida sin mancha de pecado en el primer instante de su ser purísimo; y así mismo creo que ella sola tiene mayor gracia a que corresponde mayor gloria que todos los ángeles y santos juntos; y hago voto de defender y creer cualquiera privilegio suyo que no se oponga a nuestra santa Fe, creyendo que es todo lo que no es ser Dios; y postrada con el alma y corazón en la presencia de esta divina Señora y de su glorioso Esposo el Señor San José, y de sus santísimos padres Joaquín y Ana, les suplico humildemente me reciban por su esclava, que me obligo a serlo toda la eternidad.

Y en señal de cuánto deseo derramar la sangre en defensa de estas verdades, lo firmo con ella, en cinco de marzo del año de mil seiscientos y noventa y cuatro.

*Documentos en el libro de profesiones  
del convento de San Jerónimo*



## 1

Yo, soror Juana Inés de la Cruz, hija legítima de Don Pedro de Asbaje y Vargas Machuca y de Isabel Ramírez, por el amor y servicio de Dios nuestro Señor y de nuestra Señora la Virgen María y del glorioso nuestro padre San Jerónimo y de la bienaventurada nuestra madre Santa Paula hago voto y prometo a Dios nuestro Señor, a vuestra merced el Señor doctor don Antonio de Cárdenas y Salazar, canónigo de esta Catedral, juez provisor de este Arzobispado, en cuyas manos hago profesión, en nombre del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor don fray Payo de Ribera, obispo de Guatemala y electo arzobispo de Méjico, y de todos sus sucesores, de vivir y morir todo el tiempo y espacio de mi vida en obediencia, pobreza, sin cosa propia, castidad y perpetua clausura, so la regla de nuestro padre San Agustín y constituciones a nuestra Orden y Casa concedidas. En fe de lo cual lo firmé de mi nombre hoy a 24 de febrero del año de 1669. Juana Inés de la Cruz. Dios me haga santa.

## 2

Yo, Juana Inés de la Cruz, religiosa profesada de este Convento, no sólo ratifico mi profesión y vuelvo a reiterar mis votos, sino que de nuevo hago voto de creer y defender que mi Señora la Virgen María fue concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser en virtud de la Pasión de Cristo. Y

asimismo hago voto de creer cualquier privilegio suyo, como no se oponga a la santa Fe. En fe de lo cual lo firmé en 8 de febrero de 1694 con mi sangre. Juana Inés de la Cruz. Ojalá y toda se derramara en defensa de esta verdad, por su amor y de su Hijo.

### 3

Aquí arriba se ha de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico, por amor de Dios y de su Purísima Madre, a mis amadas hermanas las religiosas que son y en lo de adelante fueren, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido. A todas pido perdón por amor de Dios y de su Madre. Yo, la peor del mundo. Juana Inés de la Cruz

*Carta de la Madre Juana Inés de la Cruz  
escrita al R. P. M. Antonio Núñez,  
de la Compañía de Jesús*



Aunque ha muchos tiempos que varias personas me han informado de que soy la única reprehensible en las conversaciones de V. R. fiscalizando mis acciones con tan agria ponderación como llegarlas a *escándalo público*, y otros epítetos no menos horrorosos, y aunque pudiera la propia conciencia moverme a la defensa, pues no soy tan absoluto dueño mi crédito, que no esté coligado con el de un linaje que tengo, y una comunidad en que vivo, con todo esto, he querido sacrificar el sufrimiento a la suma veneración y filial cariño con que siempre he respetado a V. R. queriendo más aína<sup>20</sup> que cayesen sobre mí todas las objeciones, que no que pareciera pasaba yo la línea de mi justo, y debido respeto en redargüir a V. R. en lo cual confieso ingenuamente que no pude merecer nada para con Dios, pues fue más humano respeto a su persona, que cristiana paciencia; y esto no ignorando yo la veneración y crédito grande que V. R. (con mucha razón) tiene con todos, y que le oyen como a un oráculo divino y aprecian sus palabras como dictadas del Espíritu Santo, y que cuanto mayor es su autoridad tánto más queda perjudicado mi crédito; con todo esto nunca he querido asentir a las instancias que a que responda me ha hecho, no sé si la razón o si el amor propio (que éste tal vez con capa de razón nos arrastra) juzgando que mi silencio sería el medio más suave para que V. R. se desapasionase; hasta que con el tiempo he reconocido que antes parece que le irrita

<sup>20</sup> Más aína, más aún.

mi paciencia, y así determiné responder a V. R. salvando y suponiendo mi amor, mi obligación y mi respeto.

La materia, pues, de este enojo de V. R. (muy amado Padre y Señor mío) no ha sido otra que la de estos negros versos de que el cielo tan contra la voluntad de V. R. me dotó. Estos he rehusado sumamente el hacerlos y me he excusado todo lo posible no porque en ellos hallase yo razón de bien ni de mal, que siempre los he tenido (como lo son) por cosa indiferente, y aunque pudiera decir cuántos los han usado santos y doctos, no quiero entrometerme a su defensa, que no son mi padre ni mi madre: sólo digo que no los haría por dar gusto a V. R. sin buscar, ni averiguar la razón de su aborrecimiento, que es muy propio del amor obedecer a ciegas; además que con esto también me conformaba con la natural repugnancia que siempre he tenido a hacerlos, como consta a cuantas personas me conocen; pero esto no fue posible observarlo con tanto rigor que no tuviese algunas excepciones, tales como dos villancicos a la Sma. Virgen que después de repetidas instancias y pausa de ocho años, hice con venia y licencia de V. R. la cual tuve entonces por más necesaria que la del Sr. Arzobispo Virrey mi Prelado y en ellos procedí con tal modestia, que no consentí en los primeros poner mi nombre, y en los segundos se puso sin consentimiento ni noticia mía, y unos y otros corrigió antes V. R.

A esto se siguió el Arco de la Iglesia. Esta es la irremisible culpa mía a la cual precedió habérmela pedido tres o cuatro veces y tantas despedí dome yo hasta que vinieron los dos señores jueces hacedores que antes de llamarme a mí, llamaron a la Madre Priora y después a mí y mandaron en nombre del Excmo. Señor Arzobispo lo hiciese porque así lo había votado el Cabildo pleno y aprobado Su Excelencia.

Ahora quisiera yo que V. R. con su clarísimo juicio se pusiera en mi lugar y consultara ¿qué respondiera en este lance? ¿Respondería que no podía? Era mentira. ¿Que no quería? Era inobediencia. ¿Que no sabía? Ellos no pedían más que hasta donde supiese. ¿Que estaba mal votado? Era sobredescarado atrevimiento, villano y grosero desagradecimiento a quien me honraba con el concepto de pensar que sabía hacer una mujer ignorante, lo que tan lucidos ingenios solicitaban: luego no pudo hacer otra cosa que obedecer.

Éstas son las obras públicas que tan escandalizado tienen al mundo, y tan edificados a los buenos y así vamos a los no públicos: apenas se hallará tal o cual coplilla hecha a los años, al obsequio de tal o tal persona de mi estimación, y a quienes he debido socorro en mis necesidades (que no han sido pocas, por ser tan pobre y no tener renta alguna). Una loa a los años del Rey Nuestro Señor hecha por mandato del mismo Excmo. Señor Don Fray Payo, otra por orden de la Excma. Sra. condesa de Paredes.

Pues ahora Padre mío y mi señor, le suplico a V. R. deponga por un rato el cariño del propio dictamen (que aun a los muy santos arrastra) y dígame V. R. (ya que en su opinión es pecado hacer versos) ¿en cuál de estas ocasiones ha sido tan grave el delito de hacerlos? Pues cuando fuera culpa (que yo no sé por qué razón se le pueda llamar así) la disculparan las mismas circunstancias y ocasiones que para ello he tenido tan contra mi voluntad, y esto bien claro se prueba, pues en la facilidad que todos saben que tengo, si a esa se juntara motivo de vanidad (quizá lo es de mortificación) ¿qué más castigo me quiere V. R. que el que entre los mismos aplausos que tanto se duelen, tengo? ¿De qué envidia no soy blanco? ¿De qué mala

intención no soy objeto? ¿Qué acción hago sin temor? ¿Qué palabra digo sin recelo?

Las mujeres sienten que las excedan los hombres, que parezca que los iguale; unos no quisieran que supiera tanto, otros dicen que había de saber más, para tanto aplauso; las viejas no quisieran que otras supieran más, las mozas que otras parezcan bien, y unos y otros que viese conforme a las reglas de su dictamen, y de todos puntos resulta un tan extraño género de martirio cual no sé yo que otra persona haya experimentado.

¿Qué más podré decir ni ponderar?, que hasta el hacer esta forma de letra algo razonable me costó una prolija y pesada persecución no por más de por que dicen que parecía letra de hombre, y que no era decente, con que me obligaron a malearla adrede y de esto toda esta comunidad es testigo; en fin ésta no será materia para una carta sino para muchos volúmenes muy copiosos. Pues ¿qué dichos son estos tan culpables?, ¿los aplausos y celebraciones vulgares los solicité? y los particulares favores y honras de los Excelentísimos Señores marqueses que por sola su dignación y sin igual humanidad me hacen ¿los procuré yo?

Tan a la contra sucedió que la Madre Juana de San Antonio Priora de este Convento y persona que por ningún caso podrá mentir es testigo de que la primera vez que Sus Excelencias honraron esta casa, le pedí licencia para retirarme a la celda y no verlos, ni ser vista (como si Sus Excelencias me hubiesen hecho algún daño) sin más motivo que huir el aplauso que así se convierte en tan pungentes espinas de persecución, y lo hubiera conseguido a no mandarme la Madre Priora lo contrario.

¿Pues qué culpa mía fue el que Sus Excelencias se agrada- sen de mí? Aunque no había por qué ¿podré yo negarme a tan

soberanas personas?, ¿podré sentir el que me honren con sus visitas? V. R. sabe muy bien que no; como lo experimentó en tiempo de los Excmos. Sres. marqueses de Mancera, pues oí yo a V. R. en muchas ocasiones quejarse de las ocupaciones a que le hacía faltar la asistencia de Sus Excelencias sin poderlas no obstante dejar; y si el Excmo. Sr. marqués de Mancera entraba cuantas veces quería en unos conventos tan santos como Capuchinas y Teresas; y sin que nadie lo tuviese por malo, ¿cómo podré yo resistir que el Excmo. Sr. marqués de la Laguna entre en éste? De más que yo no soy prelada ni corre por mi cuenta su gobierno.

Sus Excelencias me honran porque son servidos no porque yo lo merezca, ni tampoco porque al principio lo solicité. Yo no puedo, ni quisiera aunque pudiera, ser tan bárbaramente ingrata a los favores y cariños (tan no merecidos, ni servidos) de Sus Excelencias.

Mis estudios no han sido en daño ni perjuicio de nadie, mayormente habiendo sido tan sumamente privados que no me he valido ni aun de la dirección de un maestro, sino que a secas me lo he habido conmigo y mi trabajo, que no ignoro que el cursar públicamente las escuelas no fuera decente a la honestidad de una mujer, por la ocasionada familiaridad con los hombres y que ésta sería la razón de publicar los estudios públicos; y el no disputarles lugar señalado para ellos, será porque como no las ha menester la república para el gobierno de los magistrados (de que por la misma razón de honestidad están excluidas) no cuida de lo que no les ha de servir; pero los privados y particulares estudios ¿quién los ha prohibido a las mujeres? ¿No tienen alma racional como los hombres? ¿Pues por qué no gozará el privilegio de la ilustración de las letras con ellas? ¿No es capaz de tanta gracia y gloria de Dios

como la suya? ¿Pues por qué no será capaz de tantas noticias y ciencias que es menos? ¿Qué revelación divina, qué determinación de la Iglesia, qué dictamen de la razón hizo para nosotras tan severa ley?

¿Las letras estorban, sino que antes ayudan a la salvación? ¿No se salvó San Agustín, San Ambrosio y todos los demás Santos Doctores? Y V. R. cargado de tantas letras, ¿no piensa salvarse?

Y si me responde que en los hombres milita otra razón, digo: ¿No estudió Santa Catalina, Santa Gertrudis, mi Madre Santa Paula sin estorbarle a su alta contemplación, ni a la fatiga de sus fundaciones el saber hasta griego? ¿El aprender hebreo? ¿Enseñada de mi Padre San Jerónimo, el resolver y el entender las Santas Escrituras, como el mismo santo lo dice? ¿Ponderando también en una epístola suya en todo género de estudios doctísima a Blegilla, hija de la misma santa, y en tan tiernos años que murió de veinte?

Pues ¿por qué en mí es malo lo que en todas fue bueno? ¿Sólo a mí me estorban los libros para salvarme?

Si he leído los profetas y oradores profanos (descuido en que incurrió el mismo Santo) también leo los Doctores Sagrados y Santas Escrituras, de más que a los primeros no puedo negar que les debo innumerables bienes y reglas de bien vivir.

Porque ¿qué cristiano no se corre de ser iracundo a vista de la paciencia de un Sócrates gentil? ¿Quién podrá ser ambicioso a vista de la modestia de Diógenes cínico? ¿Quién no alaba a Dios en la inteligencia de Aristóteles? Y en fin ¿qué católico no se confunde si contempla la suma de virtudes morales en todos los filósofos gentiles?

¿Por qué ha de ser malo que el rato que yo había de estar en una reja hablando disparates o en una celda murmurando

cuanto pasa fuera y dentro de casa, o pelear con otra, o riñendo a la triste sirviente, o vagando por todo el mundo con el pensamiento, lo gastara en estudiar? Y más cuando Dios me inclinó a eso y no me pareció que era contra su ley santísima, ni contra la obligación de mi estado, yo tengo este genio, si es malo, yo me hice, nací con él y con él he de morir.

V. R. quiere que por fuerza me salve ignorando, pues amado Padre mío, ¿no puede esto hacerse sabiendo? Que al fin es camino para mí más suave. Pues, ¿por qué para salvarse ha de ir por el camino de la ignorancia si es repugnante a su natural?

¿No es Dios como suma bondad, suma sabiduría? Pues, ¿por qué le ha de ser más acepta la ignorancia que la ciencia?

Sálvese San Antonio con su ignorancia santa, norabuena, que San Agustín va por otro camino, y ninguno va errado.

Pues ¿por qué es esta pesadumbre de V. R. y el decir “que a saber que yo había de hacer versos no me hubiera entrado religiosa, sino casádome?”.

Pues, Padre amantísimo (a quien forzada y con vergüenza insto lo que no quisiera tomar en boca), ¿cuál era el dominio directo que tenía V. R. para disponer de mi persona y del albedrío (sacando el que mi amor le daba y le dará siempre) que Dios me dio?

Pues cuando ello sucedió había muy poco que yo tenía la dicha de conocer a V. R. y aunque le debí sumos deseos y solicitudes de mi estado, que estimaré siempre como debo, lo tocante a la dote, mucho antes de conocer yo a V. R. lo tenía aprestado mi padrino el Capitán D. Pedro Velázquez de la Cadena y agenciándomelo estas mismas prendas, en las cuales, y no en otra cosa, me libró Dios el remedio; luego no hay sobre qué caiga tal proposición; aunque no niego deberle a V. R. otros cariños y agasajos muchos que reconoceré eterna-

mente, tal como el de pagarme maestro, y otros; pero no es razón que éstos no se continúen, sino que se hayan convertido en vituperios, y en que no haya conversación en que no salgan más culpas y sea el tema espiritual el celo de V. R. mi conversación.

¿Soy por ventura hereje? Y si lo fuera ¿había de ser santa a pura fuerza? Ojalá y la santidad fuera cosa que se pudiera mandar, que con eso la tuviera yo segura; pero yo juzgo que se persuade, no se manda, y si se manda, Prelados he tenido que lo hicieran; pero los preceptos y fuerzas exteriores si son moderados y prudentes hacen recatados y modestos, si son demasiados, hacen desesperados; pero santos, sólo la gracia y auxilios de Dios saben hacerlos.

¿En qué se funda pues este enojo? ¿En qué este desacreditarme? ¿En qué este ponerme en concepto de escandalosa con todos? ¿Canso yo a V. R. con algo? ¿Héle pedido alguna cosa para el socorro de mis necesidades? ¿O le he molestado con otra espiritual ni temporal?

¿Tócale a V. R. mi corrección por alguna razón de obligación, de parentesco, crianza, prelación, o tal qué cosa?

Si es mera caridad, parezca mera caridad, y proceda como tal, suavemente, que el exasperarme no es buen modo de reducirme, ni yo tengo tan servil naturaleza que haga por amenazas lo que no me persuade la razón, ni por respetos humanos lo que no haga por Dios, que el privarme yo de todo aquello que me puede dar gusto, aunque sea muy lícito, es bueno que yo lo haga por mortificarme, cuando yo quiera hacer penitencia; pero no para que V. R. lo quiera conseguir a fuerza de reprensiones, y éstas no a mí en secreto como ordena la paternal corrección (ya que V. R. ha dado en ser mi padre, cosa en

que me tengo ser muy dichosa) sino públicamente con todos, donde cada uno siente como entiende y habla como siente.

Pues esto, Padre mío, ¿no es preciso yo lo sienta de una persona que con tanta veneración amo y con tanto amor reverencio y estimo?

Si estas reprensiones cayeran sobre alguna comunicación escandalosa mía, soy tan dócil que (no obstante que ni en lo espiritual, ni temporal he corrido nunca por cuenta de V. R.), me apartara de ella y procurara enmendarme y satisfacerle, aunque fuera contra mi gusto.

Pero, si no es sino por la contradicción de un dictamen que en sustancia tanto monta hacer versos como no hacerlos, y que éstos los aborrezco de forma que no habrá para mí penitencia como tenerme siempre haciéndolos, ¿por qué es tanta pesadumbre?

Porque si por contradicción de dictamen hubiera yo de hablar apasionadamente contra V. R. como lo hace V. R. contra mí, infinitas ocasiones tuyas me repugnan sumamente (porque al fin el sentir en las materias indiferentes es aquel *alius sic, et alius sic*)<sup>21</sup> pero no por eso las condeno, sino que antes las venero como tuyas y las defiendo como mías; y aun quizá las mismas que son contra mí llamándolas buen celo, sumo cariño, y otros títulos que sabe inventar mi amor y reverencia cuando hablo con los otros.

Pero a V. R. no puedo dejar de decirle que rebosan ya en el pecho las quejas que en espacio de los años pudiera haber dado y que pues tomo la pluma para darlas redarguyendo a quien tanto venero, es porque ya no puedo más, que como

<sup>21</sup> Uno así y otro así.

no soy tan mortificada como otras hijas en quien se empleara mejor su doctrina, lo siento demasiado.

Y así le suplico a V. R. que si no gusta ni es ya servido favorecerme (que eso es voluntario) no se acuerde de mí, que aunque sentiré tanta pérdida mucho, nunca podré quejarme, que Dios que me crió y redimió, y que usa conmigo tantas misericordias, proveerá con remedio para mi alma que espera en su bondad no se perderá, aunque le falte la dirección de V. R., que del cielo hace muchas llaves y no se estrechó a un solo dictamen, sino que hay en él infinidad de mansiones para diversos genios, y en el mundo hay muchos teólogos, y cuando faltaran, en querer más que en saber consiste el salvarse y esto más estará en mí que en el confesor.

¿Qué precisión hay en que esta salvación mía sea por medio de V. R.? ¿No podrá ser otro? ¿Retringióse y limitóse la misericordia de Dios a un hombre, aunque sea tan discreto, tan docto y tan santo como V. R.?

No por cierto, ni hasta ahora he tenido yo luz particular ni inspiración del Señor que así me lo ordene; conque podré gobername con las reglas generales de la Santa Madre Iglesia, mientras el Señor no me da luz de que haga otra cosa, y elegir libremente Padre espiritual el que yo quisiere: que si como Nuestro Señor inclinó a V. R. con tanto amor, y fuerza mi voluntad, conformara también mi dictamen, no fuera otro que V. R. a quien suplico no tenga esta ingenuidad a atrevimiento, ni a menos respeto, sino a sencillez de mi corazón con que no sé decir las cosas sino como las siento, y antes he procurado hablar de manera que no pueda dejar a V. R. rastro de sentimiento o quejas: y no obstante, si en este manifiesto de mis culpas hubiere alguna palabra que haya escrito mala inadvertencia que la voluntad no solo digo de ofensa, pero de menos

decoro a la persona de V. R., desde luego la retracto, y doy por mal dicha y peor escrita, y borrarla desde luego, si advirtiera cuál era.

Vuelvo a repetir que mi intención es sólo suplicar a V. R. que si no gusta de favorecerme, no se acuerde de mí, si no fuere para encomendarme al Señor, que bien creo de su mucha caridad lo hará con todas veras.

Yo pido a S. M. me guarde a V. R. como deseo.

De este convento de mi Padre San Jerónimo de México.

Vuestra Juana Inés de la Cruz.



# Índice

Introducción, <i>Javier García</i>	7
Bibliografía	27
LÍRICA PERSONAL	31
1 Finjamos que soy feliz	33
2 Después de estimar mi amor	39
3 El soberano Gaspar	46
4 Madre que haces chiquitos	48
5 ¡Válgate Apolo por hombre!	55
6 Allá va, aunque no debiera	64
7 ¿Cuándo, númenes divinos	73
8 Lámina sirva el cielo al retrato	79
9 A Belilla pinto	82
10 Agrísima Gila	84
11 Me acerco y me retiro	86
12 Con los héroes a Elvira	88
13 Divino dueño mío	90
14 Hombres necios que acusáis	92

15	Cogióme sin prevención	95
16	Tersa frente, oro el cabello	97
17	Inés, cuando te riñen por <i>bellaca</i>	98
18	Inés, yo con tu amor me <i>refocilo</i>	98
19	Aunque presumes, Nise, que soy <i>tosco</i>	99
20	Que no me quiera Fabio, al verse amado	100
21	Amor empieza por desasosiego	101
22	Mueran contigo, Laura, pues moriste	102
23	¿Ves, caminante? En esta triste pira	102
24	El hijo que la esclava ha concebido	103
25	La compuesta de flores maravilla	104
26	Firma Pilatos la que juzga ajena	105
27	Si un pincel, aunque grande, al fin humano	105
	<i>Primero sueño</i> (Fragmento)	106

## VILLANCICOS Y LETRAS SACRAS 119

1	¡Aparten! ¿Cómo, a quién digo?	121
2	A la aclamación festiva	124
3	Un herbolario extranjero	128
4	¡Oigan, miren, atiendan	131
5	¡Plaza, plaza, que sube vibrando rayos!	133
6	A la que triunfante	136

7	Cielo es María más bello	138
8	Siendo de Ángeles la Puebla	140
9	Los que música no entienden	145
10	Aguas puras del Nilo	153
11	¡Esto sí, esto sí	155
12	¡Víctor, Víctor Catarina	158
13	Pues el Mundo ha celebrado	161
14	¡En el nuevo Templo	164
15	¡Ah, del Templo!	165
16	Si Dios se contiene	167
17	¿Cómo se debe venir	169
18	Cuando la Sabiduría	171
19	A este Edificio célebre	172
20	En trono de Zafir, Reina triunfante	174
21	A la brisa suavísima	176
22	Fuéronse, amigos, por alto	178

AUTO Y COMEDIA	181
----------------	-----

<i>El Divino Narciso</i> (Fragmento)	183
--------------------------------------	-----

<i>Los empeños de una casa</i> (Fragmento)	204
--	-----

PROSA	207
Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz	211
Docta explicación del misterio y voto que hizo de defender la Purísima Concepción de Nuestra Señora la Madre Juana Inés de la Cruz	257
Protesta que, rubricada con su sangre, hizo de su fe y amor a Dios la Madre Juana Inés de la Cruz, al tiempo de abandonar los estudios humanos para proseguir, desembarazada de este afecto, en el camino de la perfección	261
Documentos en el libro de profesiones del convento de San Jerónimo	265
Carta de la Madre Juana Inés de la Cruz escrita al R. P. M. Antonio Núñez, de la Compañía de Jesús	269





# Sor Juana Inés de la Cruz

## Poesía y Prosa Antología

se terminó de imprimir en diciembre de 2016, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica *Aries*, diseñada por Eric Gill. Concepto editorial: Félix Suárez y Hugo Ortíz. Formación, portada y supervisión en imprenta: Claudia Piña Juárez. Cuidado de la edición: Gustavo Abel Guerrero Rodríguez y el compilador. Editor responsable: Félix Suárez.

